



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA
LETRAS HISPANICAS**

**EL CAMINO CRISTOCENTRICO EN LAS
MORADAS DE SANTA TERESA**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE

LICENCIADA EN LENGUA Y LITERATURAS HISPANICAS

P R E S E N T A

**MARIA DE GUADALUPE FLOR DIAZ DE LEON
FERNANDEZ DE CASTRO**

MEXICO, D. F.

1994

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Fernando, Santiago y Samuel,
con todo mi amor

A Laura, Francisco y Felipe,
con cariño

A mis padres,
con cariño y agradecimiento

A Teresa de Jesús,
In memoriam

Allí su humildad te muestra santa;
acullá se desposa Dios contigo;
aquí misterios altos te revela;
tierno amante se muestra, dulce amigo,
y siendo tu maestro te levanta
al cielo, que señala por tu escuela.
Parece se desvela
en hacerte mercedes;
rompe rejas y redes
para buscarte el mágico divino,
tan tu llegado siempre y tan contino,
que si algún afligido a Dios buscara,
acortando camino
en tu pecho o en tu celda le hallara.
"Los éxtasis de la beata madra Teresa de
Jesús" de Miguel de Cervantes Saavedra

Con los ojos del alma vese la excelencia
y hermosura y gloria de la santísima
Humanidad, y [...] se nos da a entender
cómo es Dios y poderoso y que todo lo
puede y todo lo manda y todo lo gobierna
y todo lo hinche su amor.
Libro de la Vida de Santa Teresa de
Jesús (28, 9)

Í N D I C E

INTRODUCCIÓN.....	I
CAPÍTULO PRIMERO: SEMBLANZA BIOGRÁFICA DE SANTA TERESA DE ÁVILA.....	1
CAPÍTULO SEGUNDO: CRISTO COMO CENTRO ESTRUCTURADOR DE LAS <u>MORADAS</u>	34
2.1 Reflexión sobre las tres primeras moradas.....	34
2.2 El encuentro en las cuatro últimas moradas....	44
CAPÍTULO TERCERO: CRISTOLOGÍA TERESIANA EN LAS <u>MORADAS</u>	69
3.1 En Cristo se encuentra nuestro acceso a Dios, a la Trinidad.....	70
3.2 Cristo: el Camino, la Verdad y la Vida.....	71
3.3 Cristo es la Luz.....	72
3.4 La Encarnación del Verbo como categoría universal.....	73
3.5 La Pasión y Resurrección: fundamento de la espiritualidad teresiana.....	74
CAPÍTULO CUARTO: APROXIMACIÓN AL LENGUAJE TERESIANO EN LAS <u>MORADAS</u>	97
4.1 Aspecto Simbólico.....	101
4.2 Los nombres de Cristo.....	123
CONCLUSIONES.....	145
BIBLIOGRAFÍA.....	155
APÉNDICE: GLOSARIO DE TERMINOLOGÍA MÍSTICA TERESIANA.....	159

SIGLAS DE LAS OBRAS DE SANTA TERESA

- C = Camino de perfección
- CC = Cuentas de conciencia
- E = Exclamaciones
- F = Fundaciones
- M = Moradas del castillo interior
- P = Poesías
- V = Libro de la Vida

SIGLAS DE LA BIBLIA

- Fil = Epístola de San Pablo a los Filipenses
- Gal = Epístola de San Pablo a los Gálatas
- Is = Isaías
- Jn = Evangelio de San Juan
- Jr = Jeremías
- Lc = Evangelio de San Lucas
- Prov = Proverbios
- Sal = Salmos

INTRODUCCIÓN

Plantearse alguna cuestión en relación con Teresa de Jesús podría parecer un tanto inútil, a causa de la amplísima bibliografía que se ha escrito en torno a su persona y a su obra. Sin embargo, este mismo dato nos hace pensar que no es azaroso el que tantos pensadores y estudiosos hayan dedicado una parte de su vida y su intelecto a esclarecer y conocer de manera profunda a la Santa de Ávila. Y es que, en vida, Teresa tuvo una gran capacidad de seducción, y ahora -en sus textos- aún la tiene.

En efecto, una vez que se conoce a santa Teresa es difícil dejarla de inmediato. Ese primer contacto logrado con la lectura de alguna de sus obras, invita a hurgar en su pensamiento y su espiritualidad e invita a alcanzar la comprensión misma de los textos de tan asombrosa mujer. Significa sentirse inclinado a conocer, en mayor o en menor grado, la historia del siglo XVI en la España de los Reyes Católicos, Carlos V de Alemania y I de España, y su hijo Felipe II. La Inquisición española, el Concilio de Trento, luteranos y turcos, princesas, príncipes y nobles, conquistadores e indígenas de América, todo ello enmarca una figura singular que, desde su humanidad, tendió un puente entre Dios y los hombres.

Pero podemos ir más lejos: ese primer contacto nos apremia a conocer la vida de la Santa y a comprender su experiencia

mística como experiencia vital, su inteligencia como factor de entendimiento de sí misma y su facultad de comunicación. La Santa conocía sus virtudes. Sin falsos pudores reconoce que son pocos los que han llegado a la experiencia de tanto. Está consciente de que tiene algo que decir y escribe invitando al que la lea que siga el camino de oración que ella ha tomado.

Maximiliano Herraiz García ha afirmado que Teresa de Avila es uno de los más grandes orantes de la historia. Y fue por este sendero por donde este trabajo buscaba una razón de ser.¹ Quien conoce a la Santa sabe que además de su poder de seducción, hay muchos otros motivos para profundizar en su vida, en su pensamiento o en ambos. En este caso, la oración, la figura de santa Teresa como maestra de oración y esa capacidad de comunicación que tuvo, fueron los principales resortes que impulsaron el deseo de llevar a cabo la presente investigación, en el estudio o análisis de una de las más importantes obras -acaso la más importante en relación con la oración- que ella escribiera: las Moradas del Castillo Interior.

Dejando los motivos iniciales latentes y después de una tercera lectura cuidadosa de la obra mencionada, inicié la revisión de varios textos especializados en el área que a mí me interesaba; se dio entonces el descubrimiento personal de la posibilidad de análisis de un tema muy específico que no guardaba una relación tan estrecha con mi interés inicial. En un principio, buscaba encontrar una definición del amor

III

surgida del estudio de las Moradas. Para la Santa, la oración es un acto de amor: orar es amar; la introspección (entrar dentro de sí mismo) se logra por medio de la oración y ésta va creciendo y se va profundizando en grados de mayor excelencia. La oración va unida al amor, de tal modo que mientras más amor hay, es mayor la unión. Las Moradas son un camino real de amor donde el alma llega -en la séptima morada- a la completa unión espiritual con Dios. Esto constituye una experiencia humana y mística, donde el amor humano y el amor divino se reúnen, se integran. Y en esta experiencia, la unión del alma con Dios tiene manifestaciones sensibles y concretas en toda la persona o todo el ser de quien tiene semejante vivencia. En santa Teresa, estas manifestaciones se dieron en arrobos, éxtasis, levitaciones y transverberaciones: hechos concretos que hablan de un mundo inefable, pero que la Santa logró comunicar por medio de su prosa.

Pero las posibilidades de análisis más específicas, se dieron de forma definitiva con la lectura de un breve texto de Secundino Castro titulado "La experiencia de Cristo, centro estructurador de Las Moradas"² (que formó parte de las ponencias expuestas en el Congreso Internacional Teresiano, celebrado en Salamanca, en 1982), pues justamente señalaba un hecho que el mismo Castro califica como estudiado de forma insuficiente en el conjunto de la espiritualidad teresiana; esto es, la vivencia de Jesucristo como figura central en el camino de oración. En otro libro del mismo autor publicado en

1978 (Cristología Teresiana), éste destaca tres razones básicas que motivaron su investigación y que llamaron poderosamente mi atención, sobre todo el tercer punto, que se refiere a la insuficiencia antes mencionada:

1. la gran importancia de la figura, la persona y el misterio de Cristo en la doctrina de la Santa;
2. el actual auge de los estudios cristológicos; y
3. un tema como éste -tan importante- no se ha estudiado profunda y extensamente.

Frente a esto, mi trabajo busca poner en clara evidencia el papel de Cristo como sendero amoroso que estructura el ascenso del alma, hasta su encuentro con Dios uno y trino; Cristo como centro ordenador en torno al cual giran la mayor parte de las experiencias místicas de santa Teresa, desde las primeras etapas de oración, hasta la culminación en el matrimonio espiritual. En el estudio de las Moradas en cuanto a su contenido, en lo que yo llamaría su significación elemental y, posteriormente, en cuanto a aspectos simbólicos más verticales, trato de encontrar el mejor testimonio de esa imprescindible presencia amorosa, central-estructural de Jesucristo en el alma de la Santa abulense. Ese es mi principal objetivo.

La investigación está dividida en cuatro capítulos, además de un apéndice (un glosario de terminología mística teresiana basado en la obra estudiada). En el primer capítulo hago una semblanza biográfica de santa Teresa destacando cuestiones fundamentales sobre su ascendencia judeoconversa, su

personalidad, sus enfermedades y sus principales conflictos espirituales; sobre su labor reformista y aspectos importantes del entorno social y político del siglo XVI. Hay que recordar que la experiencia mística de la Santa se encuentra circunscrita en el medio religioso del catolicismo de su época y que esto explica la serie de inquietudes y dudas que surgieron, en un principio, sobre las manifestaciones de la vida interior de Teresa. Y explica también la base teológica que estaba detrás de los escritos teresianos.

No pocos obstáculos tuve que enfrentar para hacer esta semblanza, aunque quizá lo más difícil consistió en poder seleccionar los datos y hechos que, a mi criterio, tuvieran mayor valor para ayudar a la comprensión de tan asombroso ser humano. No debemos olvidar que existen extensos libros que tratan lo que yo expongo en unas cuantas cuartillas; por ejemplo, el imprescindible Tiempo y Vida de Santa Teresa,³ de Efrén, M.D. y Otger Steggink y la interesante y bien escrita obra de José María Javierre titulada: Teresa de Jesús, Aventura humana y sagrada de una mujer,⁴ publicada por vez primera en 1982.

El segundo capítulo es una primera explicación de las Moradas del Castillo Interior, donde busco establecer la función estructural de Jesucristo tal y como mencioné anteriormente. Después de hacer el estudio de las tres primeras moradas, distingo un segundo grupo donde -a partir de las cuartas moradas- empiezan a suceder cosas sobrenaturales, según

afirma la misma Santa. Parece oportuno indicar el hecho de que en las sextas moradas el cristocentrismo se presenta con mayor fuerza y claridad. Es también en estas moradas donde vida y escritura se confunden; basta comparar dichas moradas con el Libro de la Vida para verificar la relación puntual: algunas partes de los capítulos 4, 6, 7, 18, 20-22, 24, 25, 27-31, 35 y 40. Son más de cuarenta y tres los párrafos de Vida que se reproducen casi textualmente en las sextas moradas. Esto se convertirá en un dato esencial cuando hago el análisis de los aspectos simbólicos del lenguaje, en la última parte.

El capítulo tercero se desprende del anterior, pues habla de una cristología teresiana bosquejada en cinco puntos básicos:

1. Cristo como acceso a Dios
2. Cristo: el Camino, la Verdad y la Vida
3. Cristo: Luz del mundo
4. La Encarnación del Verbo como categoría universal
5. La Pasión y Resurrección: fundamento de la espiritualidad teresiana

En esta parte, en la que de forma inevitable y yo diría que hasta obligada, abordo brevemente cuestiones teológicas, encontré un magnífico apoyo especialmente en los textos:

Cristología, de Christian Duquoc y 10 Tesis sobre ser Cristiano⁵ de Hans Küng.

Finalmente, en el cuarto y último capítulo hago un análisis del lenguaje teresiano en las Moradas. Según mi opinión, esta es la parte fundamental de la investigación que se ocupa de profundizar en cuestiones simbólicas, es decir, en imágenes metafóricas, núcleos simbólicos, alegorías. En ello también

se revela la facultad comunicativa y literaria de santa Teresa, quien, sin embargo, encontraba sumamente difícil expresar sus vivencias conforme avanzaba en el camino de oración. La Santa logra la expresión certera de un mundo inefable, por medio de un lenguaje coloquial colmado de simbolismo, y manteniendo a Jesucristo como eje estructurador; esto último es lo que busco demostrar en el análisis de los títulos-imágenes que ella da a Cristo a lo largo de las Moradas. Afortunadamente, para la elaboración de esta última parte pude consultar textos escritos por especialistas en la materia: Víctor García de la Concha, Angel Raimundo Fernández, Hans Flasche, y Guido Mancini, por mencionar algunos de los que me resultaron más valiosos. Desde luego, también quiero mencionar la obra Agua y Luz en Santa Teresa, de la doctora María Andueza.

7

Como muchos místicos, santa Teresa busca expresar en imágenes metafóricas experiencias que van más allá de la razón; pero, el lenguaje humano, "hecho a medida del mundo sensible, se queda sin referente real cuando abandona sus anclas en el mundo sensible; se queda en lo desconocido cuando camina por las vías de la fe", que sobrepasan a todo entendimiento humano. La experiencia mística se ausenta del mundo y, en este sentido, es indecible. Por ello, las imágenes metafóricas presentes en la obra de la Santa deben entenderse más allá de la imagen misma, pues tergiversan el lenguaje para dejarnos abierta la totalidad de Dios y esa interioridad divina que podemos encontrar en nuestras almas.

8

Como afirmo en la última parte de este trabajo, la realidad es que las comparaciones son insuficientes, pobres e imperfectas cuando nuestra autora intenta dar una idea de sus experiencias interiores. Para santa Teresa, son "harto groseras comparaciones" (6M 6, 12) para expresar algo tan asombroso y precioso.

Pues bien, me atrevo ahora a afirmar que lo que comenzó como proyecto de una investigación literaria y académica, sobrepasó las expectativas en otro sentido (como presentí desde el inicio): me sobrecogí y permití -al igual que en otras ocasiones, aunque de otra manera- la conmoción absoluta de mi interioridad.

Se pueden rescatar muchos aspectos de la obra teresiana (ya sea a nivel personal o a nivel conventual), pero no hay duda de que, en santa Teresa, nuestra sociedad contemporánea puede encontrar tanto un espiritualismo con raíces y semblantes humanos, como un humanismo con horizonte de trascendencia y divinidad. Con gran acierto se ha dicho que:

Si se pusiese de manifiesto el dinamismo encerrado en la adhesión de Teresa a la Humanidad de Cristo [...] que poco interesó a los siglos pasados porque no correspondía a su momento dialéctico, tendríamos la perenne revolución teresiana resonando en nuestra época.

9

Hubo otra mujer excepcional, Simone Weil, filósofa, obrera y mística -entre otras cosas- que vivió en nuestro siglo y de quien recojo ahora algunas palabras, que verifican

o subrayan las vivencias de santa Teresa, mujer del siglo XVI; dos mujeres singulares, separadas por tantas cosas, pero unidas por su misticismo:

El que escoge la verdad no puede tener, más que una mira: la imitación de Cristo. Pero tomar a Cristo por modelo[...] consiste en tratar de Pensar el Cristo -a Cristo, no nuestra imagen de Cristo (...). Pensar a Cristo con toda el alma [...] Es necesario, al efecto, pensar en Cristo como hombre y como Dios [...] la santidad es (...) lo mínimo para un cristiano, su virtud específica.

10

Ya para concluir, quiero dar las gracias de manera especial a la doctora María Andueza por su invaluable ayuda, guía y sugerencias a lo largo de la realización de este trabajo. Me refiero, sobre todo, a su conocimiento del tema y a la paciencia que tuvo en cuestiones de tiempo, pues en mi caso, lo que yo llamo (en un sentido afortunado) las exigencias del amor, me pusieron condiciones temporales que finalmente cumplieron su plazo.

NOTAS A LA INTRODUCCIÓN

- 1 Herraiz García, Maximiliano. La oración, historia de amistad. 3a. ed. Madrid: Editorial de espiritualidad. 1985. p. 14
- 2 En Actas del Congreso Internacional Teresiano, del 4-7 de octubre de 1982. Volumen II. Edición dirigida por Teófanos Egido Martínez, Víctor García de la Concha y Olegario González de Cardedal. Salamanca: Universidad de Salamanca. Universidad Pontificia de Salamanca. Ministerio de Cultura. 1983. pp.927-944
- 3 Efrén de la Madre de Dios, O.C.D. y Otger Steggink. O.C. Tiempo y Vida de Santa Teresa. 2a. ed. Madrid: Editorial Católica. Biblioteca de Autores Cristianos, no. 283. 1977.
- 4 Javierre, José María. Teresa de Jesús, aventura humana y sagrada de una mujer. 5a. ed. Salamanca: Ediciones Sígueme. 1978.
- 5 Duquoc, Christian. Cristología. Ensayo dogmático sobre Jesús de Nazaret El Mesías. 5a. ed. Trad. Alfonso Ortiz García. Salamanca: Editorial Sígueme. Colección Lux Mundi, no. 34. 1985.
- 6 Küng, Hans. 20 tesis sobre ser cristiano. 2a. ed. Trad. José María Bravo Navalpotro. Madrid: Ediciones Cristiandad. Colección El Libro de Bolsillo Cristiandad, no. 45. 1977.
- 7 Andueza, María. Agua y Luz en Santa Teresa. México:

- Universidad Nacional Autónoma de México. Cuadernos del Instituto de Investigaciones Filológicas, no. 9. 1985.
- 8 Xirau, Ramón. De mística. México: Editorial Joaquín Mortiz. Grupo Editorial Planeta. 1992. p. 36
- 9 A. Donazar. Teresa, signo de revolución. Rev. Esp., 29. 1970. p. 461 Apud Herraiz García, Maximiliano. La oración, historia de amistad. Op. cit. p. 102
- 10 Weil, Simone. Profesión de fe. Antología crítica. México: Universidad Autónoma Metropolitana. Colección Molinos de Viento # 73. 1990. p. 186.

CAPÍTULO PRIMERO: SEMBLANZA BIOGRÁFICA DE SANTA TERESA DE ÁVILA

Ante una mujer tan excepcional, intentemos primeramente dibujarnos una imagen mental a partir de la minuciosa descripción que de sus rasgos hicieron sus primeros biógrafos (María de San José (M.), Francisco de Ribera(R.), Diego de Yepes (Y.) y Jerónimo de San José (J.); doy entre paréntesis las iniciales del respectivo biógrafo) :

Era de mediana estatura, antes grande que pequeña, gruesa más que flaca, y en todo bien proporcionada (M.). El cuerpo, algo abultado, fornido, todo él muy blanco y (como aun después de muerta se vio) limpio, suave y cristalino, que en alguna manera parecía transparente (Y. y J.). El rostro, no nada común, no se puede decir redondo ni aguileño; los tercios de él, iguales (M.); la color de él, blanca y encarnada, especialmente en las mejillas, donde parece se veía la sangre mezclada con la leche (J.). Tenía el cabello negro, limpio, reluciente y blandamente crespo (Y. y J.). La frente, ancha, igual y muy hermosa (M.). Las cejas, algo gruesas (Y.), de color rubio oscuro con poca semejanza de negro (M.); el pelo, corto, y ellas largas y pobladas (J.), no muy en arco, sino algo llanas (R. y J.). Los ojos, negros, vivos, redondos, no muy grandes, más bien puestos (M.) y un poco papujados; en riéndose, se reían todos y mostraban alegría, y por otra parte muy graves cuando ella quería mostrar gravedad (R.). La nariz, bien sacada, más pequeña que grande (J.), no muy levantada de en medio (R.), y en derecho de los lagrimales para arriba, disminuida hasta igualar con las cejas, formando un apacible entrecejo; la punta, redonda y un poco inclinada para abajo; las ventanas, arqueaditas y pequeñas, y toda ella no muy desviada del rostro (M.). La boca, ni grande ni pequeña (R.); el labio de arriba, delgado y derecho; el de abajo, grueso y un poco caído, de muy linda gracia y color (M.). Los dientes, iguales y muy blancos (J.). La barba, bien formada (J.). Las orejas, pequeñas y bien hechas (J.). La garganta, ancha, blanca y no muy alta, sino antes metida un poco (R. y J.). Tenía muy lindas manos, aunque pequeñas (M.), y los pies, muy lindos y muy proporcionados (R.). En el rostro, al lado izquierdo, tres lunares levantados como verrugas, pequeños, en derecho unos de otros, comenzando desde abajo de la boca el que mayor era, y el otro entre la boca y la nariz, y el último en la nariz, más cerca de abajo que de

arriba (M.). Daba gran contento mirarla y oírla, porque era muy apacible y graciosa en todas sus palabras y acciones (M.). Tenía particular aire y gracia en el andar, en el hablar, en el mirar y en cualquier acción o ademán que hiciese o cualquier manera de semblante que mostrase. La vestidura o ropa que traía, aunque fuese el pobre hábito de sayal de su Orden, y un harapo viejo y remendado que se vistiese, todo le caía muy bien (J.).

1

Y en cuanto a su fisonomía psicomoral, santa Teresa era extrovertida, firme, entrañable, perseverante, prudente, buena conversadora, valerosa y emprendedora, adaptable a cualquier persona y circunstancia; era, asimismo, una mujer de Dios y una mujer del mundo. Lo primero, evidente por el camino espiritual ascendente de la Santa manifiesto en su vida misma, en sus escritos y en su reforma carmelitana. Lo segundo, porque la auténtica dimensión de su persona y su obra sólo pueden alumbrarse, vinculándolos a un mundo y un ambiente integrados por factores económicos, sociales, políticos y mentales, cuyo peso decisivo en muchas ocasiones se olvida. Recordemos que estamos en la Castilla de la segunda mitad del siglo XVI. En estos años, se comienza a aplicar aquello formulado en el Concilio de Trento, aunque con el influjo del poder real y también se establecen ya elementos de viejas tendencias reformistas, entreveradas de influencias extranjeras como el erasmismo. Hay un entrecruzamiento de ideales, instituciones, proyectos político-religiosos y graves confrontaciones intereclesiales; y en relación con todo esto y por encima de ello, se yergue la figura de santa Teresa. Su acción y su persona heredaron elementos variados: por un lado, criterios espirituales de

los franciscanos Francisco de Osuna y Pedro de Alcántara; pautas de comportamiento humano y guía espiritual de los jesuitas; orientación disciplinar y doctrinal de los comisarios dominicos, reformadores del Carmelo e impulsores de su descalcez. Por otro lado, expresiones (manifestaciones) religiosas y actitudes vivenciales de ese complejo mundo de la llamada religiosidad popular (tradicional). Frente a tan valiosa y rica herencia eminentemente hispana, la tarea de santa Teresa fue la de darle plenitud de manera concreta, en su propia vida y en la de las nuevas Descalzas. Cuando inició su camino como fundadora, decidió vivir con recogimiento y estrechura los elementos esenciales de la Regla primitiva de san Alberto Avogadro, patriarca de Jerusalén, según la aprobación y confirmación del Papa Inocencio IV, en 1247, e introdujo determinados factores favorables a la convivencia, la fraternidad, la amistad, la caridad, la vida de oración y el sentido eclesial y misionero de la vida religiosa.

2

Pero vayamos ahora muchos años atrás cuando en la primavera de 1515, la madrugada del 28 de marzo, la familia de don Alonso Sánchez de Cepeda y doña Beatriz de Ahumada tuvieron la alegría de recibir a su primera niña: doña Teresa de Ahumada. Según la tradición, su lugar de nacimiento se sitúa en Ávila, pero ha habido estudiosos como Efrén de la Madre de Dios, O.C.D. y Otger Steggink, O.C. que contemplan la posibilidad seria de que la Santa haya nacido en

Gotarrendura, ³ la aldea donde los Cepeda tenían sus fincas de labrantío, que aunque distaba veinte kilómetros de Ávila, era parte del municipio de la capital. Para sustentar dicha posibilidad, han tomado en cuenta los testimonios originales de testigos de los Procesos y afirman que dicha hipótesis merece todos los respetos de un historiador imparcial. Así, el lugar de nacimiento de nuestra autora no ha podido comprobarse a ciencia cierta, pero no levantó tanta controversia como la cuestión sobre la condición social de la Santa.

El hecho que causó sorpresa y abrió nuevos caminos hacia una comprensión más certera de la vida y, sobre todo, del pensamiento de santa Teresa fue el descubrimiento que hace apenas casi cinco décadas hizo el investigador Narciso Alonso Cortés: en los archivos de la Real Cancillería de Valladolid encontró un puñado de viejos papeles donde consta la ascendencia judeoconversa de la Santa. La noticia dejó ⁴ atónitos a los críticos y al mismo N. Alonso Cortés e implicó dejar atrás los esquemas tradicionales: Teresa de Avila no había estado integrada en el sector cristiano-viejo, sino al de los marginados por los rigurosos estatutos de limpieza de sangre.

En 1485, la Inquisición asentó tribunal en Toledo, lugar de residencia de Inés de Cepeda y Juan Sánchez, abuelos paternos de nuestra autora. El tribunal promulgó el edicto 'de gracia' por el cual aquellos que hubieran hecho apostasía o hubieran cometido algún delito contra la fe debían comparecer en un

corto lapso de tiempo y confesar ante los inquisidores pidiendo reconciliación. El 22 de junio del mismo año, Juan Sánchez de Toledo compareció voluntariamente ante el tribunal. No se sabe si de hecho habían judaizado, pero si así era, la confesión era el único camino para verse libres de la hoguera. Si no habían judaizado, ¿quién les garantizaba verse libres de cualquier denuncia? Hay que recordar que el tribunal había divulgado las normas que obligaban a delatar sospechosos. Era mejor asegurar el verse libres de cualquier posibilidad de condenación. El tribunal aceptó la confesión, le perdonó y le impuso penitencia. Se sabe que a sólo quince años de la reconciliación, Juan Sánchez planteó, y obtuvo en Ciudad Real, un pleito de hidalguía: tuvo que pagar bastante dinero, pero logró recuperar la 'limpieza de sangre' para sus hijos.

5
Resulta interesante ver como la Santa saltará por encima de tales estatutos en el momento de aceptar candidatas a sus conventos, caracterizados por ser de estilo estrictamente burgués y no aristocratizante, como la mayoría de los de aquella época. Precisamente, entre los motivos acompañantes de su Reforma estará presente la lucha por el anulamiento de 'los puntos de honra', 'la negra honra', etc. irreconciliable con el provecho del alma y la vida comunitaria.

Santa Teresa fue bautizada hacia mediados de abril. A pesar de que la costumbre española ponía al bautizo al menos ocho días después del nacimiento, los padres de la Santa tuvieron que esperar hasta los días de pascua, pues no iban a celebrar

una fiesta durante la semana de luto litúrgico. El nombre lo recibió por su abuela materna, Teresa de las Cuevas y aunque no estaba en el martirologio, era un nombre común entre las familias españolas. La celebración se llevó a cabo en la parroquia de San Juan, de Ávila, donde sus padres eran feligreses.

Al parecer, Teresa fue una niña feliz. Ella misma lo ha contado en su obra autobiográfica Libro de la Vida con una serie de descripciones dedicados a su padre, a su madre, los hermanos y el ambiente de la casa, como lo vemos en las siguientes líneas:

Ayudávame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aún con los criados; tanta que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad [...] Jamás nadie le vio jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes y pasó la vida con grandes sufrimientos. Grandísima honestidad [...] Muy apacible y de harto entendimiento. Eramos tres hermanas y nueve hermanos. Todos parecieron a sus padres -por la bondad de Dios- en ser virtuosos. si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre [...] Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios.

(V I, 2-5)

Todos la adoraban, además de que gozó el privilegio de ser 'la pequeña' durante muchos años, hasta el nacimiento de Juana, en 1528. Ella supo corresponder a la ternura y aprendió a conquistar a la gente; además, tuvo conciencia de su propia simpatía.

Desde los siete años, su carácter emprendedor, intrépido, decidido y valeroso empezó a dar señales de vida cuando

decidió irse con su hermanito Rodrigo con el afán de volverse mártires por amor a Cristo: "Concertávamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen" (V 1, 5). Su tío, don Francisco Álvarez de Cepeda, interrumpió la aventura cuando salían por el puente del Adaja. La madre los reprendió, y seguramente la reacción de los adultos fue inesperada para Teresa, puesto que no podría comprender el error en el hecho de intentar alcanzar el martirio. Poco tiempo después, rezaba con otros niños, hacía limosnas y penitencias, como si fueran ermitaños (V 1, 6), y siempre se inspiraban en las páginas del Flos sanctorum, libro grueso que relataba las vidas de los santos con sus peripecias y milagros.

Por 1527, cuando tenía doce años, comenzó a enfriarse su primera piedad y a leer libros de caballerías con desmedido interés y gusto, igual que su madre, de quien le vino dicha afición. Más adelante, ella misma lamentará este hecho (V 2, 1 y 2).

Durante los siguientes años y hasta su entrada al convento carmelita de la Encarnación, la Santa vivió experiencias que la marcaron por el resto de su vida. En noviembre de 1528, en Gotarrendura y poco después del nacimiento de Juana, muere su madre, doña Beatriz. Teresa ya se había enfrentado a la muerte cuando falleció su abuela, doña Teresa de las Cuevas, y también cuando llegaron noticias sobre el fallecimiento de su hermano Juan, en las guerras del imperio. Pero lo de su madre fue, quizá, su primer golpe, como se refleja

en sus palabras: "Como yo comencé a entender lo que havia perdido, afligida fuime a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Páreceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido" (V 1, 7). Fue grande su dolor, sin duda; pero también supo encontrar buena madre a falta de la propia.

Doña Beatriz de Ahumada, segunda esposa de don Alonso, murió a los treinta y tres años (cuando su hija Teresa tenía casi catorce) y dejó diez hijos que llegaron todos a edad adulta. Así, Teresa se crió entre doce hermanos: Hernando (n. 1510), Rodrigo (n. 1513), Juan (n. 1517), Lorenzo (n. 1519), Antonio (n. 1520), Pedro (n. 1521), Jerónimo (n. 1522), Agustín (n. 1527) y Juana (n. 1528). Sus otros hermanos eran hijos de don Alonso y su primera mujer, Catalina del Peso, quien muriera en 1507 a causa de la peste. Sus hijos, María y Juan, habían nacido en 1506 y en 1507, respectivamente. Era, por tanto, una familia numerosa: tres hermanas y nueve hermanos.

En 1531, cuando don Alonso casó su hija mayor, María de Cepeda, encontró también ocasión propicia para cortar por lo sano la relación de Teresa con cierta prima suya, no mala, pero sí trivial y superflua. Y no solo eso. La imaginación de la Santa andaba en asuntos que en realidad eran naturales en una chica de su edad: se ocupaba de su joven e inocente vanidad y hasta planeó un posible matrimonio. Fue confiada entonces a las monjas agustinas de Santa María de Gracia, a sus dieciséis años, muy vigilada y educada en actividades

diversas.

Allí eran instruidas en las labores y en la piedad, en completo retiro del mundo, sometidas [...] a un régimen de vida que las defendía de todo peligro moral [...]. Acomodadas en piezas grandes, estaban siempre a la vista de la maestra, compañera inseparable.

7

Doña María Briceño era la monja encargada y le tenía tan buen trato que revivió en ella la olvidada piedad infantil. Santa Teresa encontró paz y a la semana ya estaba más contenta que en casa de su padre. No dejó de reconocer la luz que Dios le había dado por mediación de María Briceño. "Una testigo Ana de la Madre de Dios dice que fue ahí donde 'empezó a tener oración'." Sin embargo, al año y medio de internado cayó enferma. Contrariamente a lo que pensaba cuando entró, sobre su enemistad con la vida monjil, ahora parecía conceder espacio a la duda. Tuvo que volver a casa, acosada por calenturas y desmayos, y con aquella incipiente inquietud vocacional.

Ya convaleciente, Teresa fue a pasar una temporada a casa de su hermana María, en Castellanos de la Cañada. De camino pasó por casa de su tío Pedro de Cepeda, retirado en Hortigosa; éste le dejó algunos libros que tenía, y cuando los leyó sintió la imperiosa necesidad de poner en claro, de una vez, su vocación. Sin duda, las Epístolas de San Jerónimo tuvieron una influencia decisiva en su determinación, aunque en principio, la movió más el temor que el amor. Veamos como lo expresa:

En esta batalla estuve tres meses, forzándome a mí misma con esta razón: que los trabajos y pena de ser monja no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que desoués me iría derecha a el cielo, que éste era mi deseo. Y en este movimiento de tomar estado, más me parece me movía un temor servil que amor.

(V 3, 6)

Leía en las Epístolas de san Jerónimo, que me animaban de suerte que me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como tomar el hábito; porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez.

(Ibid., 7)

Al saberlo don Alonso, no accedió, ni siquiera con los ruegos de intercesores. Rodrigo, hermano predilecto y confidente, acababa de zarpar a Río de la Plata: es agosto de 1535. Otros hermanos habían partido ya al Perú. Fue entonces cuando, al paso de los días y ante la negativa paterna, santa Teresa decide su segunda fuga, y convenció a su hermano Juan de Ahumada (su mediohermano Juan ya había muerto) de que se metiera fraile en el convento dominicano de Santo Tomás. Los dos hermanos huyeron en la madrugada del 2 de noviembre de 1535. Sin embargo, mientras que los frailes dominicanos no esperaban a Juan de Ahumada "y no le quisieron recibir hasta saber la voluntad de don Alonso", Teresa era ya esperada con impaciencia en el monasterio de la Encarnación de Ávila, donde era monja carmelita una amiga suya, Juana Suárez. Pero no debe pensarse que no le resultó doloroso semejante acción: "Cuando salí de casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera" (Ibid., 4, 1). Ya dentro, escribió a su padre, y éste tuvo que resignarse: dio

su licencia, una espléndida dote y una celda propia. Al siguiente año, el mismo día de Animas, tomó el hábito.

Se entregó con toda el alma, y muy pronto empezó a sentir como se ordenaban sus piezas internas y encontró gran felicidad en ese modo de vida: "Me dio un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy" (V 4, 2). Su maestra tuvo el acierto de pintarle al vivo los ideales del Carmelo; por ejemplo: rezaban mucho, con fervor; consideraban la oración tarea primordial de su encierro. Iban al coro en horas repartidas estratégicamente desde antes de salir el sol hasta el anochecer para recitar diversas partes del oficio divino. Hacían la Confesión una vez por semana o, al menos, cada quince días. Comulgaban cada quince o veinte días o con mayor frecuencia previo consejo del confesor y licencia de la priora. Además, recitaban en común los misterios del rosario, las estaciones del viacrucis y oraciones de la pasión del Señor. Desde luego, cada una añadía por su cuenta devociones personales. Se ejercitaban en los buenos modos, en la obediencia y en la humildad; y desempeñaban tareas de limpieza y labores manuales.

Teresa se entregó de tal manera a la penitencia y a la oración, que poco después de su profesión perdió la salud. Era una extraña enfermedad y aún ahora no se sabe a ciencia cierta lo que tuvo a partir de ese momento y durante el resto de su vida. Los especialistas discuten si sufrió fundamentalmente neurosis, trastornos de origen nervioso, o si más bien fue víctima de meningitis y tuberculosis; parece

que todos incluyen además procesos de paludismo crónico. La interpretación de los síntomas debe resultar arriesgada, pues mientras hay médicos que aseguran lo anterior, hay otros que afirman que el ritmo de vida y los brillantes escritos de la Santa no pueden ser producto, al menos, de un enfermo de tuberculosis y/o de meningitis. Hay otros especialistas que han hablado de un desajuste entre las aspiraciones superiores de la conciencia y la esfera emocional inferior, en el momento de su primera crisis; en otras palabras, la Santa había estado sosteniendo 'su ideal' sin apoyo de elementos emocionales, privada de refuerzos psicológicos: ella misma habló sobre la época cuando todavía no tenía amor de Dios. El temor del castigo eterno debía dar paso a una estrecha relación filial. Teresa vivió una profunda angustia interior por encontrar la paz del alma, pues por un lado, estaba deseosa de Dios y, por el otro lado, mostraba tendencia a la distracción natural. Desde luego, fue tratada como enferma por los médicos, y de todos desahuciada; entonces su padre decidió ponerla en manos de una curandera de Becedas, famosa en la región. En 1538 salió del convento con su amiga Juana Suárez, y como debían esperar un tiempo antes de empezar el tratamiento, se detuvieron en casa de don Pedro Sánchez de Cepeda, quien pensaba retirarse a los jerónimos de Guisando. Esta vez, le regaló el Tercer abecedario, de Francisco de Osuna. Este libro provocó en la Santa un movimiento espiritual importante que tuvo verdadero efecto tiempo después. El libro trata precisamente sobre el modo de

proceder en la oración, cuestión que Teresa no sabía en aquellos años. Habla sobre la llamada interior a la contemplación divina, los métodos de oración, el recogimiento, la importancia de los fenómenos extraordinarios, el ayuno, las obras buenas, y otros asuntos relacionados con la espiritualidad. Seguramente la Santa lo recibió como se acoge un tesoro. Y tuvo la oportunidad de reflexionar durante todo ese invierno, en casa de su hermana María, puesto que la curandera no recibía enfermos durante los meses de invierno.

Después de tres meses de curas brutales, espantosas, los síntomas se fueron haciendo cada día más alarmantes. El diagnóstico estuvo mal desde el principio: creían que era mal de corazón, y parece ser que aquella mujer era especialista en enfermedades del intestino, pero no dudó en aplicarle toda clase de purgas y recetas ocurrientes. Fue por esos días cuando, en sus confesiones, conoció a un sacerdote que poco a poco le tomó afecto y acabó por confesarle su relación amorosa con una mujer. La Santa se granjeó la confianza del sacerdote y por medio de pláticas piadosas lo ayudó a darse cuenta que ese no era su camino. Según afirma santa Teresa en su obra Vida, "al cabo de un año en punto [...] murió [...] Murió muy bien y muy quitado de aquella ocasión. Parece quiso el Señor que por estos medios se salvase" (V 5, 6). Y todo ello ocurrió en el transcurso de su 'curación', hasta que viéndola tan mal, Don Alonso la llevó de nuevo a Ávila por julio de 1539.

El 15 de agosto, la Santa pidió que la confesaran, pero no la dejaron pensando que tenía miedo de morir. Esa misma noche cayó en coma profundo. Pensaron que había muerto. Le pusieron cera en los párpados, la amortajaron con una sábana blanca y se pusieron de luto. Así estuvo casi cuatro días, preparado ya todo para darle sepultura. Pero su padre se oponía a que la enterraran: decía que Teresa no era una hija para enterrarse, según testigos como Ana de la Encarnación y Francisco de Ribera. Transcurridos tres días y tres noches en vela, sin embargo, don Alonso tuvo que ceder y consentir que inhumaran a su hija. No era razonable pasar así un cuarto día.

Y justo ese cuarto día, Teresa despertó delirando, pidió confesión y comulgó con abundantes lágrimas. Fue llevada luego a su convento, pero quedó inmóvil, toda encogida, sin poder mover más que un dedo de la mano derecha. Así estuvo hasta la Pascua de 1540. Luego se inició una leve mejoría; pero tres años más tarde no podía aún caminar. Su curación total se atribuyó a San José, cuya intercesión la Santa consideró definitiva. Sin embargo, como mencioné en párrafos anteriores, la enfermedad se quedó con ella como compañera permanente para toda su vida. A partir de esa primavera de 1543, santa Teresa no pasó ni una sola semana sin tener algún padecimiento; ya fueran dolores, fiebres, vómitos, reumas, perlesía (parálisis), o problemas en la garganta, las muelas, la cabeza, la espalda, el hígado, los riñones, la matriz, etc. Justamente se piensa que la causa directa de su muerte

fue una metrorragia (hemorragia de la matriz) ocasionada, muy probablemente, por un avanzado cáncer en dicho órgano. Sin embargo, todos estos padecimientos nunca significaron un obstáculo para llevar a cabo su obra; la Santa aceptó el dolor como un estado permanente y causa asombro que haya llevado una vida más productiva, entregada y rigurosa que muchas personas que gozan un excelente estado de salud. Fue por los años de 1542 y 1543 cuando santa Teresa tuvo una importante crisis espiritual que la llevó a tomar la decisión de abandonar la oración. Lo expresó de la siguiente forma:

Pues así comencé de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterme tanto en muy grandes ocasiones y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad como es tratar de oración tornarme a llegar a Dios [...] como crecieron los pecados, comencéme a faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud [...] Este fue el más terrible engaño que el demonio me podía hacer debajo de parecer humildad: que comencé a temer de tener oración, de verme tan perdida, y parecíame era mejor andar como los muchos.

(V 7, 1)

Santa Teresa dejó la oración durante casi un año. Pero a partir de un hecho que la sacudió internamente tuvo la ocasión de reconsiderar su determinación: tal suceso fue la muerte de su padre en las vísperas de la Navidad de 1543. Sus palabras en el Libro de la Vida muestran su sentir respecto a su propio estado:

El día que murió se le tomó el Señor tan entero, que nos espantávamos, y le tuvo hasta que a la mitad del Credo, diciéndole él mismo, espiró. Quedó como un ángel; así me parecía a mí lo era él [...] en alma y disposición, que la tenía muy buena. No sé para qué he dicho esto, si no es para culpar más mi ruin vida después de haver visto tal

muerte y entender tal vida, que por parecerme en algo a tal padre la había yo de mejorar.

(V 7, 16)

Cuando estuvo al cuidado de su padre moribundo, trató al fraile dominico Vicente Barrón, confesor de don Alonso. Con él se confesó Teresa y realizó un concienzudo examen de su situación espiritual. El padre Vicente le aconseja comulgar cada quince días y le impone reanudar su práctica de oración mental.

Díjome que no le dejase, que en ninguna manera me podía hacer sino provecho. Comencé a tornar a ella, aunque no a quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé. Pasava una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas: por una parte me llamaba Dios; por otra yo seguía a el mundo. Dávanme gran contento todas las cosas de Dios; teníanme atadas las de el mundo.

(V 7, 17)

Este forcejeo, desde que volvió a reanudar la oración, duró diez años hasta su 'conversión' en la cuaresma de 1554, ante un Cristo 'especial'. La imagen.

era de Cristo muy llagado y tan devota, que en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representava bien lo que pasó por nosotros [...] el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe El con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.

(V 9, 1)

Y del mismo modo se deshará en lágrimas más adelante, cuando al caer en sus manos las Confesiones de San Agustín, Teresa parece reconocerse en la figura del Santo.

Pudiera pensarse que después de la 'conversión' y de las alturas espirituales a las que llega, la Santa acaba por

deshumanizarse. Pero Teresa no se deshumaniza, al contrario: su calidad humana cobra energía renovada. Al tener trato tan estrecho con Dios, la Santa de Ávila que a primera vista pudiera parecer escindida del contorno histórico, entra con fuerza en el escenario ideológico, social y político. Como afirmé en los primeros párrafos de este capítulo, no se puede ni se debe separar su persona del marco donde fue -ante todo- contemplativa, fundadora y, desde luego, escritora mística de primer orden.

Volviendo al relato, desde aquella cuaresma de 1554, santa Teresa fue una mujer nueva. Sentía tan al vivo la presencia de Dios, que le veía, aunque no con los ojos del cuerpo, como vislumbrado en el centro de su alma. Sin embargo, se vio limitada a tratar sobre su conciencia y su alma con Francisco Salcedo, y luego con el clérigo Gaspar Daza; y ambos, después de examinar su relación escrita, resolvieron que era cosa del demonio. Dice la Santa:

Pues como di el libro, y hecha relación de mi vida y pecados lo mejor que pude por junto [...] los dos siervos de Dios miraron con gran caridad y amor lo que me convenía.

Venida la respuesta, que yo harto temor esperaba [...] con harta oración aquellos días, con harta fatiga vino a mí y díjome que a todo su parecer de entrambos era demonio.

(V 23, 14)

Para la Santa, esto fue como un balde de agua fría: se sintió desolada y lloró largamente: "A mí me dio tanto temor y pena que no sabía que hacer: todo era llorar" (*Ibidem*): era como si estuviera dejada de las manos de Dios. Los dos

nombres, compadecidos, la invitaron a abrir su conciencia a un jesuita, Diego de Cetina, quien tenía estudios de artes y teología por Alcalá y Salamanca, respectivamente. Pero para la Santa esto no tenía tanto valor como el fervor del jesuita.

Fue un encuentro reconfortante. Santa Teresa hizo su confesión, expuso los temas inquietantes y Diego de Cetina la comprendió perfectamente. Al joven sacerdote le sorprendía que el clérigo Gaspar Daza hubiera podido sospechar la injerencia del diablo en todo ello. Cetina reconoció la presencia de Dios en el alma de la afligida Teresa. Le dio palabras de aliento y normas claras de conducta: ejercitar sin temores la oración y vigilar cuidadosamente su conducta procurando evitar cualquier ofensa y realizando actos de penitencia. El jesuita también la invitaba a considerar la humanidad de Cristo. Veamos las palabras teresianas en el Libro de la Vida:

Tratando con aquel siervo de Dios -que lo era harto y bien avisado- toda mi alma, como quien bien sabía este lenguaje, me declaró lo que era y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo a la oración [...] Díjome tuviese cada día oración en un paso de la Pasión, y que me aprovechase de él, y que no pensase sino en la Humanidad

(V 23, 16 y 17)

La relación de Diego de Cetina con la Santa duró solo dos meses pues el provincial de la Orden lo trasladó, tal vez, a Plasencia. Pero antes de dejar Ávila, el padre Cetina dio a Teresa otro regalo invaluable: la visita de Francisco de

Borja, gobernante de los jesuitas en España. El padre Francisco la motivó a continuar asida a la humanidad de Cristo y la invitó a no resistir a Dios en aquellas mercedes. A partir de este encuentro nació una amistad que se fue haciendo más y más profunda, cultivada durante años por correspondencia: por desgracia, las cartas no se han encontrado.

Santa Teresa volvió a enfermar, quizá por la tensión producida por la abundancia de experiencias sobrenaturales y las diversas opiniones en torno a ella. Le permitieron salir del monasterio y después de pasar unos días en casa de Francisco Salcedo, doña Guiomar de Ulloa se ofreció a hospedarla en su casa. Dice la Santa: "Fue el Señor servido que comencé a tomar amistad con una señora viuda de mucha calidad y oración, que tratava con ellos los jesuitas mucho" (V 24, 4). Esta mujer aconsejó a nuestra autora a probar la guía espiritual de Juan de Prádanos, confesor suyo. "Este padre me comenzó a poner en más perfección", afirma Teresa (Ibid., 5). Y fue justamente bajo su dirección cuando la Santa alcanzó las alturas del desposorio espiritual. Esta vivencia la tuvo en Pentecostés de 1556, a los cuarenta y un años. Poco después recibió otra merced: la transverberación; veamos como expresa dicha vivencia:

vía un ángel cabe mi hacia el lado izquierdo en forma corporal [...] no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro encendido [...]. Víale en las manos un dardo de oro largo, y al fin de el hierro me parecía tener un poco de fuego; éste me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegava a las entrañas. Al sacarle, me

parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios [...]. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento.

(V 29, 13)

Asimismo, experimentó una serie de arrobamientos que ponían en evidencia lo que podría considerarse el drama de dos juicios encontrados: el de los hombres, como el rector Dionisio Vásquez -quien afirmaba que eran cosas del demonio- y el de Dios, o el de aquellos que lo atribuían, sin duda alguna, a Dios.

Del 17 al 25 de agosto de 1560 estuvo en Ávila fray Pedro de Alcántara, quien se ocupó del caso de la Santa:

Este santo hombre me dio luz en todo y me lo declaró, y dijo que no tuviese pena, sino que alabase a Dios y estuviese tan cierta que era espíritu suyo, que si no era la fe, cosa más verdadera no podía haver ni que tanto pudiese creer.

(V 30, 5)

En verano de ese mismo año, poco después de que fray Pedro partiera de Ávila, la Santa tuvo una visión del infierno, según sus propias palabras. En el juego de voces, visiones y arrobos que experimenta, se mezclan también aspectos diabólicos. Y en su visión del infierno sintió en su cuerpo y en su alma las penas descritas muchas veces por los predicadores:

Estando en tan pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo [...]. porque estas paredes, que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga. No hay luz, sino todo tinieblas escurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que, con no haver luz, lo que a la vista ha de

dar pena todo se ve.

(V 32, 3)

A partir de esto, Teresa hizo el voto de lo más perfecto y la firme intención de guardar su Regla con la mayor perfección que pudiese. Es por estas fechas cuando de una plática de amigas entre monjas y otras jóvenes, nace la idea de fundar un nuevo convento. En realidad, el profundo subsuelo de la reforma teresiana tiene como roca el propósito concebido por la Santa en los años que van de agosto de 1560 a agosto de 1562, mes en que se llevó a cabo la primera fundación (24 de agosto, convento de San José), esto es: consolar a Cristo y apoyar con la oración y el sacrificio, la tarea de la Iglesia.

A partir de esa primera fundación en 1562 y hasta abril de 1582, en Burgos, santa Teresa logró conjuntar una vida activa como fundadora y una vida hasta cierto punto pasiva, como contemplativa, como mística. Y digo hasta cierto punto puesto que la vida de oración de la Santa de Ávila, implicó uno de los más impresionantes movimientos ascendentes del alma hacia Dios, que por fortuna quedó plasmado en una obra monumental, convirtiendo a su autora en una importante protagonista de la historia de la literatura mística española.

12

Quiero ahora hacer un breve examen de las circunstancias conventuales prevalecientes en la Encarnación, que dificultaban el logro de una vida monástica como la que se tenía entre los primeros carmelitas. Cuando santa Teresa

había ingresado al convento de la Encarnación, en 1535, había unas ciento ochenta religiosas, número que hacía difícil el control en la observancia de la Regla. Además, no todas ellas eran monjas; por eso no se guardaba clausura: había seglares, parientes y amigas de las religiosas. Asimismo, había distinción entre las mismas monjas: algunas con el título de 'doña' y otras sin él y hasta quienes tenían sirvienta a su disposición. No hay duda de que la presencia de tales seglares era un peso para la deteriorada economía de la comunidad carmelitana de Ávila. El hecho es que tenían gran penuria económica. Aún en 1565, el P. Juan Bautista Rubeo, General de la Orden del Carmen, dibujó un tétrico panorama en las declaraciones hechas a raíz de su visita al monasterio. En este estado, cada monja procuraba arreglárselas como podía para poder subsistir materialmente. Por otro lado, apenas existía vida común, lo que agravaba la economía doméstica. Entre los años 1560-1565 había fuera del monasterio unas cincuenta religiosas; esto también suponía la inobservancia de la clausura.

Otro factor que la misma Santa mencionó en sus escritos era las frecuentísimas visitas en los locutorios de la Encarnación. Este hecho estaba indudablemente relacionado con la pobreza extrema del monasterio, pues en muchos ocasiones las visitas eran de benefactores que llevaban regalos o donativos. Según la Santa, dichas visitas eran una práctica muy generalizada en todos los monasterios de la época. Y a estas frecuentes visitas hay que añadir los abusos ya

denunciados por la Santa: hablarse y comunicarse por ventanas, puertas, agujeros, o de noche:

porque tomar yo libertad ni hacer cosa sin licencia -digo por agujeros u paredes, u de noche-, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monasterio hablar de esta suerte, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano.

(V 7, 2)

Un último aspecto de importancia es el problema de la dirección espiritual. Además de los Carmelitas, acudían a la Encarnación más de una docena de confesores. Hay divisiones, bandos, conflictos. Las menos deseaban sólo padres Carmelitas; la mayoría pedía confesores que fueran no sólo de la Orden, sino también de otras. Para la Santa, la cuestión residía no tanto en si el director espiritual era Carmelita o no, sino en la posibilidad real de guardar la clausura en los mejores términos según la Regla de la Orden.

En apariencia, el monasterio de la Encarnación no ofrecía un ambiente propicio para llevar una vida común, recogida, de oración. Pero según palabras de la Santa, "hay tantas que sirven muy de veras y con mucha perfección al Señor" (V 7, 3).

En efecto, existía un pequeño grupo con sincera vocación de servicio y entrega a Dios y con un cierto fervor espiritual. De hecho, más adelante nuestra autora tomaría hasta treinta y cuatro monjas de la Encarnación de Ávila para sus primeras fundaciones.

Resulta importante señalar que santa Teresa no rechazó el ideal de vida carmelitana del monasterio de la Encarnación, sino que propone una mayor perfección en el cumplimiento de lo que han profesado. Cuando en 1565 se publican en España

los Decretos del Concilio de Trento, la intención reformadora de la Santa tendrá un cauce nuevo y un aval eclesial. No se trataba de despreciar lo antiguo, sino de lograr un retorno a lo evangélico, a lo carmelitano, conjugado con la aportación de la creatividad. Al evocarla como fundadora, reconocemos en ella a la mujer que mira al futuro y busca responder a las necesidades existentes; al evocarla como reformadora, vemos en ella a la mujer que se vuelve al pasado, lo valora y trata de restablecer y actualizar lo bueno del mismo. Sin duda, los veintisiete años pasados en la Encarnación hasta el inicio de la fundación del monasterio de San José de Ávila, dejaron honda huella en su alma. Así, en búsqueda de una mayor perfección espiritual-religiosa, la Santa busca ciertos elementos esenciales en la fundación de los nuevos conventos:

- El seguimiento de la regla de clausura rigurosa, la estrechez, la sobriedad y la pobreza. Esto vendría a constituir el elemento ascético, cumplido y vivido con rigor y alegría, en el afán de seguir a Cristo.
- Conseguir el cumplimiento de la perfección de la vida cristiana, que finalmente es el ideal último de la vida religiosa. El logro de este ideal estaría, desde luego, en la puesta en práctica de los medios propuestos por Cristo en el Evangelio.
- La oración como componente místico y como medio para conocerse, conocer a Dios, fortalecerse, encontrar a Cristo, amarle y amar a Dios trino y uno y hacer del alma su morada. El ideal de oración perpetua se encuentra desde los primeros

carmelitas y es algo que la Santa busca mantener como aspecto primordial en la vida de sus monjas. Esto es algo que encontramos aseverado en las mismas Moradas, como veremos más adelante.

Por otro lado, la Santa se enfrenta a circunstancias históricas específicas como la misión evangelizadora que la Iglesia se proponía realizar en las colonias de América o las luchas fratricidas que la Iglesia sufre a raíz de los movimientos protestante y erasmista, básicamente. Para santa Teresa, el estilo de vida propuesto en la Orden de Carmelitas Descalzas (al igual que en los varones), significaba un servicio a Dios en el regazo de la iglesia católica, y un servicio a la Iglesia misma. Veamos como se expresa a este respecto:

A lo que ahora me acuerdo, nunca dejé fundación por miedo del trabajo, aunque de los caminos, en especial largos, sentía gran contradicción; mas en comenzando a andar, me parecía poco, viendo en servicio de quien se hacía y considerando que en aquella casa se había de alabar el Señor y haver Santísimo Sacramento. Esto es particular consuelo para mí, ver una iglesia más, cuando me acuerdo de las muchas que quitan los luteranos. No sé que trabajos, por grande que fuesen, se habían de tener, a trueco de tan gran bien para la Cristiandad;

(F 18, 5)

Esa fue una de sus grandes intenciones, el poder servir a la Iglesia, pidiendo solución para su males, pidiendo luz para los religiosos y para aquellos que estudian la Sagrada Escritura y la doctrina y, entre otras cosas, pidiendo la salvación de las almas, sobre todo de los protestantes (a causa del momento que vivía). Y en su situación como mujer, tampoco era fácil hacer otra cosa que lo que se pedía y

esperaba de una mujer en ese siglo; esto es, estar bajo la tutela paterna o del esposo, o acogerse a la vida religiosa, y realizar trabajos relacionados con el cuidado de la casa, de los hijos, y la atención al marido. Dice la Santa en Camino de perfección:

Paréceme que mi vida pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que vía perder. Y como me vi mujer y ruin, y imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos; y así determiné hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese y procurar estas poquitas que están aquí hiciesen lo mesmo

(C 1, 2)

Tampoco puedo dejar de mencionar el sentimiento de filiación de la Santa hacia la Iglesia. Nuestra autora se sentía hija de la Iglesia católica apostólica y romana y dicho sentimiento se manifiesta como uno de los más fuertes dentro de su alma. Sin duda, es uno de los pilares de su espiritualidad, construido en el medio familiar de su infancia, en el monasterio de monjas agustinas de Santa María de Gracia (a sus dieciséis años) y en las influencias recibidas no sólo de sus lecturas (las Epístolas de San Jerónimo, las Confesiones de San Agustín, la Subida del Monte Sión de Fr. Bernardino de Laredo, el Tercer Abecedario de Francisco de Osuna, los Morales de San Gregorio, la Regla carmelitana de San Alberto, principalmente), sino también de aquellos miembros de la Iglesia que estuvieron cerca de

ella a lo largo de su vida (por nombrar sólo algunos, el P. Jerónimo Gracián, el P. Vicente Barrón, Fr. Pedro de Alcántara, el P. García de Toledo, el P. Francisco de Borja, el P. Gaspar Daza, el P. Diego de Cetina, el P. Juan de Prádanos, el P. Domingo Báñez, el P. Baltasar Alvarez, el P. Pedro Ibáñez, el P. Antonio de Jesús, San Juan de la Cruz). Así, la Santa se acoge y se cobija bajo lo que su "Santa Madre Iglesia" (C 21, 10) le da y le hace obedecer. En el Prólogo de las Moradas lo pone de manifiesto:

Si alguna cosa dijere que no vaya conforme a lo que tiene la santa Iglesia Católica Romana, será por ignorancia y no por malicia. Esto se puede tener por cierto y que siempre estoy y estaré sujeta, por la bondad de Dios, y lo ha estado a ella.

(M, Pr., 4)

Murió la Santa en Alba de Tormes, el cuatro de octubre de 1582, a las nueve de la noche. Quedaban atrás los años de búsqueda interior, de crisis espiritual, de la segunda conversión; los años de gestación de una idea de cambio, que tuvo su primer fruto con el monasterio de San José de Ávila; los años apacibles antes de la irrupción del torrente de fundaciones; tiempos testigos del carácter, la energía, el vigor y la fortaleza de santa Teresa de Jesús. Tiempos también de lucha, trabajos, angustias y dolores que la acompañaron casi hasta los últimos momentos de su vida. En su

amiga, enfermera y confidente, Ana de San Bartolomé, encontramos una valiosísima fuente testimonial de los últimos días de la Santa y del momento en que el alma de Teresa de Ávila va a su encuentro definitivo con su Padre, su Señor, su Amigo:

Al atardecer el P. Antonio de Jesús vino a visitar a la Fundadora, y al ver que Ana todavía estaba allá y que no descansaba, le mandó ir a comer algo. "Y, en yéndome, no sosegaba la Santa, sino mirando a un cabo y a otro. Y díjola el Padre si me quería, y por señas dijo que sí, y llamáronme. Y viniendo, que me vio, se rió; y me mostró tanta gracia y amor, que me tomó con sus manos y puso en mis brazos su cabeza; y allí la tuve abrazada hasta que espiró, estando yo más muerta que la mesma Santa".

15

Murió siendo hija fiel y obediente de la Iglesia, lo cual agradeció y reiteró en diversas ocasiones antes de morir. Encomendó a sus monjas la observancia de la Regla, confiadas en la misericordia y el amor de Dios. Y aun, en el contexto de la fe, encontramos múltiples testimonios de la presencia sobrenatural de la Santa entre las carmelitas descalzas de los diferentes monasterios, en ese 4 de octubre, día de San Francisco de Asís (en Valladolid, Segovia, Granada y en el mismo monasterio de Alba de Tormes). Como dijera Ana de San Bartolomé en una carta escrita hacia 1620, santa Teresa era "tan valerosa amiga de Cristo", empeñada en imitarle y tan decidida en hacerlo, que logró, por gracia divina, alcanzar las altas cumbres del matrimonio espiritual. Cristo la sostenía como roca y los vendavales de los problemas

humanos pasaban sin afectar lo más profundo. Por ello la Santa decía:

Nada te turbe,
Nada te espante,
Todo se pasa,
Dios no se muda,
La paciencia
Todo lo alcanza;
Quien a Dios tiene
Nada le falta:
Sólo Dios basta.

"Nada de turbe" (P 30)

NOTAS AL CAPITULO PRIMERO

- 1 Ma. de San José. Libro de Recreaciones VIII. p 96, Francisco de Ribera. Vida de Santa Teresa IV c.I, Diego de Yepes. Vida, virtudes y milagros de Bienaventurada Virgen Teresa de Jesús II 39 y III 28, Jerónimo de San José. Historia del Carmen Descalzo II c.4 n.3. p. 334 Apud Efrén M.D. y O. Steggink. Tiempo y Vida de Santa Teresa. Madrid: B.A.C. 1977. p. 26
- 2 "El texto de la Regla primitiva es primoroso, conciso y de una elasticidad inmensa, empedrado en textos bíblicos [...] presenta a Cristo, capitán y dechado, a quien han de brindar sus vidas en obsequio de amor [...] La obediencia al prior echará raíces con la oración incesante, la soledad y la abstinencia, todo en celdillas apartadas y en silencio sagrado". Ibid., p. 73
- 3 Según Efrén M.D. y O. Steggink, "Las palabras 'natural de Ávila', que usan testigos en los Procesos y en que se apoyan los defensores de que la Santa haya nacido dentro de las murallas de la ciudad, pueden aplicarse a los vecinos de Gotarrendura, por ser esta aldea de Ávila, que en los siglos XV al XVII significaba como los alrededores de la misma, y a veces se aplicaba a lugares que distaban más de 10 leguas de camino. En el Libro de Bautizo de Gotarrendura (1610-1618) se llama este lugar de la 'jurisdicción eclesiástica y civil de la ciudad de

Ávila'." Ibid., p. 23

- 4 La noticia fue tan inesperada que el mismo P. Efrén quiso suavizarla en la primera edición del libro Tiempo y Vida de Santa Teresa, explicando que don Juan Sánchez de Toledo se había dejado convertir por lo judíos con quienes trataba. Después de una reacción de enfado por parte de Américo Castro, el P. Efrén admite sin disimulos, en la segunda edición de su obra (p. 4), que el abuelo de la Santa fue judío-converso, Cfr. Javierre, José María. Teresa de Jesús. Aventura humana y sagrada de una mujer. Salamanca: Ed. Sígueme. 1987. p. 24
- 5 En Ciudad Real ganó don Juan Sánchez de Toledo el pleito de hidalguía con ejecutoria el año 1500, con fin comercial, pues "una provisión real de 22 de mayo de 1500 prohibía a los judíos recién convertidos el arriendo de las rentas reales". Efrén M.D. y O. Steggink. Tiempo y Vida de Santa Teresa. Op. cit. p. 6
- 6 Juan de Cepeda (nac. 1507) "murió en plena juventud siendo capitán de infantería en la guerra de África. En el Pleito de 1544 se dice explícitamente que murió en Budia y sin hijos". Ibid., p. 40, 41
- 7 Ibid., p. 57
- 8 Ibid., p. 54
- 9 Cuando Rodrigo partió de España "cedió en santa Teresa la legítima de sus bienes. y ella le tenía en tanta estima que, al saber su muerte en tierras araucanas, túvole por mártir". Ibid., p. 41

- 10 Juan de Ahumada ingresó después con los monjes del convento dominicano de Santo Tomás, probablemente a principios de 1544, y murió allí siendo novicio. *Ibid.*, p. 67
- 11 El Tercer abecedario de Francisco de Osuna, publicado en Toledo el 31 de agosto de 1527.
- 12 Para mayores referencias puede consultarse el libro Introducción a la Historia de la Literatura Mística en España de Pedro Sainz Rodríguez. Dicho escritor e historiador afirma que la obra de santa Teresa (iniciada en 1561) caracteriza plenamente el tercer período cronológico de la Mística española, época de "Aportación y producción nacional" que comprende desde 1560 a 1600. (El primero: de "Importación e iniciación", desde los orígenes medievales hasta 1500 ; el segundo: de "asimilación", de 1500 a 1560 y el cuarto: de "Decadencia o compilación doctrinal", de 1600 a 1611 aproximadamente). Cfr. Sainz Rodríguez, P. Introducción a la Historia de la Literatura Mística en España. Madrid: Ed. Espasa-Calpe, 1984. pp. 221-259
- 13 A este respecto, puede consultarse el libro Perfil Histórico de Santa Teresa escrito en colaboración (Teófanos Egido, José García Oro, Enrique Llamas, Melquiades Andrés, Daniel de Pablo Maroto, Julián Urkiza y Juan Bosco Sanromán), que clarifica estos movimientos europeos y su relación con la situación religiosa particular de España y de santa Teresa. Ver Egido.

- Teófanos, et.al. Perfil Histórico de Santa Teresa.
Madrid: Editorial de Espiritualidad. Redes # 11. 1981.
- 14 Ver nota no. 2
- 15 Egido, Teófanos, et.al. Perfil Histórico [..] Op. cit.
p. 168
- 16 Santa Teresa de Jesús. "Poesías" en Obras completas.
Madrid: B.A.C. 1986. p. 667

CAPÍTULO SEGUNDO: CRISTO COMO CENTRO ESTRUCTURADOR DE LAS MORADAS

2.1. Reflexión sobre las tres primeras moradas

En las Moradas, santa Teresa desarrolla un esquema en el que la oración se presenta como un movimiento de persona a persona; es la puerta y el lugar de encuentro entre el hombre y Dios. Dicho encuentro se va haciendo progresivamente más hondo y más personal y se inicia con la experiencia divina en Cristo, hasta finalizar con la experiencia trinitaria de Dios. La oración muestra las distintas formas en que se realiza la unión con lo divino; es una realidad viva en proceso evolutivo.

Sabemos que santa Teresa concebía a la oración como un "tratar de amistad, estando muchas veces ... a solas con quien sabemos nos ama" (V B, 5). Maximiliano Herraiz afirma que la oración es:

'Estar' en compañía de Dios. 'Estar' es comunión. Acercamiento de las personas por dentro. La amistad exige presencia total, polarizante y absorbente del amigo al amigo.

1

Por esto, orar implica experimentar conscientemente la búsqueda del encuentro con Dios y el diálogo de amor con Él. vivencia que la Santa expresó paso a paso en las Moradas. Santa Teresa empieza la obra con la delimitación, por medio de una imagen, de lo que es el alma humana:

considerar nuestra alma como un castillo todo de diamante

u muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas.

(1M 1, 1)

Asimismo, "es un paraíso adonde dice El tiene sus deleites"

(Ibidem).

Desde su propia vivencia y ya desde estas primeras líneas nos muestra la viva presencia de Jesucristo en su alma. ¿Cómo será ésta para que dicho rey se goce en ella? Con base en su experiencia y en la afirmación bíblica de que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, se comprende lo hermosa que puede ser el alma. A partir de una comparación, la Santa describe una alegoría en la que cada parte del castillo y cada miembro que en él habita tienen un significado específico en el mundo del alma. No es un castillo cualquiera: es de diamante o de cristal y tiene muchas moradas. En el centro del castillo se encuentra la morada principal, donde "pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma" (Ibid., 1, 3). Dios está en el centro y desde ahí actúa y atrae al hombre; en un principio, éste se encuentra fuera, fuera de sí, en los alrededores, volcado en las cosas del mundo.

Como dije, la oración es la puerta de entrada. Orar es entrar. El ser humano va entrando en sí, interiorizándose, atraído por Dios. Santa Teresa afirma que se debe procurar amar esa bondad divina y esa misericordia sin medida desde la primera morada, al comprender el regalo tan grande que hace Dios al comunicarse y tener trato de amistad con quienes no tienen ningún mérito y no son sino criaturas frente a su

Creador. Al orar, el hombre se empieza a dar y a acoger a Dios. El orante va viviendo esa donación-amistad que determina en gran medida el grado de proximidad entre ambas personas. Hay una búsqueda de Alguien, de Dios y aquel que ora se sabe amado por El y experimenta su presencia. Pero, "Dios no es un frío interlocutor, mudo e impasible [...] indiferente en sí al 'trato', sólo dador y no receptor".² A veces el Señor se comunica con el alma, "por regalarse su Majestad con ella y regalarla" (6M 10, 1).

Para el orante, la donación conlleva un alejamiento del mundo exterior en el momento de la oración. Pero, ¿qué sucede entonces dentro del castillo si el hombre permanece en los alrededores sin tener la gracia divina? Según palabras de la Santa, "no hay tinieblas más tenebrosas ni cosa tan oscura y negra, que no lo está mucho más" (Ibid., 2, 1). Es la oscuridad del pecado, es aquello que empaña el alma y no permite siquiera sentir la presencia de Dios. Por ello afirma más adelante: "si sobre un cristal que está a el sol se pusiese un paño muy negro, claro está que, aunque el sol de en él, no hará su claridad operación en el cristal" (Ibid., 2, 3).

A reserva de profundizar sobre esto en otro capítulo, cabe señalar que la fuente y el sol simbolizan sin duda la presencia de Cristo resucitado que sustenta y da vida al hombre, pero el pecado es lo que no permite que la luz-Cristo ilumine su interior. En esta situación, el ser humano niega toda posibilidad de relación amistosa con Él, pues su alma

está adentrada en el mundo y ensimismada en sus gustos. Los sentidos y potencias andan turbados y ciegos, no tienen fuerza y el alma es vencida fácilmente. Es la negación de Dios y en ello está la falta y la consecuente oscuridad en la que se encuentra dicho ser, según el texto teresiano. Hay otras almas que, aunque no están en mal estado y están ya en las primeras moradas, están tan metidas en asuntos del mundo que no pueden captar la poca luz que llega de la morada principal. Pero, en el inicio de esta amistad, la donación y la apertura ante el Amigo así como la humildad y el temor de ofenderle, permitirán al alma superar las dificultades. En este contexto, el hombre depende de Dios y sólo de El puede sostenerse. Por eso habla santa Teresa de humildad y de temor de ofender: porque se le representó claramente el daño que se hace el alma alejada de Dios y su imposibilidad de hacer algo bueno por sí misma. Compara a Dios con el hombre estableciéndolo como parámetro para que éste se conozca a sí mismo:

Y a mi parecer jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios; mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza, y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; considerando su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes.

(Ibid., 2, 9)

Con estas palabras resalta el autoconocimiento humano en el conocimiento de Dios. Pero, ¿en qué reside la perfección? A este respecto dice: "la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo, y mientras con más perfección

guardáremos estos dos mandamientos seremos más perfectos" (Ibid., 2, 17). Si el ser humano está hecho a imagen y semejanza de Dios, el nivel de amor alcanzado en la apertura y profundidad de la relación de amistad determinará el grado de perfección en la semejanza con el que es todo Amor. Y desde las primeras moradas hay que tener esto presente, pues quienes están en ellas suelen ser "como mudos que no oyen" (2M 1, 2); parecen incapaces de entablar diálogo con el Amigo.

Los que se encuentran en las segundas moradas "entienden los llamamientos que les hace el Señor" (Ibidem). Están un poco más cerca de Dios y a pesar de los "pasatiempos y negocios y contentos y baraterías del mundo" (Ibidem), el Señor no deja de llamarlos porque desea que le quieran y procuren su compañía. Hay ya un pequeño avance en el que el Rey se vuelve -con más claridad- una presencia amorosa, expectante y activa. De hecho, como Amor, Dios es la fuerza activa sin la cual la oración no puede darse. Así, en este camino, el hombre va experimentando una pasividad creciente, aunque de momento su corazón esté dividido entre Dios y el mundo, como sucedió a la misma Santa.

En las segundas moradas el alma "se deshace" (Ibidem) al oír la voz del Señor por medio del silencio en la oración, de escuchar la palabra de Dios, de la buena lectura, de buenos ejemplos e incluso de trabajos y enfermedades; pero, sobre todo, en los ratos de oración. Sin embargo, el alma todavía no responde al Amor sino muy someramente; se encuentra

confusa y no sabe si continuar o volver a las primeras moradas. Pero, ¿por qué el alma se encuentra en este estado? ¿Qué factores están relacionados con dicha confusión?

La Santa habla con claridad de cinco elementos constitutivos del hombre: la razón, la fe, la memoria, la voluntad y el entendimiento. Y pongo énfasis en ellos porque quiero recalcar el hecho de que en estas moradas todavía tiene mayor peso lo humano que lo divino. El alma vive esta etapa en un estado de ambigüedad o indeterminación. "Quisiera componer cosas contrarias". Experimenta el llamado amoroso de Dios como una fuerza activa y persistente; pero todavía intervienen factores que más adelante cobran otro valor o simplemente se nulifican por la acción del Señor. Estos llevan al alma a una reflexión y a un enfrentamiento entre lo que se presenta como el mundo sensible (y sus vivencias) y ese mundo interior, reino de la Luz y del Amor, en el cual tendrá una experiencia mística ajena a lo sensible. ¿Qué sucede entonces? En este nivel, la razón muestra al alma el engaño en que puede caer al ver que las cosas de la tierra son nada, son mera vanidad y no tienen valor alguno. La fe enseña dónde está la verdad como un acto de aceptación y un camino ascendente a dicha verdad. La memoria le recuerda que todo lo de esta vida se acaba con la muerte. Por su parte, la voluntad quisiera amar a Dios, pues ve en Él incontables muestras de amor y quisiera pagarle de algún modo. En este caso, el alma experimenta que Aquél que realmente la ama está siempre junto a ella, haciéndole compañía, "dándole vida y

ser" (Ibid., 1, 4). Finalmente, el entendimiento le dice que no podrá encontrar un mejor amigo durante toda su vida y que debe quedarse en su propia casa donde encontrará un sin fin de riquezas. Y en todo ello, el que sustenta la vida y el que se muestra como el mejor amigo es Cristo glorioso, Cristo-Luz. Sin embargo, a pesar de tener estas señales el alma parece querer persistir, por la fuerza de la costumbre, en las cosas y vanidades del mundo. Por eso hay confusión y el corazón está dividido entre Dios y el mundo.

Y, ¿qué aconseja santa Teresa al alma en este momento de indeterminación? Ante todo, no desanimarse, no dejar la oración, pues Dios sabe esperar si ve la perseverancia y los buenos deseos del alma. La Santa misma pasó por esta crisis cuando dejó la oración. En 1544, el padre Vicente Barrón la exhortó a no detenerse, a continuar. Por eso ella habla de la importancia de no abandonarla nunca, aunque pudiera parecer a alguno un muestra de humildad. "Sepan que el tiempo que estuve sin ella era mucho más perdida mi vida" (V 19, 11), afirma nuestra autora. Continuar con la oración significa profundizar en el trato con quien sabe el alma que le ama y ahondar en ese conocimiento del amor de Dios. Pero también significa abrazarse a la cruz de Cristo y sufrir por Él. Veamos como lo expresa: "la que más pudiera padecer que padezca más por Él y será la mejor librada" (2M 1, 7).

Esto es un pequeño indicio del lugar esencial que ocupa Jesucristo en el camino hacia la morada principal, donde Él mismo habita. El mismo modo como la Santa termina las

segundas moradas lo pone de manifiesto:

El mismo Señor dice: "Ninguno subirá a mi Padre sino por mí" [...] y "quien me ve a Mí, ve a mi Padre" ... Plega a Su Majestad nos dé a entender lo mucho que le costamos ... y que hemos menester obrar para gozar su gloria, y que para esto nos es necesario orar, para no andar siempre en tentación.

(Ibid., 1, 12)

Gracias a la misericordia divina y a la perseverancia, el alma llega a las terceras moradas y está ya más determinada a servir únicamente a Dios, a ordenar su vida; superadas las primeras dificultades, puede ver con alegría cómo surgen las virtudes. La Santa la llama bienaventurada, si es que no vuelve hacia atrás, pues recordemos que -según sus palabras- nada hay seguro "en esta vida" (3M 1, 1). Aquel que deja el camino recorrido sólo puede vivir en miseria. Hay que estar dispuestos a morir con Cristo:

muramos con Vos, como dijo santo Tomás, que no es otra cosa sino morir muchas veces vivir sin Vos, y con estos temores de que puede ser posible perderos para siempre.

(Ibid., 1, 2)

Como vemos, santa Teresa sabe que el alma se mueve por amor, pero también se mueve por temor; el temor de perder a Cristo y andar a oscuras, con desasosiego y confusión. Ella misma pide a sus monjas que oren al Señor para que El siempre viva en su persona. Quiere vivir con Cristo muriendo con El y por El. Con ello asume el seguimiento del Señor en la donación total.

Por eso no basta que los que están en estas moradas se guarden de no ofender a Dios o hagan obras de caridad: "aun

es menester más" (Ibid., 1, 5). Es necesario que el alma busque ser perfecta y que haga más que pequeñas obras; se requiere que ese amor que manifiesta se purifique. "Pasad adelante de vuestras obrillas", dice la Santa, (Ibid., 1, 6). Hay algunos que en esta etapa pasan por grandes sequedades; se experimentan desabridos, sin gustos ni consuelos, sin capacidad para mantener el discurso o la imaginación en la oración. Pero no es más que un llamado a la renuncia de uno mismo, de los propios criterios, de los propios caminos; es decir, una invitación al abandono en Dios, con un amor desinteresado al Señor por el Señor mismo. Esto obliga a confrontar las propias actitudes con las de Cristo; como puede verse en las siguientes palabras:

Provémonos a nosotras mismas, hermanas mías, u pruévenos el Señor [...] Porque si le volvemos las espaldas y nos vamos tristes como el mancebo del Evangelio, cuando nos dice lo que hemos de hacer para ser perfectos, ¿qué queréis que haga su Majestad?

(Ibid., 1, 7)

Aquel que quiera seguir adelante debe quedarse en la desnudez de sí mismo; las sequedades deben ayudar tan sólo para tener más humildad. Según nuestra autora, Dios quiere que sus escogidos sientan a veces su propia miseria, para que se conozcan mejor y con ello tengan ganancia en su humildad. Si la hay, entonces, "aunque tarde algún tiempo, vendrá el zurujano, que es Dios, a sanarnos" (Ibid., 2, 6).

Entendamos entonces que si bien el alma que está en estas moradas desea amar a Dios y le ama en la penitencia, en obras

de caridad con el prójimo y en el orden de su vida, va todavía cargada de muchas cosas que le dificultan su camino hacia la Luz, ya sea haciéndola volver atrás o conformándose a vivir así durante muchos años y aun toda su vida. Puede suceder que por vanidad se piense ya perfecta y confunda la perfección con su propio orden interior, con todo lo que ella ha construido con cosas de Dios y cosas de sí misma: criterios, mentalidades cerradas, modos de actuar y reaccionar propios de los humanos. Falta mucho por aprender y debe desarrollarse aún más la humildad. El alma debe seguir siendo una discípula atenta del Señor, dispuesta a aprender; debe dejar a un lado el juicio sobre los demás y tener, más bien, misericordia con las faltas ajenas, como el propio Maestro la tenía. En las mismas moradas leemos a este respecto: "miremos nuestras faltas y dejemos las ajenas, que es mucho de personas tan concertadas espantarse de todo" (Ibid., 2, 13).

Las Moradas son sin duda un lugar de encuentro amoroso entre el alma y Dios, teniendo a Cristo como centro que estructura la oración; de hecho, "Sin Cristo no se entiende la oración de Teresa". En este grado, donde el orante se encuentra a pocos ⁴ 'pasos' de adentrarse a un nivel donde comienza la oración infusa, la Santa subraya el valor del amor en este camino. Como discípula fiel, afirma que la perfección no está en los gustos, "sino en quien ama más [...] y en quien mejor obrare con justicia y verdad" (Ibid., 2, 10). Vivir en la verdad es vivir con humildad y aquel que ama es aquel que

vive desapegado de sí mismo y permite que Dios ejerza su acción sobre él. Santa Teresa lo sabía por experiencia propia. Dios quiere que lo dejemos actuar y es por nuestra culpa si perdemos todo lo que El nos puede dar para ir creciendo en las virtudes y en las obras. Se trata de ir más por el camino de la humildad y el amor, de buscar lo interior para descubrirlo en la presencia de Dios y purificarlo con su ayuda.

2.2 El encuentro en las cuatro últimas moradas

Comienza la Santa las cuartas moradas encomendándose al Espíritu Santo: quiere que el Espíritu hable por ella, puesto que las cosas aquí empiezan a ser sobrenaturales y escapan del poder y la voluntad humanos. Por eso es difícil explicarlo, pero todavía más difícil entenderlo si no se tiene "esperiencia", como ella dice:

el entendimiento no es capaz para poder dar traza como se diga siquiera algo que venga tan al justo que no quede bien oscuro para los que no tienen esperiencia, que quien la tiene muy bien lo entenderá, en especial si es mucha.

(4M 1, 2)

En estas moradas pocas veces entran cosas negativas: la miseria va quedando atrás. El alma se encuentra ahora mucho más cerca de la morada principal y la luz entra a raudales. Ahora se tienen ya nuevas vivencias manifiestas que la Santa llama "gustos y contentos" (Ibid., 1, 5). Y habla claramente de estos, diferenciándolos y definiéndolos sencillamente, según su propia experiencia.

Lo que procede del ser humano, de su meditación y buenas obras son los "contentos"; empiezan en el hombre y acaban en Dios. Pero no son exclusivos de la oración o de las obras de misericordia: también podemos tener contentos que provengan de las cosas del mundo. Por ejemplo, dice santa Teresa, si nos han dicho que un hermano o un hijo o el marido ha muerto y de pronto lo vemos venir vivo, o si después de haber escalado una montaña escarpada y habernos cansado en la subida, encontramos en la cima un hermoso lago y una suave y refrescante brisa. Todo esto nos puede causar un gran contento, pues éste se tiene como recompensa de un trabajo hecho con el propio esfuerzo.

Por su parte, "los gustos comienzan de Dios y siéntelos el natural, y gozan tanto de ellos como gozan los que tengo dichos, y mucho más" (Ibidem). Estos "gustos" no dependen del trabajo o el esfuerzo humano; es algo que Dios da cuando El quiere y a quien El quiere por su gran misericordia. La Santa afirma que sólo los que tienen mucha experiencia en esto podrán comprender fácilmente lo que viene del Señor; pero los que no la tienen, necesitan más explicación para entender. Y continúa: "los contentos que están dichos, no ensanchan el corazón" (Ibidem).

En cambio los gustos que Dios da, sí ensanchan nuestro interior; mueven el alma y la hacen tener grandes deseos de permanecer en el Señor, apartarse de los contentos terrenos y ser mejor.

La Santa compara los gustos y contentos con dos "pilones que

se hinchan de agua" (Ibid., 2, 3). El primero -el de los gustos- se llena con agua que proviene directamente del manantial de donde surge; viene de su nacimiento y no "por arcaduces y artificio" (Ibidem) como sucede con el segundo pilón. Uno corresponde a Dios, en El empieza; luego termina en nosotros produciendo una gran paz y quietud. El otro, corresponde al ser humano, a su esfuerzo, a la buena obra; comienza en éste y termina en Dios.

Por ello, cuando se recibe un gusto, el alma desea alabar al Señor y amarlo mucho; las potencias se encuentran "embebidas y mirando como espantadas qué es aquello" (Ibid., 2, 6). Además, se debe comprender que esto no lo da Dios porque nosotros lo merezcamos; aunque, sin duda -dice la Santa- debe procurarse amar al Señor sin interés alguno. Pues,

para aprovechar mucho en este camino y subir a las moradas que deseamos, no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho, y así lo que más os despertare a amar, eso haced.

(Ibid., 1, 7)

Una vez más nuestra autora expone la importancia del amor en la senda que lleva a Dios. No se trata de tener puesto el pensamiento en el Señor o en razonar con el entendimiento, puesto que a veces el pensamiento anda en los alrededores del castillo, mientras el alma está en las moradas cercanas a la principal adonde está el gran Rey, la Luz, la Fuente del agua que da la vida. Y ese amar consiste en desear contentar a Dios en todo, y lo que más nos haga contentarle, eso debemos hacer.

En estas cuartas moradas el alma también experimenta lo que la Santa llama recogimiento. Esta es la primera forma de oración que Dios comunica al alma, según el esquema de las Moradas. Por su gran misericordia, el Rey del castillo -"como buen pastor" (Ibid., 3, 2)- quiere atraer al alma y la llama con un "silbo" (Ibidem) suave pero poderoso. Y no es un llamado que se escuche con los oídos, sino una fuerza que convoca potencias y sentidos a la morada central. "Es y se experimenta como un fortalecimiento del interior. Dios 'recoge' al hombre dentro." El Señor impone su presencia y el hombre advierte que está actuando en él. "Siéntese notablemente un encogimiento suave a lo interior" (Ibid., 3, 3). Es menos que la oración de quietud y principio para ella. Y, aunque es infusa, la acción de Dios todavía no es tan fuerte ni permanente.

Pero debo llamar la atención sobre la persona preferente del recogimiento: Cristo, como gran Rey, como Pastor. Más adelante ahondaré en este aspecto; ahora baste con señalar como la presencia divina se manifiesta por medio del Hijo y en el Hijo en este momento de recogimiento. El alma se fortalece, pero todavía debe cuidarse de no volverse atrás, pues es como un niño lactante "que si se aparta de los pechos de su madre, ¿qué se puede esperar de él sino la muerte?" (Ibid., 3, 10). Lo mismo puede suceder al que se encuentra en estas moradas y no persevera en su trato con Dios o lo rompe con egoísmos o faltas: va de mal en peor, puede perderse. Después de que el hombre se recoge, viene entonces la oración

de quietud, de la que ya he hablado y que se da con los gustos del Señor: "es una acción de Dios por la que aviva y hace al alma concienciarse de su presencia". Hay un manantial en lo profundo de cada hombre, del que sale agua celestial; así, se ensancha el alma y hay gran paz. Cristo es esa fuente de agua viva que apaga la sed del alma ocupando todas sus moradas, llegando hasta el cuerpo mismo.

Como vemos, Cristo es origen, sendero y guía en el encuentro amoroso definitivo con Dios.. Es el principio y, sin duda, el medio y el mismo 'objeto' de atracción. Veamos lo que expresa la Santa:

el verdadero aparejo [...] es deseo de padecer y de imitar al Señor, y no gustos, los que, en fin, le hemos ofendido [...] conozco personas que van por el camino del amor como han de ir -por sólo servir a su Cristo crucificado-, que no sólo no le piden gustos ni los desean, mas le suplican no se los dé en esta vida; esto es verdad.

(Ibid., 2, 10)

Camino de amor en el que importa la entrega desinteresada del hombre, en la imitación y el servicio a Cristo. Las mercedes que se reciban no son parámetro para medir la santidad del alguien, que no es eso lo que vale. Lo que cuenta -ya se ha dicho- es el amor. La presencia divina la vive el alma en el amor del Señor y se experimenta en el llamado del Pastor-Rey, en el recogimiento de sentidos y potencias, en el ensanchamiento del alma y en la quietud. Por ello, Cristo es esa agua viva que se va dispersando suavemente, a voluntad, dando paz sobrenatural.

En las quintas moradas ya no cabe duda sobre lo que está

experimentando el alma, como podría suceder en las anteriores cuando no hay o no se tiene mucha experiencia. En estas quintas moradas abundan "la riqueza y tesoros y deleites" (SM J. 1), y el alma ha de gozarse en ellas.

La Santa habla de una ruptura tal con el mundo que es como si hubiera muerto a él, y lo expresa de la siguiente manera:

como quien de todo punto ha muerto al mundo para vivir más en Dios, que así es unha muerte sabrosa, un arrancamiento del alma de todas las operaciones que puede tener, estando en el cuerpo; deleitosa, porque aunque de verdad parece se aparta el alma de él para mejor estar con Dios.

(Ibid., 1, 4)

Estamos, ahora sí, en la anulación total de cualquier sentido o potencia, como la imaginación, la voluntad, la memoria y el entendimiento. Es lo que se conoce como oración de unión. Aquí y en este momento, no puede entrar ningún mal, puesto que "está Su Majestad tan junto y unido con la esencia del alma, que no osará llegar" (Ibid., 1, 5). ¡Empieza a ser difícil entender lo que sucede entre Dios y el alma! Quien pasa por esto, no ve, no oye ni entiende, pero por breve que sea, queda después con la completa seguridad de que estuvo unida con el Señor. Si no se tiene esta certidumbre entonces es porque no hubo tal unión, sino alguna otra gracia que Dios haya querido dar. Y si la hubo, entonces se tiene la certeza aunque pasen muchos años sin que Dios dé esta gracia nuevamente.

Aquí santa Teresa hace alusión a un pasaje del Cantar de los Cantares:

dice la esposa en los Cantares: "Llévome el rey a la bodega del vino, u metiόμε", creo que dice. Y no dice que ella se fue. Y dice también que andava buscando a su Amado por una parte y por otra. Esta entiendo yo es la bodega donde nos quiere meter el Señor, cuando quiere y como quiere;

(Ibid., 1, 13)

Hay alguien que es el Amado: el Señor, el Rey. Es él quien sabe y decide cuando llevar a la esposa a la bodega, por más que ella quiera y lo intente una y otra vez. No se trata además, de cualquier rey, sino del amado, lo que pone de relieve la relación de amor en este momento de unión. La bodega del vino es el centro del alma, en donde quedará embriagada con el vino que le da su amado: Cristo-Rey.

Pero esto no es todo lo que sucede en estas moradas. Santa Teresa nos habla del gusano de seda que se convierte en uha mariposa blanca. Es un gusano "grande y feo" (Ibid., 2, 2) que tiene vida y con el aliento vital del Espíritu Santo empieza a aprovecharse de lo que le da su Iglesia (confesiones, penitencias, sermones, meditaciones); luego se pone a construir el sitio donde va a morir:

comienza a labrar la seda y edificar la casa adonde a de morir. Esta casa querria dar a entender aquí, que es Cristo.

[...] El es la morada y la podemos nosotros fabricar para meternos en ella [...] quitar de nosotros y poner [...]

(Ibid., 2, 4 y 5)

¿Qué es lo que sucede al alma? ¿Qué es lo que podemos hacer en este nivel? El alma ha de tejer su capullo quitando su voluntad y su amor propio, desasida de cualquier cosa que le ate a la tierra. Dicho capullo es Cristo: no dice la Santa

que sea el Espíritu o el Padre, sino Cristo. El gusano muere en Él, con sus "trabajillos" (Ibid., 2, 5) y con lo que sufrió el mismo Señor. Y estando en la mencionada oración de unión, muere para dejar que viva la mariposa blanca. El alma se transforma en y por Cristo. Ahora se siente con grandes deseos de alabar al Señor y de pasar por mil muertes por Él. "¿Cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso a paso?" (Ibid., 2, 8)

Por experiencia propia, santa Teresa sabe cómo ayuda el Señor al alma y cómo la transforma. Comprende lo poco que eran sus obras cuando era "gusano" (Ibid., 2, 2) y sabe que el verdadero descanso sólo lo puede encontrar en Dios. Y, sin embargo, ¡cuántos nuevos trabajos le quedan! Es como la esposa a quien metió Dios en la bodega del vino y le pide que tenga caridad. Así el alma encontrará deleite y contento en hacer la voluntad del Señor y en padecer por Él. Si el alma se muestra obediente, dócil, entonces Dios le imprime "su sello" (Ibid., 2, 12), y ella recibe lo que tuvo el mismo Cristo en esta vida, que padeció e hizo la voluntad de su Padre.

Y, ¿cuál es la voluntad divina? El amor al Señor y el amor al prójimo, en la perfección; el amor propio, el juzgar de los semejantes y la falta de caridad con ellos son faltas que deben morir. El alma debe pedir a Dios que le dé con perfección ese amor al prójimo y demostrarlo con obras. El amor es la "presencia dadivosa al prójimo, no egoísta actitud receptiva ante nadie". Esto, sin duda, no es algo fácil.

La Santa nos lo hace ver con unas cuantas palabras:

Mirad lo que costó a nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte la murió tan penosa como muerte de cruz.

(Ibid., 3, 12)

El amor de Jesucristo por nosotros "llega al extremo: hacerse esclavo de todos y terminar muriendo muerte tan penosa de cruz para que no pudiéramos dudar de su amor".

Además, santa Teresa llama a Cristo de otra manera: Esposo; suyo y de las carmelitas. Al hablar de esta manera, expresa lo que será la forma de relación del alma con Dios ya desde estas moradas: la unión con el Esposo, y más adelante lo que será el desposorio espiritual y el matrimonio espiritual.

En estas quintas moradas, el alma puede ver quien es este Esposo que va a tomar, por una visión que puede considerarse intelectual; los sentidos y potencias no intervienen en este asunto, pues están como dormidos. ¿Cómo queda el alma después de esta visión? Enamorada, muy enamorada; a tal grado que hace todo lo que está a su alcance para no romper lo que será el divino matrimonio.

En las sextas moradas la figura de Jesucristo destaca aún más que en las otras como centro estructurador de las mismas. El alma está ya enamorada, como dije anteriormente, pero el Señor desea enamorarla totalmente en la purificación y en el amor para unirla a sí en el desposorio espiritual. Veamos como lo expresa santa Teresa desde el primer capítulo:

el alma ya queda herida del amor del Esposo y procura más lugar para estar sola y quitar todo lo que puede, conforme

a su estado, que la puede estorbar de esta soledad. Esta tan esculpida en el alma aquella vista, que todo su deseo es tornarla a gozar.

(6M 1, 1)

Y continúa un poco más adelante:

mas el Esposo no mira a los grandes deseos que tiene de que se haga ya el desposorio, que aun quiere que lo desee más y que le cueste algo, bien que es el mayor de los bienes.

(Ibidem)

Podría parecer que el alma que llega a estas alturas ya no pasa trabajos o ya no sufre, pero bien sabía la Santa que el alma experimenta penas, sequedades, angustias, confusión y dolor y, hasta el cuerpo, padece enfermedades. No es cualquier cosa lo que se va a tener: "es el mayor de los bienes" (Ibidem), y el Esposo quiere que le desee más. ¿Que hace Él entonces para infundir este deseo? Desde el fondo, desde lo profundo, llama al alma delicada y sutilmente de una manera difícil de explicar. Es una experiencia muy intensa y la Santa no se siente capaz de poder comunicarla, así es que recurre a comparaciones* con varios objetos o elementos: un cometa que pasa de pronto y rápidamente; una saeta que hiere las entrañas; una centella que proviene del fuego de un brasero, que es Dios; una "inflamación deleitosa" (Ibid., 2. 8). Todas estas manifestaciones místicas hacen sentir al alma que allí está Dios: el Esposo la inclina a gozar de Él. Y estas maneras de estas con el Señor se relacionan, paradójicamente, con la luz, el calor y el dolor,

* revisar capítulo cuarto: Aproximación al lenguaje teresiano en las Moradas

pero también con la paz, la serenidad y el deseo de padecer por Él.

También hay otro modo por cuyo medio Dios llama al alma: el habla. Desde las cuartas moradas la Santa hace mención de los silbos del pastor; ahora, en las sextas moradas, son voces:

son una hablas con el alma, de muchas maneras; unas parece vienen de fuera, otras de lo muy interior del alma, otras de lo superior de ella, otras tan en lo exterior, que se oyen con los oídos, porque parece es voz formada.

(Ibid., 3, 1)

Estas "hablas" provienen de la misma persona, el Pastor, Cristo: "Mas entendía muy claro que era este Señor el que le hablaba muchas veces" (Ibid., 8, 2). Esta experiencia fue frecuente en la vida de Teresa de Jesús y, ciertamente, se inquietaba cuando al tratar de explicarlo a sus confesores, la prevenían que pudiera ser cosa maligna o imaginaria. Sin embargo, las voces -según ella afirmaba- traían consigo "poderío y señorío" (Ibid., 3, 5), provocaban paz, quietud y recogimiento en el alma y quedaban grabadas en la memoria durante mucho tiempo y algunas para siempre. ¿Y qué palabras menciona ella como provenientes del Señor? Veamos:

No tengas pena.

Yo soy, no hayas miedo.

(Ibidem)

No tengas pena, que u ellos han de alabarme a Mí u mormurar de tí; y en cualquiera cosa de éstas ganas tú.

(Ibid., 4, 16)

No hayas miedo, que yo soy.

(Ibid., 8, 3)

Siempre que ella expresa las palabras dichas, éstas contienen mensajes que buscan darle valor y no temor, gozo y no pena; además llevan implícitos cuestiones relativas a la identidad del que habla. Ese "han de alabarme a Mí" y "Yo soy" (V. supra) remiten a la divinidad, y de modo específico, a Cristo.

Pero ésta no es la única forma como El habla; las visiones intelectuales son asimismo manifestaciones divinas: "el alma [...] siente cabe sí a Jesucristo nuestro Señor, aunque no le ve, ni con los ojos del cuerpo ni del alma" (Ibid., 8, 2).

Lo que se experimenta aquí es muy difícil de explicar, pues aunque se tiene la certeza de tener la visión (no imaginaria) y de quien es la persona que habla, no se ve ni se percibe con los sentidos. Santa Teresa afirma que sentía que el Señor estaba a su lado derecho, pero de otra manera a como sentimos que alguien está junto a nosotros. Y la ganancia es grande; queda con la paz y el conocimiento especial de Dios. Es una continua compañía que provoca "un amor ternísimo" (Ibid., 8, 4) entre el alma y Cristo. Se desea servirle con entrega total y se vive con una gran limpieza de conciencia. A veces se dan también visiones de santos o de la Virgen María; hay, igualmente, gran provecho.

Estas visiones duran muchos días y a veces más de un año. Al principio, cuando comienzan a presentarse, hay confusión y cansancio por no entender qué es lo que sucede, pero sí saber quien se manifiesta. La fuerza de las palabras y los efectos interiores son los que quitan cualquier duda o temor. Y así

como el Señor da estas gracias cuando quiere, así también las quita. Entonces el alma vuelve a tener pena, pues queda sola y no está en su poder el gozar nuevamente de tan amorosa compañía.

Cuando todos estos sucesos o fenómenos de los que he hablado, alcanzan un determinado nivel de intensidad, entonces puede darse lo que se conoce como éxtasis, que es, propiamente, el estado de arrobamiento que se da con el desposorio místico. Es cuando las potencias y los sentidos están muertos y por alguna palabra que se recuerde o se oiga de Dios -por su divina voluntad- crece el fuego interior y el alma queda encendida; hay una renovación en el perdón de las culpas; entonces, el Señor une al alma con Él y ésta queda en éxtasis. La Santa lo explica de la siguiente forma:

estando el alma [...] tocada con alguna palabra que se acordó u oye de Dios, parece que su Majestad desde lo interior [...] hace crecer la centella que dijimos ya [...] que abrasada toda ella como un ave fenis, queda renovada y [...] perdonadas sus culpas (hase de entender con la dispusición y medios que esta alma habrá tenido, como la Iglesia lo enseña), y así limpia la junta consigo.

(Ibid., 4, 3)

El Señor es el que junta al alma consigo, la roba para sí. Por eso se puede hablar también de raptos que sufre el alma: El la toma y al hacerla su esposa, le enseña grandezas, secretos, tesoros que no tienen punto de comparación con las riquezas del mundo. Y cuando acaba este raptó, arrobamiento o éxtasis -que es poco lo que dura- el alma queda "embevida" (Ibid., 4, 14), en confusión y enajenación por algún tiempo.

pero lo único que sabe desear es poder servir a Dios y tener -hiperbólicamente- mil vidas para usarlas en su servicio.

Lo mismo desea cuando pasa por otro tipo de arrobamiento al que la Santa llama vuelo del espíritu. El Señor la arrebató rápidamente como si una ola del mar levantara una barca hasta lo alto con poder y gran ímpetu. Es verdaderamente como si el espíritu se saliera del cuerpo; luego pasa algo que no deja de maravillar menos: siente que se va a un lugar donde se muestra una luz sobrenatural, más brillante y más clara, como ninguna otra en la tierra.

El Señor es ahora el "verdadero Sol de Justicia" (Ibid., 5, 9) que con su calor y su luz mueve y conmueve al alma. ¡Cómo queda aquel que ha visto tanto, que ha recibido tanto! Conoce la grandeza del Señor, se conoce más a sí mismo en su pequeñez, se humilla y, finalmente, rechaza y tiene en poco las cosas del mundo excepto aquellas que ayudan a alabar y servir a Dios.

Además, santa Teresa sabe el valor que tiene lo que el alma recibe aquí: son joyas que el Esposo da a la esposa. No es cualquier presente, pues el Señor ya ha querido tomar al alma en desposorio espiritual y la engalana con piedras preciosas. Estas son los arrobamientos y éxtasis de los que ha hablado anteriormente, así como la paz y el sosiego con los que queda el espíritu. La Santa lo vivió continuamente cuando estaba en estas alturas y se sentía afligida al pensar que podía estar engañada; sus confesores le decían que era un camino peligroso y que debía evitarlo. Pero eso no estaba en sus

manus, pues todo lo que deseaba era no ofender al Señor, ni aun en lo más pequeño. Deseaba servirle y ofrecer su vida y muchas otras, si hubiera podido, para que alguna alma lo alabara un poco más. Sin embargo, como ella misma decía: "Oh, pobre mariposilla, atada con tantas cadenas que no te dejan volar lo que querrías!" (Ibid., 6, 4) ¿Y qué querría? Que se pudieran cumplir sus deseos para la gloria y alabanza de su Señor. Desearía -en momentos de inmensa alegría- poder comunicarlo a todos para que también gozaran y conocieran los secretos de Dios. Y, en este conocer, lo amaran.

Hay otros momentos en que vienen las lágrimas, pero no forzadas ni inquietantes: "es agua que cae del cielo", (Ibid., 6, 9) pues las manda el Señor; solamente confortan y dan paz. No son como el agua que se saca del pozo, con trabajos y dificultades; ni tampoco la que se lleva por canales. Es como la lluvia, que no depende de nosotros; simplemente cae cuando Dios así lo quiere. Y como se sabe que proviene de El, se tiene paz; pero también, cuando se reciben tantas gracias, se tiene más dolor por los pecados. Esta pena se tiene durante toda la vida, pues el recuerdo de las faltas permanece y se aviva cuando se comprende que el Señor lo es todo, mientras nosotros somos tan sólo sus creaturas.

Hay que poner especial atención en el capítulo séptimo de las sextas moradas; después de leerlo una primera vez queda claro como Cristo resucitado es el centro de las referencias en esta grado de oración. Santa Teresa había leído libros que aconsejaban evitar tener presente, en la meditación, aspectos

de la humanidad y corporeidad de Jesucristo. ¿Cómo podría alguien imaginar que en tan altos niveles de oración el alma se comunice con Cristo vivo en su humanidad? La Santa rechaza por completo la postura de quienes aconsejaban dicho abandono de lo corpóreo. Ella misma experimentó esa comunicación con el Señor. Jesús es quien conduce al alma, es el maestro, es la guía; El es la luz y el camino mismo a Dios Padre. Así lo expresa en estos pasajes:

porque si pierden la guía -que es el buen Jesús-, no acertarán el camino [...] porque el mismo Señor dice que es camino; también dice el Señor que es luz y que no puede ninguno ir al Padre sino por él, y quien me ve a mí ve a mi Padre.

(Ibid., 7, 6)

De estas palabras podemos afirmar que el cristianismo tiene como término el misterio trinitario. Para Teresa de Jesús la vida espiritual desemboca en la persona de Jesucristo puesto que cuando el cristiano se reviste o se transforma en Cristo, llega entonces al misterio de la trinidad. Por ello, meditar en los misterios de la sagrada humanidad del Señor implica estar en el camino que lleva a Dios. Dice la Santa:

Verdad es que a quien mete ya el Señor en la séptima morada es muy pocas veces -o casi nunca- [...] mas es muy contio no se apartar de andar con Cristo nuestro Señor por una manera admirable, adonde divino y humano junto es siempre su compañía.

(Ibid., 7, 9)

Aquí hace una breve pero importante referencia sobre la presencia del Señor en las séptimas moradas. Aun en éstas, el

compañero del alma, lo es humana y divinamente. Esto pone en evidencia cómo en los niveles superiores de la mística, la experiencia de la realidad humana de Cristo (como Dios encarnado) resurge con mayor intensidad.

Entonces, el alma no debe dejar de ayudarse con el entendimiento, en la reflexión de la vida y muerte del Señor: ya sea en la oración del Huerto, la flagelación, la traición de Judas, la crucifixión, o su gloriosa resurrección o su transfiguración. Asimismo, afirma la Santa, resulta muy provechoso el traer a la mente la vida de la Virgen María o la de los santos, por muy elevada que sea la oración.

También en las sextas moradas el alma tiene las llamadas visiones imaginarias. Dice nuestra autora:

cuando nuestro Señor es servido de regalar más a esta alma; muéstrale claramente su sacratísima Humanidad de la manera que quiere, u como andava en el mundo o después de resucitado; y aunque es con tanta presteza, que lo podríamos comparar a la de un relámpago, queda tan esculpido en la imaginación esta imagen gloriosísima, que tengo por imposible quitarse de ella hasta que la vea adonde para sin fin la pueda gozar.

(Ibid., 9, 3)

Como puede verse, estas visiones tampoco pueden devincularse del aspecto humano del Señor. Su duración es menor que la de las intelectuales, pero se imprimen en la persona con mayor viveza y fuerza. Estas visiones no son como puede verse una imagen en un retrato o una pintura: es la presencia VIVA del Señor, quien -en ocasiones- habla al alma y le muestra "grandes secretos", (Ibid., 9, 4) y -la mayoría de las veces- le ocasiona arrobamientos. ¿Cómo no va a quedar el

alma arrobada? ¿Cómo no va a impactarse y "espantarse" (Ibidem) con una imagen tan bella y majestuosa? Y a pesar de tal hermosura y gozo, la Santa previene a quienes vayan por este camino con razones de peso para no querer ir por ahí. Cuidado, porque puede ser falta de humildad desear algo que nunca se ha merecido; puede haber engaño o falsa pretensión de saber lo que más nos conviene sin dejar que se haga la voluntad divina; puede ser que no seamos capaces de pasar por los trabajos de quienes llegan a estos niveles (puesto que aun aquí se padece grandemente y de muchos modos); o quizá por pensar que se puede ganar mucho, se pierda más. Lo mejor es querer lo que Dios quiere, ponerse en sus manos y dejar que se haga su voluntad, puesto que Él nos conoce y nos ama. ¡Cuánto llega a conocer el alma aquí! Son cosas que Dios le quiere comunicar y que ella -gozosa- a su vez, desea participar a otros también para gloria y alabanza del Señor. Sabe que Él es verdad que no puede mentir, por lo que "todo hombre es mentiroso" (Ibid., 10, 6): "Dios es suma Verdad" (Ibid., 10, 8). Por ello procura andar en verdad; esto es la humildad, y quien no entiende la nulidad que somos sin Él, anda en engaño, en mentira.

Quiero resaltar algo que ya he mencionado y que sucede al alma en esta experiencia de Dios. Va conociéndolo más y más, y le duele mucho verse apartada de Él; por ello su deseo y su amor crecen también y anda ansiosa, con lágrimas y suspiros. Y sucede de pronto que siente venir un golpe o "una saeta de fuego" (Ibid., 11, 2) -aunque no es ni una cosa, ni otra,

pero eso parece- y la hiera aguda y profundamente; tanto, que la persona da grandes gritos y realmente se pone en peligro de muerte. Entendamos que es dolor del alma, y no del cuerpo, aunque quede luego "muy descoynutado" (Ibid., 11, 4). La Santa lo compara con aquel que se muere de sed y no puede llegar al agua; es una sed que sólo puede saciarse con el agua que mencionó Cristo a la Samaritana. La pena únicamente la puede quitar el mismo Señor, y lo hace con alguna visión o arrobamiento, pues El es "el verdadero Consolador" (Ibid., 11, 9).

Ya para concluir estas sextas moradas, santa Teresa alude una vez más a Cristo, remitiéndose a la Sagrada Escritura: cuando pregunta a Santiago y Juan si podrían beber el caliz, y cuando defiende y responde por María Magdalena ante las murmuraciones. Seguir al Señor no es fácil; tampoco lo es amarlo. Son necesarios la firme determinación y el ánimo, y hemos de tener seguridad en que Él estará con quien esto demuestre.

En las séptimas moradas llegamos a la cumbre. La Santa se encomienda a Dios y le pide que mueva la pluma y la ayude a dar a entender algo de lo mucho que se recibe aquí.

Antes de que se consuma el matrimonio espiritual, el Señor mete al alma en su morada, adonde sólo Él habita, y adonde es como otro cielo, pleno de luz. Y es su deseo que puede ahora ver algo del grandísimo don que va a recibir: ya no está ciega ni muda, como lo estaba en otras moradas.

La gran purificación a que ha llegado le hace posible recibir la comunicación de Dios con fortaleza, sin el más mínimo estorbo, con deslumbrante claridad, en lo muy interior.

9

Dios le quita "las escamas de los ojos" (7M 1, 7), y por visión intelectual "se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres Personas [...] siendo una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios" (Ibidem). El alma ve a la Santísima Trinidad, y lo que tenía por fe, lo sabe ahora por la vista. Cuánta verdad lo que Cristo dijo en el Evangelio: "que Él y el Padre y el Espíritu Santo vendrían a hacer morada en el alma que le amara y guardara su Palabra" (Ibidem). Y es diferente -sin duda- creerlo por fe que saberlo por experiencia, como sucedió a santa Teresa.

Ahora el alma está totalmente preparada para el matrimonio espiritual; con la visión de la Trinidad, Dios la dispuso para la sagrada unión. La primera vez, sucede como la Santa lo explica:

quiere su Majestad mostrarse a el alma por visión imaginaria de su sacratísima Humanidad. A ella se le representó con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado, y le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas y El tenía cuidado de las suyas.

(Ibid., 2, 1)

Estamos en la cima y el Señor se muestra en su sagrada Humanidad. ¿Quién puede dudar ahora sobre el valor de este aspecto? Esto sucedió en el centro del alma de santa Teresa; Cristo la declaró su esposa y la unió a su misterio para

siempre. Así fue la primera vez, pero después lo contemplará en visión intelectual, "como se apareció a los Apóstoles sin entrar por la puerta, cuando les dijo: 'Paz vobis'. " (Ibid., 2, 3)

Hay que destacar la forma como se relacionan la Resurrección y la pascua con el matrimonio espiritual. Aquí tenemos al Cristo glorioso, vencedor de la muerte y del pecado: Cristo pleno como hombre y como Dios. Y la unión que se realiza entre el alma y el Señor es tan íntima que jamás se vuelven a separar. No es como cuando se unen dos velas en su luz y es posible que se aparten nuevamente. Nuestra autora lo subraya con el ejemplo de la indisolubilidad del agua del río y el agua de la lluvia que mezclaron sus corrientes:

Acá es como si cayendo agua del cielo en un río u fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río u lo que cayó del cielo; o como si un arroyo pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse; u como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz, aunque entra dividida, se hace todo una luz.

(Ibid., 2, 6)

No hay distinción entre el alma y el Señor: la mariposilla ha muerto y "su vida es ya Cristo" (Ibid., 2, 6). Desde este momento el cristiano transformado siente como sale de él la fuerza del Resucitado; se experimenta vivo en Dios, quien lo sustenta como una madre sustenta a su niño de pecho. El alma queda llena de paz; la misma que el Señor dio a sus Apóstoles en el cenaculo del día de la Resurrección y a la Magdalena. Alude también a la oración evangelica de Jesucristo cuando

dijo que todos fueran una cosa con el Padre y con Él, así como Él estaba en el Padre y el Padre en Él. Y ruega después por todos aquellos que han de creer en Él. Así, el Señor está en los que se hacen Él, y les da su paz. Aunque -advertirte la Santa- no siempre se tiene dicho sosiego afuera de la morada principal: hay todavía trabajos y penas, pero no afectan la paz más profunda.

Más adelante, santa Teresa habla de los efectos de esta oración. La "mariposica" (Ibid., 3, 1) se olvida de sí misma y está toda dedicada a procurar la gloria y honra de Dios; tiene grandes deseos de sufrir, pero según la voluntad divina; goza en gran manera en su interior cuando se ve perseguida, y desea poder ayudar en algo al Señor. Algunas veces quiere gozar de Dios y "salir de este destierro" (Ibid., 3, 4), pero luego se mira a sí misma y se contenta con tenerle consigo y le ofrece el querer vivir. Claro está que la vida de Cristo no fue sino continuo tormento y así hace que sea la vida del alma. La cruz es pesada, pero no turba, no inquieta. Puede haber tormentas, pero la presencia del Señor la hace olvidarlo todo. Y cuando en ocasiones se descuida, El la despierta con unos "toques de amor [...] suaves y penetrativos" (Ibid., 3, 8).

Y podemos preguntarnos, ¿qué es lo que pretende Dios al conceder tantas gracias y experiencias tan altas? La Santa nos dice: "ansí tengo yo por cierto que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza -como aquí he dicho alguna vez- para poderle imitar en el mucho padecer" (Ibid., 4, 4).

Recordemos que los que vivieron más cerca del Señor fueron lo que más padecieron grandes sufrimientos: su Madre y los Apóstoles.

Las gracias recibidas tienen un sentido específico, así como la oración misma. Lo vemos en la siguiente afirmación: "Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras" (Ibid., 4, 6). Y aconseja poner los ojos en Cristo crucificado, para recordar las obras y sufrimientos que hizo por amor. No sirven sólo las palabras: hay que actuar. Hay que "hacerse esclavos de Dios" (Ibid., 4, 9), como lo fue Jesucristo.

Al parecer, servir y contemplar a Dios, en Cristo, -poniendo como cimiento el amor y la humildad- es la meta de quien ha alcanzado las séptimas moradas. Comprendamos que Él mira precisamente, el amor con que se hacen las obras y no tanto si son grandes o no. La experiencia mística llega a la cima en ese servicio amoroso y tiene a Cristo como su centro estructurador. Esto no significa que se haga un reduccionismo cristológico de Dios. El matrimonio espiritual con el Resucitado (Dios encarnado. Dios-Hombre), abre al misterio trinitario, como mencioné anteriormente. Los últimos años de santa Teresa son evidencia de esta experiencia de la Santísima Trinidad; pero ella jamás abandonó en su horizonte religioso la presencia de la gloriosa Humanidad del Señor. Ésta permanece

hasta el final en la experiencia mística, aun cuando cesen los demás fenómenos místicos. En la última Cuenta de conciencia, aproximadamente un año antes de su muerte,

dejó escrito: "Lo de las visiones imaginarias ha cesado; mas parece que siempre se anda esta visión intelectual de estas tres personas y de la Humanidad, que es -a mi parecer- cosa muy más subida" (CC 66, 3).

NOTAS AL CAPÍTULO SEGUNDO

- 1 Herraiz García, Maximiliano. La oración, historia de amistad. Madrid. Editorial de Espiritualidad. 1985. p. 67
- 2 Ibid., p. 48
- 3 Ildefonso de la Inmaculada. Las Moradas de Santa Teresa, Camino de Amor. Madrid. Editorial de Espiritualidad. 1982. p. 30
- 4 Herraiz García, Maximiliano. La oración, historia de amistad. Op. cit., p. 102
- 5 Ibid., p. 86
- 6 Ibid., p. 87
- 7 Herraiz García, Maximiliano. Sólo Dios Basta. Madrid. Editorial de Espiritualidad. 1982. p. 280
- 8 Ibid., 282
- 9 Herraiz García, Maximiliano. La oración, historia de amistad. Op. cit., p. 98
- 10 Ibid., p. 109

CAPITULO TERCERO: CRISTOLOGIA TERESIANA EN LAS MORADAS

En el capítulo precedente hice un acercamiento a las Moradas subrayando la destacada tendencia ascendente del encuentro del alma de santa Teresa con Jesucristo, su Señor. Si bien en las séptimas moradas se realiza el matrimonio espiritual con la Trinidad, aun a estas alturas la figura de Cristo resalta como mediador y Dios-hombre. Santa Teresa se ha transformado o revestido de Cristo y es así como llega al misterio trinitario. A lo largo de su vida el Señor se le fue revelando en diversas circunstancias y modos; las Moradas -obra sobre la oración por excelencia- son justamente la expresión de esa espiritualidad marcadamente cristológica. Con su lectura, descubrimos como el Señor fue el primer 'objeto' de la experiencia mística de la Santa; de hecho, las más numerosas -y quizá significativas- experiencias de esta índole fueron vivencias de Cristo y en Cristo. Cuando santa Teresa va ascendiendo en su vida oracional, conoce y experimenta vitalmente -en todo su ser- el misterio o la persona de Jesucristo. Por ello he considerado que el Señor es el centro estructurador de las Moradas.

Sin embargo, quiero ir más lejos, pues considero que esta obra es una muestra de lo que fue toda la espiritualidad de la Santa: una cristología involucrada íntimamente a la existencia; un modo de vivir la religión -fundamentalmente- en, por y con Cristo: es Él quien permitió a santa Teresa encontrar la verdadera explicación de su 'yo'.

Me parece importante señalar en este momento el hecho de que las Moradas y la misma espiritualidad de la Santa tienen un trasfondo bíblico digno de tomarse en cuenta. En esta obra hay más de ochenta referencias bíblicas explícitas (sin mencionar lo implícito); de éstas, casi el setenta por ciento son alusiones directas a los Evangelios y a la persona de Cristo: recordar esto nos puede ayudar a entender uno de los sentidos esenciales que la Santa dio a su cristología existencial.

Con base en el esquema expuesto en el libro Cristología teresiana de Secundino Castro presento a continuación un ¹ bosquejo del pensamiento cristológico de la Santa:

1. Cristo como acceso a Dios.
2. Cristo: el Camino, la Verdad y la Vida.
3. Cristo: Luz del mundo.
4. La Encarnación del Verbo como categoría universal.
5. La Pasión y Resurrección: fundamento de la espiritualidad teresiana.

3.1. En Cristo se encuentra nuestro acceso a Dios, a la Trinidad

El Señor es 'la puerta' para aquellos que buscan a Dios, (Jn 10, 9); es Jesús, Dios y hombre verdadero, y el alma humana está hecha a su imagen y semejanza: "basta decir Su Majestad que es hecha a su imagen para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima" (IM 1, 1). Con su presencia histórica, entre los hombres, dignifica la

naturaleza humana y le señala el camino a Dios, su Padre. Para santa Teresa, la humanidad del Señor es un aspecto del cual no se puede ni se debe prescindir, puesto que aun la noción de Dios se define parcialmente a partir de la persona de Cristo. (Cfr. 6M 7, 5; 7, 6; 9, 3; 7M 1, 7; 2, 3; 2, 9).

3.2. Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida (Triptico de San Juan; Jn 14, 6; 6, 35, cfr. 6M 7, 6)

Es Camino desde el momento en que el creyente decide responder al llamado evangélico y busca ese seguimiento en la imitación y la comunión. La vida de oración que la Santa expone en las Moradas es precisamente una forma de respuesta a ese llamado. Asimismo, el Señor es Camino en tanto es mediador entre Dios y el hombre. Y es Verdad es cuanto que Él está en el Padre y el Padre está en Él (Jn 14, 11). Cristo es el Verbo de Dios encarnado (Ibid., 1, 14); es la Palabra de Dios, y en este sentido, es "suma Verdad" (6M 10, 8).

Por último, Cristo es Vida en cuanto que vive en el corazón del creyente: "poned los ojos en el centro, que es la pieza u palacio a donde está el rey", (1M 2, 8). Además, es Pan de vida eterna y Fuente de Agua viva (Jn 6, 35; 7, 37-38). A este respecto veamos lo que dice nuestra autora: "Estotra fuente viene el agua de su mesmo nacimiento, que es Dios" (4M 2, 4). Y en las séptimas moradas:

¿qué hay de maravillar de deseos que tenga esta alma, pues el verdadero espíritu de ella está hecho uno con el agua celestial que dijimos?

(7M 2, 12)

Jesús está presente en las vivencias de la Santa como Eucaristía y como Vino consagrado: la alimenta y le sacia la sed (Jn 6, 54); pero también en su interior es esa Agua viva que el mismo Señor menciona en el pasaje evangélico de la Samaritana (Jn 4, 5-15). En el Libro de la Vida la Santa comenta: "¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana!, — y así soy muy aficionada a aquel evangelio" (V 30, 19). En ella sucedió de ese modo: el Agua viva se convirtió "en fuente de agua que brota para vida eterna" (Jn 4, 14). Sin duda, esta agua no es sino el Amor divino que inunda el ser cristificado.

3.3. Cristo es la Luz (Jn 1, 1-9; 3, 19-21; 12, 46)

Jesús se proclama —entre otras cosas— Luz del mundo y en este sentido, las Moradas son un testimonio del modo como Jesús-Luz iluminó el alma y todo el ser de santa Teresa. El Señor se encuentra en el centro de ese "castillo todo de diamante u muy claro cristal" (1M 1, 1). El material y la forma nos permiten pensar que el alma puede ser toda iluminada; el mismísimo Sol está en su centro: "con estarse el mismo Sol que le daba tanto resplandor y hermosura en el centro de su alma" (1M 2, 1) El alma resplandece y es hermosa por la luz que el Señor le da; recibe una fuerza inconmensurable y aun su propio ser se mantiene gracias a este Sol: "y no por falta del Sol de Justicia, que está en ella dándole ser" (7M 1, 3); "también dice el Señor que es luz" (6M 7, 6).

Esa luz puede dispararse y proyectarse en todos los sentidos conforme el alma se va aproximando a la morada principal y según el Señor la vaya metiendo a su morada. La luminosidad que se va manifestando en el alma corresponde a diferentes grados de amor, en la purificación y transformación en Cristo, hasta el matrimonio espiritual (2).

Por otro lado, no hay que perder de vista el calificativo que le aplica santa Teresa al Señor como astro rey: "Sol de Justicia" (7M 1, 3). Destaca como uno de los 'oficios' del Señor, como abogado o mediador; más adelante retomaré este aspecto.

3.4. La Encarnación del Verbo como categoría universal

Lo que constituye el acontecimiento de la humanización de Dios es la Encarnación: Jesús es la Palabra y como tal, goza de la universalidad misma de esa Palabra, en su individualidad histórica. San Juan basa el oficio de revelador no en una vocación, sino en una identidad: la Palabra que se hace carne se identifica como el Hijo único, y éste es Jesucristo:

Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad.

[..]

Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo.

(Jn 1, 14-17)

Aunque no como lo expresa en las Cuentas de Conciencia (46.a), en las Moradas sí se encuentra la expresión de la

revelación -en el plano intelectual- del misterio de la Encarnación. En relación con sus experiencia y con su sentir, Jesucristo está a niveles de igualdad de naturaleza. Simplemente veamos algunos de los modos como lo llama: "Señor mío" (2M 1, 6; 5M 1, 1), "verdadero Amador" (2M 1, 4), "amigo" (4M 3, 10), "nuestro Esposo" (5M 3, 12), "nuestro Rey" (6M 9, 13). Sin duda, la Encarnación del Verbo y su aspecto humano están estrechamente relacionados. Según lo que la Santa vivió y expresó en sus obras, nuestra santificación no puede separarse del hombre Jesús.

3.5. La Pasión y Resurrección: fundamento de la espiritualidad teresiana

Para lograr una comprensión más justa sobre el significado de estos aspectos para Teresa de Jesús, haré una reflexión sobre ellos antes de establecer dicha relación esencial.

La condena, la agonía y la muerte de Jesucristo es aquello que los cristianos llamamos la pasión de Cristo y en ello se alimenta la fe de modo especial. Jesús sufrió una penosa muerte a causa de una injusta condena y en medio del abandono; pero parece olvidarse su sufrimiento real -como hombre- por considerar el sentido de su muerte más importante que el hecho mismo. Esto tiene mucho de cierto, pero -a la luz de la fe- también es cierto que Jesús supo enfrentarse a la muerte con plena lucidez, supo y quiso aceptarla por los demás y murió verdaderamente para darle sentido a nuestra propia muerte. Jesús no representó un papel como hombre mortal, sino que murió humanamente con toda la agonía e incertidumbre que

la muerte trae consigo. La agonía en el huerto de Getsemani describe una lucha real surgida de la proximidad de la muerte y del fracaso de la predicación que esto supone. Debemos referirnos a la muerte de Jesús como un acontecimiento singular e histórico para lograr la comprensión del proceso de la redención; no podemos limitarnos al punto de vista teológico.

Son muchas las causas que lo llevan a la muerte: sus palabras, su conducta y sus mismos milagros, que sacan a la luz un nuevo modo de vivir la ley judía; asimismo, Jesús pone en cuestión los privilegios de los sacerdotes y saduceos, y los fariseos no entienden nada de ese mesianismo apolítico y antirreligioso y se sienten envidiosos y decepcionados. Esperaban otro tipo de Mesías, que los liberara del yugo romano y no alguien que predicara -entre otras cosas- el amor al enemigo, la impureza proveniente del corazón humano y no de aspectos externos, el renacer a una nueva vida interior, y que, además, atrajera al pueblo de una manera como ellos no habían logrado. También había quienes creían que toda esa agitación religiosa podría provocar trastornos políticos y sociales que molestarían a los romanos y quizá estos reaccionarían con una mayor represión.

Jesús se queda solo; el pueblo sufre una transformación entre el domingo de ramos y el viernes santo, por la condenación de Jesús por parte del sanedrín: se le acusa de blasfemo y de romper con la ley dada por Dios a Moisés. Quizá en su corazón, el pueblo estaba con él, pero también estaba

demasiado apegado a la tradición. Había, además, cierta apariencia de justicia; uno de los sacerdotes se expresó de esta manera ante la condena y muerte del Señor: "Es mejor que muera uno solo por el pueblo y no que perezca toda la nación" (Jn 11, 50). El condenado tiene que ser culpable; ¿cómo podría pensarse que la justicia iba a cometer un crimen? Pretender que Dios podía prestar atención a lo que Jesús proclamaba, o que había una autenticidad divina en su doctrina tenía que ser necesariamente blasfemo.

Para los evangelistas, la convergencia de intereses de los poderes políticos y religiosos no es meramente casual. Si el Señor fue condenado por el poder civil fue porque su palabra y su comportamiento también afectaban a este poder. Al proclamarse rey, podía instaurar su propio reino y entrar en conflicto con el poder político. Los sacerdotes judíos quisieron usar este argumento en favor de la acusación. Pero ni Pilato ni Herodes quieren condenarlo; la paradoja es que se reconoce que Jesús no es políticamente peligroso y, sin embargo, se le condena. Pilato no hace más que ceder ante la presión de la turba, por cobardía, por miedo a perder el poder. En cambio, Jesús no le tiene miedo al poder: lo rechaza en su silencio. Según señala Duquouq: "renuncia a toda asistencia divina que no esté en conformidad con el encadenamiento de los sucesos y que pudiera arrancarle de su condición humana" (3). Ese encadenamiento lo llevó a la condenación. Se ve presa del poder al tomar la actitud de rechazo. Al seguir su propia lógica, el mundo lo ejecuta como

si fuera un criminal. Dios permite que el poder siga su camino y Cristo entra de lleno en el curso de la historia. Si bien el Señor se vio desamparado y solo en el momento de su muerte, hay que aclarar un poco lo que significa este abandono expresado en el grito de Jesús en la cruz. Él vive el fracaso de su anuncio ante los hombres no como si se tratara de su orgullo herido, puesto que Él no tiene pecado; lo vive como dolor por los desamparados, los pequeños, los pobres. Su angustia es la angustia del justo; en ese momento, el hecho de no salvarse a sí mismo equivalía a no salvar a todos lo que creían en Él y en su palabra. Jesús sintió el abandono de Dios; en todas sus angustias y dolores, en su humanidad débil y oprimida por la aflicción, según testimonios evangélicos, no recibió el más mínimo consuelo ni ayuda divinos. Y, sin embargo, tampoco hay que olvidar que en el evangelio de San Lucas se pone de relieve la esperanza de Jesús en Dios, en su Padre:

Era ya cerca de la hora sexta cuando, al eclipsarse el sol, hubo oscuridad sobre la tierra hasta la hora nona. El velo del Santuario se rasgó por medio y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: "Padre, en tus manos pongo mi espíritu" y dicho esto, expiró.

(Lc 23. 44-46)

Así, frente al sentimiento de abandono y a la realidad misma de Jesucristo abandonado, existe un atisbo de plena esperanza del Señor, en Dios, su Padre.

La vida de Jesús es inseparable de su muerte y resurrección; su pasión y exaltación no podrían entenderse sin el

testimonio de su vida, una vida que adopta nuevos valores frente al mundo de error, envidia y odio. Además, su muerte cobra otro sentido desde la cruz misma, esto es, desde su esperanza en el Padre y desde su perdón hacia aquellos que lo han condenado. El amor a los enemigos que Jesús propone como signo distintivo del cristiano, traduce ese movimiento del amor de Dios, puesto que al perdonar en el momento mismo de su muerte, Jesús espera definitivamente el perdón de Dios para aquellos que le matan; Dios como amor y como fuente de vida para los hombres.

Por ello también, la muerte de Jesús debe contemplarse a la luz desde su resurrección, así como ésta debe contemplarse a la luz de la primera. En la muerte, Jesús sólo es victoriosos en esperanza. La resurrección acredita la esperanza de Jesús, absorbe a la muerte en su victoria y revalora esa trasposición de valores realizada en su vida terrena. El vínculo entre la muerte y resurrección es fundamental puesto que se trata de la libertad y del amor de Cristo. Esa libertad y ese amor de Jesús-hombre llegan a la manifestación total que marcan los propios acontecimientos: el don total que, en la condición del hombre es la entrega de la vida. La unión entre la muerte y la resurrección de Jesús no es exterior a la vida histórica de Jesús, sino que está dentro de esa misma vida; la vida del Señor como un hombre justo, como un profeta. La pascua (el paso de la muerte a la vida, otra vida), la resurrección de Jesús, es la manifestación de Dios en la vida de Jesús puesto que ratifica lo dicho y hecho

por el Señor. Por ello, la resurrección significa que el amor-Dios es vida: es la manifestación plena del amor infinito de Dios. Como afirma Duquoc: "El hombre, de ser-para-la-muerte, pasa a ser un ser-para-la-vida".

4

Si bien toda la vida de Jesucristo es paradigma absoluto de vida para santa Teresa, es sobre todo la pasión del Señor y su resurrección la base de la espiritualidad teresiana. Recordemos como fue a partir de una imagen de Cristo crucificado cuando ocurrió la famosa conversión de la Santa:

Acaeciome que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota, que en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representava bien lo que pasó por nosotros.

(V 9, 1)

La imagen era de Cristo "muy llagado" y representaba lo que padeció por nosotros (Ibidem). Tenemos aquí la mención a las llagas del crucificado, heridas notorias en dicha imagen que invitaban a la reflexión sobre la Pasión. Para la Santa significó la simbolización cercana al sufrimiento y angustia del Señor, antes y en el momento de su muerte: la angustia de la agonía en el Huerto, el sufrimiento físico ante los azotes, la angustia surgida del sentimiento de abandono, por aquellos que creyeron en él y aquella proveniente de la expectación ante la muerte. Para santa Teresa fue una vivencia tan fuerte y profunda la que sintió, que el corazón se le rompía por no haber agradecido ese padecer. Entonces

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

pidió fortaleza al Señor para no ofenderlo nunca más. Sin duda, esta experiencia fue un momento trascendente en la vida de nuestra autora; desde ese instante sus viencias de Jesús-Cristo crecieron en número y en intensidad.

Pero, si bien considero que la espiritualidad de la Santa -en su totalidad- es una cristología existencial que tiene su base en la pasión y resurrección del Señor, sólo estudiaré este fundamento en las Moradas, que -como he dicho- refleja fielmente los diversos estados del alma teresiana que va ascendiendo en su encuentro con Dios, con la presencia y mediación de Jesucristo.

Primeramente examinaré con detenimiento las referencias que a este respecto hace santa teresa en las tres primeras moradas, puesto que -como he mencionado- el estado del alma cambia de modo importante a partir de las cuartas moradas cuando empiezan a ocurrir cosas sobrenaturales con una intervención divina más fuerte. En las primeras moradas dice la Santa:

¡Oh almas redimidas por la sangre de Jesucristo, entendedos y haced lástima de vosotras. ¿Cómo es posible que entendiendo esto no procuráis quitar esta pez de este cristal? Mirad que si se os acaba la vida, jamás tornaréis a gozar de esta luz.

(1M 2, 4)

Y un poco más adelante: "pongamos los ojos en Cristo nuestro bien y allí deprenderemos la verdadera humildad" (Ibid., 2, 11).

Notemos como se refiere a las almas que apenas han empezado el camino de oración: ¡Oh almas redimidas por la sangre de

Jesucristo" (Ibid., 2, 4). ¿Cuáles almas? Se entiende que todas, cualquiera que haya puesto un pie adentro del "castillo" (Ibid., 1, 1). Las almas han sido redimidas, esto es, rescatadas de su esclavitud para tener una vida de libertad; almas esclavas de la muerte y liberadas para una vida eterna. Además, esa liberación fue hecha "por la sangre" (V. supra) de Cristo, el Salvador. En estas palabras la Santa hace referencia explícita a la pasión y muerte del Señor, como Cordero de Dios. Más adelante estudiaré con mayor detalle los títulos o nombres de Cristo inscritos en este contexto. Así, pues, Cristo es cordero que ha muerto para salvación de los hombres, pero también la redención hace referencia a la resurrección de los hombres. Dice Teresa de Ávila que aquel que no quite esa "pez" (V. supra) (producto de la destilación de resinas impuras, de color muy oscuro), no podrá gozar de "esta luz" (V. supra), que es Cristo. El Señor es vida, es luz que alumbrá las almas, sus caminos, sus vidas. Asimismo, Cristo nos enseña a lo largo de su vida, y sobre todo, a lo largo de su pasión, lo que es la verdadera humildad. Sólo volviéndonos hacia Él, según santa Teresa, aprenderemos lo que significa ser humildes.

En este contexto, veamos ahora como habla la Santa a quienes están en las segundas moradas: "no hay mejores armas que las de la cruz" (2M 1. 6). Hay, pues, una batalla en donde el alma tiene que pelear contra todo aquello que la disturbe en su camino de oración. ¿Y su armamento de combate? Justamente las armas de la cruz: la aceptación del sufrimiento, de la

voluntad de Dios, aunque no en la abnegación, sino en la fe. Este reconocimiento se verifica también en las siguientes palabras:

abrazaos con la cruz que vuestro Esposo llevó sobre Sí y entended que ésta ha de ser vuestra empresa; la que más pudiere padecer que padezca más por El y será la mejor librada. Lo demás como cosa acesoria, si os lo diere el Señor, dadle muchas gracias.

(Ibid., 1, 7)

Ese sufrimiento no sólo se asume con el asentimiento, sino con el compromiso que implica una relación de entrega absoluta al Señor como Esposo; se han de vivir con El sus alegrías, su exaltación, pero también -y más difícilmente- su dolor, su humillación, su abandono y angustia, en fin, su muerte. Aquella (o aquel) que más pueda acompañar a Cristo en su Pasión y aprenda a sufrir lo que Él sufrió con la actitud amorosa y el sentido de confianza total en el Padre, será quien sea finalmente exaltada. Pero es un ensalzamiento realizado en el amor; no se da como producto del mero padecer: éste no tendría sentido si no se acompañara siempre del amor a Dios, aunque específicamente, al Crucificado. Más adelante, en las mismas moradas, continúa la Santa:

Pues si nunca le miramos ni consideramos lo que le debemos y la muerte que pasó por nosotros, no sé cómo le podremos conocer ni hacer obras en su servicio. Porque la fe sin ellas y sin ir llegadas al valor de los merecimientos de Jesucristo, Bien Nuestro, ¿qué valor pueden tener, ni quién nos despertará a amar a este Señor? Pliega a Su Majestad nos dé a entender lo mucho que le costamos y cómo no es más el siervo que el señor:

(Ibid., 1, 12)

Aquí encontramos una aseveración importante de cómo la pasión y muerte de Cristo son caminos que nos permiten conocerlo. Hay una fuerte invitación a reflexionar y meditar esos aspectos de la vida del Señor, esto es: su angustias en el huerto de Getsemani, su injusta condena, la propia conciencia de su misión y la aceptación de ésta, su sufrimiento y agotamiento físicos en la flagelación, en el camino al Gólgota, en la crucifixión y la muerte misma, su enfrentamiento con los viciados poderes políticos y religiosos de la época, su actitud frente a dichos poderes, frente al vituperio y la burla, frente al abandono de sus discípulos y de todos aquellos que antes lo aclamaron y el aparente abandono de su Padre, su dolor en la cruz, su sed, sus últimas palabras. Todo ello nos llevará a conocer a Cristo y a comprender -aunque nunca totalmente- su presencia en la historia del hombre, su mesianismo. Una vida transformada, renovada, nuestra resurrección y vida eterna tienen que ver con esa presencia. Según lo que afirma santa Teresa, por medio del conocimiento como producto de la reflexión y por medio de la fe podemos hacer obras de amor por Él. La fe sin obras, ¿qué valor puede tener? Ninguno, en el contexto teresiano. La fe sin obras está muerta; es como si no existiera. La fe nos debe llevar a querer conocer al Señor; el conocimiento nos puede llevar al amor y éstos nos pueden y deben llevar a las obras. Veamos otros pasajes relacionados con esto:

y sobre todo entender que es vuestra voluntad. Si lo es, Dios mío, muramos con Vos, como dijo santo Tomás, que no es otra cosa sino morir muchas veces vivir sin Vos, y con estos temores de que puede ser posible perderos para siempre.

(3M 1, 2)

Es tanto el amor de la Santa por el Señor, que desea cumplir su voluntad, desea morir por El y con El de cualquier manera que Dios desee. La misma ausencia del Señor es una forma de morir y la posibilidad de perderle para siempre llena su corazón de temores. Pero ese morir por el Señor, esa posibilidad que tenemos de pagar amor con amor es motivo de alegría, razón para sentirnos afortunados:

¿Qué podemos hacer por un Dios tan generoso, que murió por nosotros y nos crió y da ser, que no nos tengamos por venturosos en que se vaya desquitando algo de lo que le debemos por lo que nos ha servido [...] sin que le pidamos mercedes de nuevo y regalos?

(Ibidem)

No sólo el Señor murió por nosotros, sino que nos alimenta y nos da vida. El es nuestro alimento; vino a este mundo y todo lo hizo mientras vivió fue servirnos, hacer el bien. Por eso, santa Teresa habla de "lo que le debemos" (Ibidem), aunque debe entenderse en el sentido de no poder estar sino agradecidos ante tanto bien y deseosos de poder retribuir un poco de todo ello.

re en las cuartas moradas el alma empieza a sentir los llamados gustos, que -que si bien recordamos- ocurren con la oración de quietud. Es una de tantas mercedes sobrenaturales que Dios da al orante a partir de estas

moradas. Aunque nuestra autora afirma que no se ha de pensar que se merecen y tampoco se debe buscar obtenerlas. Dice que "el verdadero aparejo para esto es deseo de padecer y de imitar al Señor" (4M 2, 10). Nuevamente aparecen estas palabras en que la Santa apunta a la verdadera disposición interna de querer sufrir y pasar lo que el Señor pasó. Y continúa:

y así es cosa cierta, yo lo sé, y conozco personas que van por el camino del amor como han de ir -por sólo servir a su Cristo crucificado-, que no sólo no le piden gustos ni los desean, más le suplican no se los dé en esta vida; esto es verdad.

(Ibidem)

Hay un sendero, pero no es cualquier sendero, sino el del amor. Y por sólo servir a Cristo crucificado hay quienes le piden no tener gustos en toda su vida. Cabe señalar cómo la Santa especifica claramente el calificativo que nos remite a la imagen del Señor en la cruz, pues lo que podría llamarse justificación del querer padecer se origina precisamente en esa cruz y en el camino hacia ella. Además, la Santa maneja valores de verdad en este pasaje; afirma que sus palabras son verdad, que ella lo sabe, probablemente por propia experiencia. El camino de oración va indiscutiblemente ligado al camino de cruz del Señor y -como ha dicho- a su resurrección. Conforme el alma avanza en las moradas Dios le va mostrando partes o aspectos de ese reino de vida. La vida de Jesús, sus enseñanzas y su muerte son aquello que nos da vida, según los textos y la experiencia teresiana, apegados a

la tradición de la iglesia Católica. Examinemos otro pasaje de la Santa en que alude a la resurrección del Señor:

Su Majestad nos ha de meter y entrar El en el camino de nuestra alma; y para mostrar sus maravillas mejor, no quiere que tengamos en ésta más parte de la voluntad [...] ni que se le abra la puerta de las potencias y sentidos [...] sino entrar en el centro del alma sin ninguna, como entró a sus discípulos, cuando dijo: "Pax vobis", y salió del sepulcro sin levantar la piedra.

(SM 1, 13)

El Señor quiere que conozcamos sus prodigios, pero para ello es necesario que se acalle nuestra voluntad y que no intervengan nuestras potencias y sentidos. Lo que aquí sucede es ya gracia de Dios; ocurre independientemente de nuestro albedrío. La Santa compara esto con la forma como Jesús se apareció a sus discípulos después de resucitar y les dijo: "La paz con vosotros" (Jn 20, 19). Mostró el portento de su resurrección -"salió del sepulcro sin levantar la piedra" (Ibidem)- y su nuevo estado de vida, distinto a su vida terrenal. El Señor va revelando estas maravillas al alma, y lo hará más aún en las moradas postreras. Después de estas vivencias, el alma:

vese con un deseo de alabar a el Señor, que se querria deshacer, y de morir por El mil muertes. Luego le comienza a tener de padecer grandes trabajos, sin poder hacer otra cosa.

(SM 2, 7)

Y un poco más adelante: "En fin, de una manera u de otra ha de haver cruz mientras vivimos" (Ibid., 2, 9).

El orante ha recibido grandes mercedes y desearía poder morir

por su señor Jesucristo no sólo una vez, sino mil veces; de cualquier modo, el ser humano siempre habrá de padecer durante esta vida. Pero quien se va revistiendo de Cristo adopta otra actitud frente a esa cruz; de ninguna manera es una actitud pasiva, sumisa o resignada, sino de amor, aceptación y hasta de deseo, como hemos visto. El alma en las quintas moradas alaba a Dios por las gracias recibidas, pero también por los trabajos por los que la hace pasar. Queda agradecida y en paz.

Un poco más adelante hay un pasaje que considero lo suficientemente importante como para transcribir casi íntegro a pesar de su extensión:

nuestro Dios [...] da de lo que tiene, que es lo que tuvo su Hijo en esta vida; no nos puede hacer mayor merced. ¿Quién más debía querer salir de esta vida? Y así lo dijo su Majestad en la cena: "Con deseo he desado".

-Pues ¡cómo Señor!, ¿no se os puso delante la trabajosa muerte que habéis de morir tan penosa y espantosa?

-No; porque el grande amor que tengo y deseo de que se salven las almas, sobrepuja sin comparación a esas penas, y las muy grandísimas que he padecido y padezco después que estoy en el mundo, son bastantes para no tener éstas en nada en su comparación.

Es así que muchas veces he considerado en esto y sabiendo yo el tormento que pasa y ha pasado cierta alma que conozco de ver ofender a nuestro Señor, tan insufriero que se quisiera mucho más morir que sufrirla, y pensando si un alma con tan poquísima caridad comparada a la de Cristo [...] que sentía esta tormento tan insufriero, ¿qué sería el sentimiento de nuestro Señor Jesucristo y qué vida debía pasar [...] ? Sin duda creo yo que fueron muy mayores que las de su sacratísima Pasión; [...] Pero con el contento de ver nuestro remedio con su muerte y de mostrar el amor que tenía a su Padre en padecer tanto por El, moderaría los dolores; [...] Pues ¿qué sería a Su Majestad, viéndose en tan gran ocasión para mostrar a su Padre cuán cumplidamente cumplía el obedecerle, y con el amor del prójimo? ¡Oh gran deleite, padecer en hacer la voluntad de Dios!

¿Cuál es la mayor gracia que Dios puede dar a un alma? Según la Santa, aquélla que tuvo Cristo durante su vida. ¿A qué se refiere? La vida de entrega del Señor lo lleva finalmente a su pasión y muerte; pero la clave está en el cumplimiento de la voluntad del Padre, por amor, en el sufrimiento.

El estado particular del alma de sante Teresa era justamente de dolor y sufrimiento, al ver cómo había quienes ofendían al Señor. Todo ese estado gira en torno al padecer de Cristo, a su muerte y a todo lo que hubo de sufrir al pensar en la indiferencia o el desprecio con los que podía ser acogida toda su obra. Pero, haciendo la voluntad de Dios, todo padecer se vuelve gozo: ¿por qué? Porque el amor lo justifica, o quizá simplemente lo explica:

No penséis que no ha de costar algo y que os lo habeis de hallar hecho. Mirad lo que costó a nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte la murió tan penosa como muerte de cruz.

(Ibid., 3, 12)

Este sendero de oración no es fácil: todo lo que vale la pena cuesta trabajo y en este caso, el encuentro tan precioso del alma con el Señor también implica trabajo. La Santa tiene constantemente presente la muerte de cruz de Cristo, "nuestro Esposo" (Ibidem), como lo llama en múltiples ocasiones. Dicha muerte fue el penoso costo que el Señor tuvo que ofrecer, según nuestra autora, para que se lograra el triunfo humano sobre la muerte, el paso de esta a la vida eterna.

El alma continúa padeciendo hasta que entra a las séptimas moradas. Como dije en otro capítulo, el alma se va

crucificando, por la gracia y con la fuerza del Señor, y en este andar santa Teresa parece desear el sufrimiento y aconsejarlo, ya aunque sea sólo como imitación del Maestro: "y que son los trabajos interiores y exteriores que padece hasta que entra en la séptima morada!" (6M 1, 2); y un poco después:

yo siempre escogería el camino de padecer, siquiera por imitar a nuestro Señor Jesucristo, aunque no hubiese otra ganancia en especial, que siempre hay muchas.
(Ibid., 1, 7)

Llegó a tal extremo este deseo de sufrir que la Santa evoca a aquellos mártires que tuvieron la suerte de padecer sin dificultad enormes suplicios -con la ayuda de Cristo-, y se queja ante Dios por no tener oportunidades ni ocasiones propicias para ello:

con la fuerza del amor siente poco cuanto hace y ve claro que no hacían mucho los mártires en los tormentos que padecían -porque con esta ayuda de parte de nuestro Señor, es fácil-, y así se quejan estas almas a su Majestad cuando no se les ofrece en qué padecer.
(Ibid., 4, 15)

Pero, al continuar la lectura, nos encontramos con unas palabras que no dejan de resultar sorprendentes:

Díjole a santa Teresa el mismo Crucificado, consolándola, que El le dava todos los dolores y trabajos que había pasado en su Pasión, que los tuviese por propios para ofrecer a su Padre. Quedó aquel alma tan consolada y tan rica [...] que no se le puede olvidar.
Ibid., 5, 6

(Ibid., 5, 6, Cfr. CC 54.a)

El alma de la Santa es del Señor: por ello se le revelan como

propios los dolores y trabajos de la pasión. No sólo se trata de una participación, sino que en virtud de la amistad y unión que existía ya entre ambos, la Santa entiende aun de otra manera lo que padeció el Señor y lo vive de otro modo: es algo propio, algo que le pertenece como parte de su ser y que la consuela, le causa alivio y la enriquece profundamente. A estas alturas, ya se le han revelado muchos misterios del reino de Dios, como esa luz maravillosa "tan diferente de la de acá" (Ibid., 5, 7), y le parece haber estado en otro lugar (Cfr. Ibidem), lo que de modo indirecto alude a la resurrección.

El capítulo séptimo de las sextas moradas es especialmente valioso por sus continuas referencias a la humanidad de Cristo, a su pasión y a su resurrección. ¿Acaso quien se encuentra tan cerca de la morada principal no debe meditar más en los misterios de la humanidad del Señor? ¿Acaso el haber alcanzado la contemplación perfecta implica no reflexionar en la Pasión? Toda la intención de la Santa en estas moradas se centra en lograr convencer a los lectores de la trascendencia de no apartarse nunca de Jesucristo; de la grave equivocación que es o podría ser abandonar alguna vez la meditación sobre estos aspectos del Señor y de su vida. El alma debe buscar siempre a Cristo; jamás debe alguien -por más alta o profunda oración que tenga- dejar de considerar los sufrimientos del Señor, su muerte y todo lo que significa para la vida de los seres humanos. No puede haber contemplación perfecta, afirma la Santa, si no se piensa en

todo esto, si no se le tiene presente muchas veces. Veamos algunas citas que confirman lo anterior:

os parecerá que quien goza de cosas tan altas no tendrá meditación en los misterios de la sacratísima Humanidad de nuestro Señor Jesucristo, porque se ejercitará ya toda en amor [...] y aunque me han contradecido en ella y dicho que no lo entiendo [...] a mí no me harán confesar que es buen camino.

(6M 7, 5)

Hay algunas almas [...] que como nuestro Señor las lleva a dar contemplación perfecta, querríanse siempre estar allí, y no puede ser [...] después no pueden discurrir en los misterios de la Pasión y de la vida de Cristo como antes.

(Ibid., 7, 7)

Pues sabemos el camino como hemos de contentar a Dios por los mandamientos y consejos, en esto andemos muy diligentes y en pensar su vida y muerte y lo mucho que le devemos;

(Ibid., 7, 9)

Y define de este modo la meditación:

discurrir mucho con el entendimiento, de esta manera: comenzamos a pensar en la merced que nos hizo Dios en darnos a su Único Hijo, y no paramos allí sino vamos adelante a los misterios de toda su gloriosa vida; u comenzamos en la oración del Huerto, y no para el entendimiento hasta que está puesto en la cruz; u tomamos un paso de la Pasión, digamos como el prendimiento

(Ibid., 7, 10)

Respecto a la perfecta contemplación: "no la tendrá -digo razón- si dice que no se detiene en estos misterios y los trae presentes muchas veces" (Ibid., 7, 11). Y continúa:

Pues créanme y no se embevan tanto [...] que es larga la vida y hay en ella muchos trabajos, y hemos menester mirar a nuestro dechado Cristo cómo los pasó [...] para llevarlos con perfección.

(Ibid., 7, 13)

Finalmente:

El engaño que me pareció a mí llevaba [...] a no gustar de pensar en nuestro Señor Jesucristo tanto [...]. Y vi claramente que iba mal [...] vi claramente cuán errada iba
(Ibid., 7, 15)

Recordemos como a santa Teresa le parecía ser más humildad dejar la oración y su trato con el Señor; fue el dominico Vicente Barrón quien la invitó y convenció de retomar ese trato de amistad; le dijo que todos los días tuviera oración y que reflexionara en algún aspecto de la Pasión y de la humanidad de Cristo. Para la Santa esto significó retornar al camino verdadero y comprendió, más adelante, que "El solo es verdad que no puede mentir" (Ibid., 10, 6).

Estrechamente vinculado a esto, la fuerza de lo que significó la resurrección de Cristo en la vida espiritual de santa Teresa, se vislumbra sobre todo en lo momentos en que llega a lo que podríamos considerar la cima de su relación con Dios; esto es, su matrimonio espiritual en el estado perfecto de contemplación. ¿Por qué? Porque es en los instantes previos y en dicha unión cuando el Señor se hace presente en la gloria de su resurrección: "muéstrale claramente su sacratísima Humanidad de la manera que quiere, u como andava en el mundo o después de resucitado" (Ibid., 9, 3).

Y en las séptimas moradas:

se le representó el Señor, acabando de comulgar, con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado, y le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas y El tenía cuidado de las suyas.

(7M 2, 1)

Se trata de una visión imaginaria, pero ella misma afirma que

aunque ya antes había tenido este tipo de visión, en esta ocasión fue diferente; esto se debió a la gran fuerza de la visión, a las palabras que el Señor le dijo y porque ocurrió en el centro de su alma. Se ha dado el matrimonio espiritual, diferente en mucho del desposorio espiritual. Dice la Santa:

lo que pasa en la unión del matrimonio espiritual es muy diferente. Aparecese el Señor en este centro del alma ahora sin visión imaginaria, sino intelectual -aunque más delicada que las dichas-, como apareció a los Apóstoles ya resucitado sin entrar por la puerta, cuando les dijo: "paz vobis".

(Ibid., 2, 3)

Cuando el alma está allí no solamente tiene este tipo de visión: el Señor le hace saber "por aquel memento la gloria que hay en el cielo" (Ibid., 2, 4). Para santa Teresa significa poseer un gran secreto y un gran tesoro; su espíritu es una sola cosa con Dios. Por eso dice que Cristo vive ya en ella (7M 3, 1). En su arduo camino, su apoyo ha sido el Señor; por el resto de su vida queda dueña de Dios, con deseos de alabarle y servirle continuamente. Su deseo de padecer también es grande, aunque conforme a la voluntad del Señor; su alegría la tiene puesta en "ayudar en algo al Crucificado" (Ibid., 3, 4). Nunca más quitará su pensamiento de Cristo crucificado. Algunas de sus palabras del último capítulo de las séptimas moradas resultan impresionantes por su fuerza e intención:

Poned los ojos en el Crucificado, y haráseos todo poco Si su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos

de Dios, a quien -señalados con su hierro, que es el de la cruz, porque ellos le han dado su libertad- los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como El lo fue
(Ibid., 4, 9)

El sendero de vida y, más aún, el sendero espiritual cobra todo su sentido a partir del seguimiento de Cristo. No bastan las palabras en la oración, ni las obrillas; hay que hacerse esclavos de Dios; en realidad no es fácil. Volverse esclavos por consentimiento propio implica una actitud de obediencia amorosa (por el contexto en el que estamos) y una confiada aceptación de la voluntad divina sobre todo lo demás. ¿Cuál es la señal de esa esclavitud según la Santa? En el texto original ella puso un dibujo de la cruz del Señor haciendo referencia a una verdadera marca de cruz con hierro, como queriendo resaltar el fuerte compromiso de asunción de dicho camino. Todo lo que sea un sacrificio para cada uno, se ha de ofrecer a Dios; entonces -dice la Santa-,

Su Majestad le juntará con el que hizo en la cruz por nosotros al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras.
(Ibid., 4, 18)

Nuestra autora está en los últimos párrafos de su obra: Cristo continúa siendo su inseparable compañero. La cruz es su camino, su fuerza, su ofrenda al Padre. En este sendero de oración la respuesta del ser humano a Dios se encuentra en la cruz de Cristo unida necesariamente a su resurrección. Santa Teresa nos ha mostrado como -al menos en el contexto de la espiritualidad de aquellos que se dicen cristianos- estos aspectos son ineludibles; y más aún, por medio de la

Pasión y la Resurrección ella conoce al Señor y en éstos fundamenta toda una manera de orar, de pensar y de ser. Su espiritualidad se trasciende a sí misma al plano de la vida cotidiana, de las relaciones humanas, de su situación individual e histórica; sus obras y sus fundaciones son un testimonio de ello y Cristo siempre aparece como línea rectora, como piedra angular.

NOTAS AL CAPÍTULO TERCERO

- 1 Castro, Secundino. Cristología teresiana. Madrid. Ed. de Espiritualidad. Redes # 5. 1978. pp. 13-16
- 2 Andueza, María. Agua y Luz en Santa Teresa. México. Universidad Nacional Autónoma de México. 1985. pp. 138-142
- 3 Duquoc, Christian. Cristología. Salamanca. Ediciones Sígueme. 1985. p. 294
- 4 Ibid., p.431

CAPÍTULO CUARTO: APROXIMACION AL LENGUAJE TERESIANO EN LAS MORADAS

Este capítulo podría resultar muy ambicioso dada la riqueza de posibilidades de análisis del lenguaje de santa Teresa y la abundante bibliografía escrita al respecto. Mi interés se centra en la revisión escueta del lenguaje en las Moradas, poniendo énfasis en el área simbólica (metáforas, alegorías) y en los títulos que la Santa da a Jesús. Estos aspectos ya han surgido a lo largo de los capítulos anteriores y, aunque no con el propósito de ahora, sí reflejan de manera importante la íntima relación existente entre lenguaje y experiencia; lenguaje, vida y pensamiento de la santa abulense. Como afirma Guido Mancini,

Santa Teresa no puede escribir sino como piensa y como vive, ya por elemental coherencia ya porque su actuación de escritora ha de responder exactamente a su programa de vida y, en conclusión a su reforma.

1

En sus escritos santa Teresa manifiesta un esfuerzo por expresar adecuadamente sus experiencias interiores. Esto, a un nivel que no rebasa lo meramente humano, supone ya dificultades literarias y quizá hasta psicológicas. Pero con nuestra autora irrumpimos a un terreno que pocos conocen o que para muchos otros resulta hasta inexistente: supone la existencia de un referente divino, de Dios, con el que se establece una relación personal. No es mi intención poner en cuestión dicha inexistencia o existencia, pues ello correspondería a otro tipo de estudio más orientado a la

filosofía y la teología. Antes de pasar a lo que sería propiamente el estudio somero del lenguaje de la Santa, quiero exponer algunos puntos que considero importantes para una mejor comprensión:

- Santa Teresa escribe por obediencia, como lo señala en el prólogo de las Moradas; pero pone su confianza en Dios y se señala a sí misma como mero vehículo de aquello que el Señor ha querido darle:

Pocas cosas que me ha mandado la obediencia se me han hecho tan dificultosas como escribir ahora cosas de oración; [...] Hágalo el que ha hecho otras cosas más dificultosas por hacerme merced, en cuya misericordia confío [...] porque así como los pájaros que enseñan a hablar [...] soy yo al pie de la letra.

(Prólogo, 1 y 2)

- Los destinatarios principales de las Moradas son sus monjas, carmelitas descalzas: según afirma, tenían "algunas dudas de oración" (Ibid., 5), y a quien le mandó escribir (el padre Gracián) "le parecía" (Ibidem) que las mujeres se entienden mejor entre sí y que por esto y por el amor que le tenían le harían más caso a ella que a otra persona.

- Aunque existió el factor obediencia, que establezco ahora como factor externo, existía también una forma de orientación interna anterior a la escritura misma; es decir, una exigencia interior que determinó el estilo de la Santa. Me parece que dicha exigencia es la de comunicar la experiencia mística lo más acertadamente posible, aunque, en

principio, no con "una auténtica conciencia de creación literaria". Lo que sí hubo en todo momento fue una constante preocupación por hacerse entender, dar a entender, decir, acertar a decir algo, y la voluntad de aclarar sus experiencias hasta donde le fuera posible, además de señalar en varias ocasiones la veracidad de sus palabras, de sus vivencias; la posibilidad de equivocarse, pero no la mentira: "puedo errar en todo, mas no mentir [...] digo lo que entiendo" (4M 2, 7); "sé que digo verdad" (5M 1, 11); "ello es verdad lo que he dicho" (7M 2, 14). A partir de las quintas moradas su postura obsesiva de darse a entender cambia: se sitúa ya describiendo los sucesos que ocurrieron en su interior dando como base para la comprensión la experiencia, aunque el sentido de veracidad está presente de principio a fin.

- La finalidad de la escritura de santa Teresa es alabar, y ante todo, hacer que otros alaben al Señor: "harta merced me hará nuestro Señor si a alguna de ellas se aprovechara para alabarle un poquito más. Bien sabe Su Majestad que yo no pretendo otra cosa" (Prólogo, 5). Y en las quintas moradas:

Y si no ha de ser para vuestro provecho, le suplico no acierte a decir nada; pues sabe su Majestad que no es otro mi deseo -a cuanto puedo entender de mí-, sino que sea alabado su nombre.

(5M 4, 11)

Varios estudiosos de santa Teresa, como Angel Raimundo Fernández y Guido Mancini, consideran que el estilo de la Santa en las Moradas adopta la forma coloquial, ya sea por el

modo casi directo de conversación amistosa, por el uso de popularismos o por el uso de "explicaciones doctrinarias" ³ dirigidas a personas conocidas a quienes se habla de modo cariñoso y confidencial. Su lenguaje busca la comunicación sencilla, cordial e inmediata, de consejos, experiencias personales y una sabiduría obtenida como gracia de Dios. Las destinatarias, sus monjas, condicionan el mensaje y los rasgos formales: la Santa apela constantemente a ellas al irles hablando y las hace partícipes del camino de oración. "Esta sencillez y viveza de su prosa se ha reconocido como su mayor mérito artístico".

4

- Vinculado al punto anterior, cabe señalar cómo la imagen metafórica tendrá valor para santa Teresa utilizada como instrumento para la exposición de conceptos. Lo que más le interesa es exponer ese camino de amistad, ese sendero de encuentro entre el alma y Dios; explicar con la mayor claridad las fases del fenómeno espiritual. La comparación, la metáfora, permiten la visión del concepto, lo que hace más sencilla la comprensión de la vivencia. Aunque ni la alegoría del castillo interior, ni la imagen del gusano de seda son originales de nuestra autora. Se han encontrado ya anteriormente en fray Francisco de Osuna y en Bernardino de Laredo (el castillo). Quizá a partir de las experiencias únicas e irrepetibles de la Santa se deriva el valor y la originalidad de su pensamiento y de su escritura. La realidad es que las comparaciones, tomadas de la vida común, son

insuficientes, pobres e imperfectas cuando intenta dar una idea de sus experiencias interiores.

- Hay un desorden aparente en la exposición de conceptos y en el desarrollo de la obra; digo aparente porque a pesar de que no hay un riguroso orden ni una elaboración sistemática, sí existe una secuencia de ideas que explican o exponen el estado del alma, los grados de la oración, la intervención divina, el nivel de relación entre el alma y Dios, todo en sentido coherente y ascendente. Además, cada morada se constituye "con unidad significativa propia. Pero entre ellas se verifican relaciones funcionales, tanto por el contenido doctrinal como por la expresión formal de los mismos". Esta ausencia de sistematicidad es un resultado lógico de la forma coloquial de su prosa. Hay un "yo narrativo realístico, personal y acientífico" que va en contra de lo que se constituiría como lenguaje y forma académicos. Este yo narrativo lleva toda la carga subjetiva de la Santa, es decir, "la de una personalidad muy vital y arrebatadora" y no resulta en detrimento de la obra, sino que le imprime mayor fuerza a lo que se quiere comunicar. Gracias a esta formulación coloquial, el lector de hoy puede involucrarse o sentirse implicado en el relato sintiendo de cerca a la autora.

4.1 Aspecto Simbólico

Existe un estudio hecho por Rafael López L., M.Sp.S. (basado en Luis D. Urbano), en el que se establecen cuatro

divisiones básicas de las principales metáforas empleadas por santa Teresa, y que expongo a continuación:

1) metáforas de temas marciales: el castillo de las siete moradas (alegoría); utiliza términos como: guerra (2M 1, 9; 4M 1, 3); batalla (3M 1, 1; 4M 1, 12; 6M 1, 10); batería (2M 1, 3; 2M 1, 9); combate (3M 1, 1; 6M 3, 8; 6M 9, 10); armas (2M 1, 6; 6M 1, 10); victoria (5M 3, 5);

2) metáforas de temas físicos: el camino (2M, 1, 8; 4M 1, 7; 4M 7, 9; 6M 8, 7; 6M 9, 12); el agua viva, el sol, (estos términos los examinaré más adelante); el diamante (1M 1, 1);

3) metáforas zoográficas: el ave fénix (6M 4, 3); el gusano (1M 1, 3; 6M 4, 7; 6M 4, 10); el gusano de seda (5M 2, 2; Ibid., 2, 6; Ibid., 3, 5; Ibid., 4, 11); la mariposa y la paloma (términos que examinaré más adelante);

4) metáforas antropológicas: la saeta (6M 2, 4; 6M 11, 2); la locura (6M 6, 11) y la embriaguez (6M 6, 12); los pechos divinos (7M 2, 7); el esposo y el rey (términos que examinaré más adelante).

He tomado en cuenta esta división sólo como una ayuda para clasificar las abundantísimas metáforas presentes en las Moradas, pero me parece un tanto limitante por la misma riqueza del universo semántico del texto. Me parece más

acertada la perspectiva de Angel R. Fernández que habla de aspectos simbólicos o alegóricos, de "un fenómeno literario que en el inicio de la creación artística se inserta en la simbolización". Quiero explicar brevemente esta preferencia. La alegoría del castillo es el marco global que enmarca la exposición de las Moradas. Es el fundamento para iniciar y es el cauce que estructura la obra; si en las primeras moradas aparece la descripción de esta alegoría, más adelante es tan sólo el marco referencial. En la sexta morada prácticamente hay una ausencia de los términos castillo o morada y en la séptima su valor funcional es secundario. Lo que me parece importante es la "disminución del valor estructural de la alegoría", la presencia de símbolos, el predominio de la experiencia sobre la alegoría y la seguridad doctrinal de la Santa. Dicho de otra manera, a medida que la relación del alma con Dios se intensifica, como sucede en las sextas moradas y al principio de las séptimas, la expresión de ello rebasa el estereotipo de la alegoría (siempre social, comunitaria) y se ubica en un nivel individualizado e íntimo que acude a lo simbólico. De las experiencias nace la originalidad doctrinal y de los efectos de tales vivencias surge la seguridad. Por esto me parece mejor enmarcar las alegorías del castillo, y del desposorio y matrimonio espirituales -de las sextas y séptimas moradas- (con ciertas imágenes a las que me referiré más adelante), en el proceso simbólico cuyas principales características mencioné anteriormente.

¿Cómo se va dando este simbolismo en las Moradas? Desde el comienzo de la lectura y conforme se avanza en ella, el lector descubre la evidencia de múltiples comparaciones, metáforas y alegorías que forman parte de dicho proceso. Mencionaré algunas de las conocidas metáforas que forman la alegoría del castillo:

En las primeras moradas:

alma = un castillo
 todo de diamante u muy claro cristal
 con muchos aposentos
 o muchas moradas
 unas en lo alto, otras en bajo,
 otras a los lados,
 y en el centro o mitad ...
 la más principal
 tan resplandeciente y hermoso

Dios = el rey
 tan poderoso, tan sabio, tan limpio,
 tan lleno de todos los bienes

cuerpo = engaste u cerca del castillo

oración = la puerta para entrar en este castillo

Debemos recordar que santa Teresa declara que no existe una verdadera correspondencia (racional lógica) entre el mundo de las relaciones Dios-alma y los elementos que incorpora a la expresión mística. Es posible que este simbolismo se refiera a lo que C.S. Lewis llamaba sacramentalismo, esto es: "una imagen es signo de otra invisible con una relación que escapa a toda racionalización y se aprehende únicamente por vía de

fe misteriosa". Los lectores, como receptores, van captando -por analogía-¹¹ un mundo que está más allá de los sentidos. El proceso interpretativo se sirve entonces de códigos lingüísticos y alegóricos para una mejor comprensión o un más profundo examen. Según A.R. Fernández, se exige un cierto grado de participación para insertarnos en la experiencia individual del emisor, de la Santa.

Resulta paradójico el hecho de que en momentos de clímax, como lo es en las sextas y parte de las séptimas moradas, santa Teresa muestre una gran seguridad doctrinal, por un lado, y una gran dificultad y vacilación en la expresión de las experiencias; esto sucede por la misma naturaleza de ellas. Estamos ante "una literatura ungida y penetrada de vida y, por lo tanto, difícil de formular". Mientras en una parte de la obra predomina la declaración,¹² es decir, que la Santa declara, discurre, en la parte medular (y conforme avanza el proceso simbólico) predomina la expresión, es decir, la representación. Es el entender, el discurrir, contra el sentir y el representar. V.G. de la Concha también advierte esta situación en la que nuestra autora apela al lenguaje simbólico.

Independientemente del título de Esposo que santa Teresa da a Cristo (entre otros) y al cual me referiré posteriormente, quiero ahora examinar brevemente la expresión de las relaciones simbólicas entre Dios y el alma, como Esposo y esposa. Dichas relaciones son de naturaleza amorosa, como

entre dos desposados, según dice la Santa; sin embargo, continúa, "aunque se ponen estas compraciones -porque no hay otras más a propósito-, [...] aquí no hay memoria de cuerpo más que si el alma no estuviese en él, sino sólo espíritu" (7M 2, 3).

El proceso simbolizador "se agrupa en torno de cuatro núcleos": Dios y el alma, y subordinados a ellos, el amor (fruto del desposorio y matrimonio) y lo terreno (por oposición al estado del alma en este momento). A continuación presento un cuadro (tomado de Angel Raimundo Fernández) que muestra la organización de esta relación y en el que puede apreciarse que la Santa logra un conjunto coherente y bien ordenado. Crea un sentido de unidad por medio del uso de imágenes conectadas unas con otras, relacionadas sutilmente. En este proceso de simbolización existe un nudo y un conjunto de variables que se unen a la sensibilidad de nuestra autora y a una intimidad expresa en la subjetividad de estas dos moradas; como afirma J. Middleton, "la mayor maestría estriba en la armoniosa impresión total" ¹⁵ lograda por esa sintaxis de las imágenes.

PROCESO SIMBOLIZADOR DE LA RELACION DIOS-ALMA

A	B	C	D
DIOS	EL ALMA	EL AMOR	LO TERRENO
enciende el fuego	metida en fuego	escondido fuego	nublado
quema, abrasa	abrasándose en sí misma, consumiéndose, quedando para siempre aniquilada	fuego de brase-ro fuego que quema	tempestad
despierta, habla, hace crecer, aviva la centella	centella de amor	saeta de fuego, rayo, llama, vuelo	
junta consigo	palomica, mariposica		
arrebata el alma da joyas	vuela		cadena que no de- jan volar
sol (de justicia)	llena de sol	inflamación deleitosa	
disipa la tempestad	tempestad sabrosa	luz interior	tinieblas- pecado pecador
gran luz	vive en gran luz llena de luz infusa		
da vino, agua, leche (pilar de agua, manantial, ola poderosa, anega, sube a lo alto)	muele por morir navecica		
una lluvia que cae del cielo	cierva que va herida	saeta que hiere en lo más hondo, que penetra las entrañas	cieno
un río caudaloso	fuentecica pequeña abrasada en sed		
piedra preciosa		dolor sabroso pena deleitosa	
nube de grandísima claridad		ansias, lágrimas, suspiros	sombras
resplandor y hermosura	en quietud casi siempre templo de Dios		

Siguiendo la perspectiva de Angel R. Fernández podemos destacar tres imágenes metafóricas clave en torno a las cuales giran, se relacionan o se organizan otras imágenes; estos ejes sintácticos son: la imagen de Sol, la de agua y, finalmente, la de vuelo.

En relación directa con la primera imagen están las de la luz y el fuego. "La Santa recrea el simbolismo bíblico tradicional, en el que el Sol simboliza la eternidad y por tanto a Dios", y le adhiere sus máximos atributos no sólo a nivel cosmológico, sino místico: encuentra que fuego y amor se identifican en esta relación alma-Dios. El sol y el fuego (por sus rayos y por sus llamas) simbolizan la acción purificadora, fecundante e iluminadora, aunque ésta última es la que aquí domina y se relaciona substancialmente con la luz, símbolo del conocimiento amoroso. En oposición a la luz está, desde luego, la oscuridad, la sombra, las tinieblas, símbolos de lo inferior, lo maligno y del ocultamiento de la identidad de la verdad superior.

Revisemos algunas de las metáforas relativas a esta imagen:

alma= "castillo de diamante u muy claro cristal [...] resplandeciente, hermoso" (IM 1, 1 y IM 2, 3)
 Los materiales de que está hecho el castillo permiten el paso de la luz.

alma en pecado mortal=

"No hay tinieblas más tenebrosas ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho más." (IM 2, 1)

"con estarse el mesmo Sol que le dava tanto resplandor y hermosura todavía en el centro de su alma, es como si allí no estuviese" (Ibidem)

"los que están en este estado, todos hechos una escuridad, y

ansí son sus obras." (1M 2, 2)

"Mas si sobre un cristal que está a el sol se pusiese un paño muy negro [...] aunque el sol dé en él, no hará su claridad operación en el cristal." (1M 2, 3)

"Mirad que si se os acaba la vida, jamás tornaréis a gozar de esta luz.

¡Qué turbados andan los sentidos [...] ! Y las potencias [...] icon qué ceguedad [...] !" (1M 2, 4)

La Santa advierte sobre el estado del alma en pecado mortal. Aunque Dios está en su mismo centro, el pecado ("un paño muy negro", V. supra) no permite esa comunicación de luz.

Dios= "este sol que da calor a nuestras obras." (1M 2, 5)

"y a todas partes de ella el alma se comunica este sol que está en este palacio." (1M 2, 8)

Dios dadivoso, luz de comprensión, dador de vida=

"Por vuestra misericordia, no consintáis que esta alma sea engañada para dejar lo comenzado. Dadle luz" (2M 1, 6)

"Cuando su Majestad quiere que el entendimiento cese, ocúpale por otra manera y da una luz en el conocimiento" (4M 3, 8)

"comienza a tener vida este gusano, alma cuando con la calor del Espíritu Santo se comienza a aprovechar del auxilio general, que a todos nos da Dios" (5M 2, 3)

"andar con particular cuidado y aviso mirando cómo vamos en las virtudes [...] que si miramos en ello y pedimos al Señor que nos dé luz, luego veremos la ganancia u la pérdida" (5M 4, 9)

En las sextas y séptimas moradas el conocer y el amar están indiferenciados, aunque mientras que en las sextas moradas se dan los arrobamientos, la inflamación, los rayos y saetas junto con turbaciones, trabajos, enfermedades y tormentos, en las séptimas moradas -con el matrimonio espiritual- solo hay luz, claridad. Desde luego, las imágenes de Sol, luz, fuego, cometa, saeta, rayo, etc. sirven para expresar el

encuentro personal donde conocimiento y amor son un don de Dios. El alma está "herida de amor" (6M 1, 1), "abrasada toda como un ave fenix" (6M 4, 3), "abrándose en sí misma" (6M 11, 2), "aniquilada" (7M 3, 14) y "quéjase con palabras de amor" (6M 2, 2), porque Dios es quien "la hiera" (6M 2, 4), "hace crecer la centella" (6M 4, 3), "arrebata esta alma" (6M 4, 13), "arrebata el espíritu" (6M 5, 2). Si Dios es sol y luz, el alma está "llena de sol" (6M 1, 10), "con gran luz" (6M 3, 5), llena de "luz infusa" (6M 9, 4). Por tanto, el amor se representa como "fuego del brasero encendido", "saeta", "centella" (6M 2, 4), "saeta de fuego" (6M 11, 2), "rayos que llegan" (6M 5, 9) y también "toques [...] tan suaves y penetrativos" (7M 3, 8) y produce en el alma "una inflamación deleitosa" (6M 2, 8), "una herida sabrosísima" (6M 2, 2), "tan gran luz y conocimiento de Dios" (6M 4, 3), "conocimiento de la grandeza de Dios [...] propio conocimiento y humildad" (6M 5, 10) y también, "tempestad y alboroto" (6M 9, 10), desatino y espantó (7M 2, 2), pero paz (7M 2, 14) y bonanza (7M 3, 15).

En el centro del alma se encuentra Dios, que es el Sol, la fuente de luz y calor, es el "sol resplandeciente" (1M 2, 1, 3, 5 y 8); y de ahí se propaga la luz al resto del castillo. María Andueza habla de la formación de "siete círculos luminosos que son las siete moradas del Castillo Interior".

Todas las metáforas anteriores se refieren específicamente a los efectos de esa luz amorosa e infusa sobre el alma en la sexta y séptima moradas. En la gráfica de los siete círculos

de luz presentada por María Andueza se aprecia claramente la actividad ascética y mística del alma en relación con Dios-Sol en el camino de encuentro. Hay una comunicación, como cité anteriormente: "y a todas partes de ella se comunica este sol que está en este palacio" (1M 2, 8) y el alma tiene la posibilidad de quedar "llena de sol" (6M 1, 10).

El segundo núcleo de imágenes está organizado alrededor del simbolismo de 'agua' en forma simétrica y simultánea con el de luz, pero con sus connotaciones específicas. Y en torno de 'agua' aparecen las variables: ola, río mar, pozo, manantial, así como leche, y vino (embriaguez), puesto que son líquidos que tienen que ver simbólicamente con el campo semántico en cuestión. Todos estos términos son usados por la Santa cuando quiere hablar de fuente de vida, de medio de purificación y de centro de regeneración: en términos generales, el agua simboliza la nueva vida (excepto en el caso de las lágrimas, que se refieren al dolor y la purificación).

Desde las primeras moradas santa Teresa dice también de Dios que es las "aguas vivas de la vida" y que el alma es el "árbol de vida" que está plantado en dichas aguas de la vida (1M 2, 1). Y el alma en gracia es una "fuente muy clara", mientras que el alma en pecado es un "árbol plantado en muy negrísima agua y de muy mal olor" y sus obras son "desventura y suciedad" (1M 2, 2). Dios es, por tanto, quien da el agua viva y el alma tiene nueva vida.

En otro capítulo mencioné la influencia bíblica en la Santa

en relación con este tema del agua viva: su referencia al Evangelio de san Juan en el capítulo 30, 19 del Libro de la Vida:

(Sus antecedentes vienen desde el Antiguo Testamento en Is 12, 3; Jr 2, 13; Sal 36, 9-10, etc.)

¡Oh, que de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana!, así soy muy aficionada a aquel evangelio. Y es así, cierto, que sin entender como ahora este bien, desde niña lo era y suplicava muchas veces a el Señor me diese aquel agua, y la tenía dibujada adonde estava siempre, con este letrero, cuando el Señor llegó a el pozo: "Domine, da mihi aquam" Domine, da mihi aquam .

María Andueza hace una detallada explicación de este pasaje: no se trata de cualquier agua viva, sino de la que el Señor ¹⁹ habló a la Samaritana, esto es, esa agua que al tomarla quita la sed y la aumenta al mismo tiempo. ¿Cuál sed? La que el alma tiene de Dios, la de la vida verdadera. Esa de la que habla también en las sextas moradas, antes de consumarse su matrimonio espiritual (6M 11, 5). La Santa tenía presente esa agua en su espíritu, memoria e imaginación y deja entrever su presencia a lo largo de su vida. Hace una evocación y no sólo se refiere a ese momento de recuerdo, sino que hace ver las muchas veces que trae a la memoria ese pasaje bíblico y su gusto por él. Desde niña le gustaba, pero no lo entendía como en el momento en que escribía; sin embargo, ya desde entonces y en el transcurso de su vida imploraba al Señor que le diera de esa agua de vida eterna. Además, las palabras de Cristo en el Evangelio de san Juan se hicieron realidad en la misma Santa, como puede verse en las Moradas. Veamos este pasaje bíblico:

el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna.

(Jn 4, 14)

Dice M. Andueza: "La metáfora del 'agua viva' encierra el amor hecho agua en el corazón de santa Teresa". Dicho Amor está en actividad continua, como movimiento en gracia y como "fuente de agua que brota para vida eterna" (Jn 4, 14).

Como hemos visto en las Moradas, Dios es ese Amor que se desparrama como agua primera; es "el mismo nacimiento del agua" (4M 2, 4), "fuente manantial" (4M 3, 8). El agua es "celestial" (Ibid., 2, 6) y cuando sucede el matrimonio espiritual "el verdadero espíritu de ella está hecho uno con el agua celestial" (7M 2, 12); mientras que como seres humanos que somos vivimos en un "cieno de miseria" (1M 2, 10) cuando falta Dios, y el pecado es "como un cieno" (6M 7, 2). La Santa también relaciona este aspecto negativo con el agua muerta, estancada, pues el cieno es lodo que se forma de sedimento de ríos o lagunas y como mencioné antes, el alma en pecado es un "árbol plantado en muy megrisima agua y de muy mal olor" (1M 2, 2).

Si bien Dios es esa agua viva, sólo Él es quien puede concederla; la Santa, expresa la impotencia del alma para alcanzar la unión absoluta con Dios si Él no la concede: "muchas veces cavaremos y quedaremos molidas, y no hallaremos ni un charco de agua" (6M 7, 9); y por otro lado, el matrimonio espiritual como unión plena y extática es:

como si cayendo agua del cielo en un río u fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río u lo que cayó del cielo; o como si un arroyo pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse;

(7M 2, 6)

Mientras que por un lado hay un gran trabajo, en las primeras etapas de la oración, poco a poco el trabajo se va haciendo menor hasta que no hay ningún esfuerzo humano y el amor se da como agua que cae del cielo ("celestial", 4M 2, 6). Se da una gradual posesión del alma por el amor divino. En el Libro de la Vida la Santa habla de las cuatro aguas, que corresponden a los cuatro grados de oración:

1. agua del pozo = recogimiento
2. agua del pozo con artificio = oración de quietud
3. agua de río o de fuente = unión parcial y sueño de las potencias
4. agua del cielo = unión plena y extática

En las Moradas no están descritas con tanto detalle estas cuatro aguas como lo están en el Libro de la Vida, pero como se ha visto, sí están presentes en la expresión de los grados de oración. Recordemos algunas de las metáforas de las Moradas relacionadas con esta imagen de agua:

Metáforas

- | | | |
|---------|---|------------------------------------|
| alma | = | árbol de vida |
| Dios | = | aguas vivas de la vida |
| | | (1M 2, 1) |
| | = | fuelle de vida (1M 2, 2) |
| | = | manantial (4M 2, 10) |
| la vida | = | este mar de tempestades (5M 4, 12) |

alma en gracia = fuente muy clara
 alma en pecado = árbol plantado en muy negrísima agua y de
 muy mal olor

(1M 2, 2)

contentos = pila que se llena con agua que viene de más
 lejos por muchos arcaduces y artificio
 gustos = pila que está en el mismo nacimiento de
 agua; vien el agua de su mismo nacimiento

(4M 2, 10)

la gracia como
 don de Dios = Si el manantial no la quiere producir,
 poco aprovecha que nos cansemos.

(Ibidem)

unión parcial =

Aquí desató este gran Dios [...] los manantiales por donde
 venía a este pilar de el agua, y con un ímpetu grande se
 levanta una ola tan poderosa que sube a lo alto esta
 navecica de nuestra alma.

(6M 5, 3)

Se da una "tempestad sabrosa". (6M 2, 6)

lágrimas purificadoras
 que Dios da = agua que cai del cielo

(6M 6, 9)

A estas alturas:

las mercedes = parece que las lleva un río caudaloso y las
 trae a su tiempo

los pecados = como un cieno, que siempre parece se avivan
 en la memoria y es harto gran cruz

(6M 7, 2)

Y poco antes del matrimonio espiritual:

abrasada con esta sed, y no puede llegar a el agua; y no
 sed que pueda sufrir, sino ya en tal término que con
 ninguna se le quitaría, ni quiere que se le quite, si no
 es con la que dijo nuestro Señor a la Samaritana, y eso no
 se lo dan.

(6M 11, 5)

Pero la :eacción de la Santa ante esta "sed" es asombrosa:

Bien es que lo mucho cueste mucho; cuánto más que, si es
 purificar esta alma para que entre en le séptima morada
 [...] es tan poco este padecer como sería una gota de agua
 en el mar:

(6M 11, 6)

Ya en las séptimas moradas, en la unión plena,

se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres Personas, con una inflamación [...] a manera de una nube de grandísima claridad

(7M 1, 7)

Y el matrimonio espiritual:

como si cayendo agua del cielo en un río u fuente, adonde queda hecho todo agua [...] o como si un arroyo pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse;

(7M 2, 6)

Así como el árbol que está cabe las corrientes de las aguas está más fresco y da más fruto, ¿qué hay de maravillar de deseos que tenga esta alma, pues el verdadero espíritu de ella está hecho uno con el agua celestial que dijimos?

(7M 2, 12)

Con influencia bíblica de Salmos y Génesis:

Aquí se dan las aguas a esta cierva que va herida, en abundancia. Aquí se deleita en el tabernáculo de Dios. Aquí halla la paloma que envió Noé a ver si era acabada la tempestad, la oliva, por señal que ha hallado tierra firme dentro de las aguas y tempestades de este mundo.

(7M 3, 13)

La cierva, el alma, va herida de amor y recibe aguas de vida

"en abundancia" (Ibidem) y se goza en el lugar donde Dios

habita, "el tabernáculo de Dios" (Ibidem), el mismísimo

centro del castillo. Finalmente quedan atrás las

tribulaciones del mundo; el alma ya no se acongoja por ellas.

La paloma (el alma) encuentra la oliva, signo de paz, de

sosiego. Por ello la Santa dice que "no les falta cruz, salvo

que no las inquieta ni hace perder la paz, sino pasan de

presto, como una ola, algunas tempestades, y torna bonanza"

(7M 3, 15).

También hay que recordar la influencia bíblica a partir del

Cantar de los Cantares, pues los términos leche y vino tienen

su raíz en él. Según Angel R. Fernández dichos conceptos son "inseparables del matrimonio espiritual en el ámbito de la tradición religiosa católica". Sin embargo, ahora recobran nueva vida porque se sitúan de manera concreta y personal en la expresión de la situación individual, íntima e intransferible de santa Teresa. Ella no especula sobre lo escrito por Salomón, sino que lo vive como experiencia trascendental. Veamos como lo expresa:

Por ejemplo, en las cuartas moradas dice que el alma no está aún criada, "sino como un niño que comienza a mamar, que si se aparta de los pechos de su madre, ¿qué se puede esperar de él sino la muerte?" (4M 3, 10), donde Dios aparece -antropomórficamente- con rasgos femeninos, como una madre que alimenta a su niño de su propio ser, que se da a sí misma. Así el alma necesita permanecer en Dios y alimentarse con su gracia; debe permanecer en la oración aquí donde natural y sobrenatural se encuentran entremezclados.

Más adelante Dios es quien va llevando al alma a su encuentro:

Ahora me acuerdo sobre esto que digo de que no somos parte, de lo que habéis oído que dice la esposa en los Cantares: "Llévome el rey a la bodega del vino, u metiόμε", creo que dice. Y no dice que ella se fue [...] Esta entiendo yo es la bodega donde nos quiere meter el Señor, cuando quiere y como quiere; mas por diligencias que nosotros hagamos, no podemos entrar.

(SM 1, 10)

No depende del alma el poder entrar a sus moradas centrales; no es cuestión de voluntad. Es Dios-el rey quien sabe cuándo

y cómo ha de entrar el alma a la "bodega del vino" (Ibidem); y "cuando son muchas las veces que la da Dios de este vino" (5M 2, 8), el alma encuentra mayor descontento en las cosas "que ve en la tierra" (Ibidem). Es como la sed que se apaga y luego se hace mayor: el alma pierde deseo de las cosas que no sean estar con Dios, gozar de su gracia y de El mismo (luz, agua, leche, vino) y conformar su voluntad con la voluntad divina:

¿No habéis oído -que ya aquí lo he dicho otra vez, aunque no a este propósito- de la esposa, que la metió Dios a la bodega del vino y ordeno en ella la caridad? ... como aquel alma ya se entrega en sus manos y el gran amor la tiene tan rendida, que no sabe ni quiere más de que haga Dios lo que quisiere de ella

(5M 2, 12)

Este enamoramiento del alma, "tan enamorada" (5M 4, 4), "rendida al esposo" (Ibid., 4, 5) coincide con la embriaguez espiritual, cuando la voluntad está "tan embevida" (6M 4, 14) y el entendimiento "tan enajenado" (Ibidem) y "anda el alma como uno que ha bebido mucho, mas no tanto que esté enajenado de los sentidos" (6M 6, 12).

A la Santa le parece que son "harto groseras comparaciones" (Ibidem) para expresar algo tan asombroso y precioso, pero ese mismo estado de gozo y embriaguez espiritual no le permite decir más que lo que procede de su gozo. Al hablar así, santa Teresa muestra nuevamente la dificultad de expresar lo inefable, lo que rebasa el propio lenguaje humano y se ubica en el ámbito de la relación mística entre su alma y Dios. Sin embargo, en relación con la imagen del agua, hemos podido

constatar cómo la Santa logró comunicar su experiencia utilizando acertadamente términos sacados de su imaginación, de influencias como la de Francisco de Osuna y la de la Sagrada Escritura y de sus propias vivencias; emplea el lenguaje coloquial y lo traslada al plano de lo sobrenatural; el sentido hacia lo divino está dado por el contexto de la vida no sobrenatural.

El tercer núcleo de imágenes se sitúa alrededor del eje sintáctico formado por el término vuelo. Aquí el alma es la "palomica" (SM 4, 1), "mariposita" (SM 2, 8), "mariposilla" (SM 2, 9) o "mariposica" (SM 2, 2) que tiene como atributos el ser "blanca y muy graciosa" (Ibidem). Dios, "nuestro gran gigante y poderoso" (6M 5, 2), es quien la impulsa y atrae "con la facilidad que un gran jayán puede arrebatar una paja" (Ibidem).

Cabe señalar que el término "palomica" (V. supra) se inscribe en una tradición emblemática y simbólica. De modo general simboliza espiritualidad y poder de sublimación, pero de modo más específico es un símbolo arquetípico del alma y el símbolo bíblico de la paz y del Espíritu Santo. En las Moradas, la Santa utiliza esta imagen para referirse al alma.

En relación con la imagen "mariposica" (V. supra), simboliza también -desde luego- el alma. Recordemos que primero fue un "gusano de seda grande y feo" (Ibidem) y que con ayuda del Espíritu Santo empieza a crecer, a hacer

obras de penitencia, oración y mortificación y quita de sí el amor propio y la voluntad propia. Es en la oración de unión cuando el alma -en actitud pasiva- sufre esta transformación; muestra una disponibilidad total frente a la acción purificadora de Dios.

Sin embargo, esta "palomica" (V. supra) se encuentra sólo en un aparte del camino pues "más alto es su vuelo" (5M 4, 1); tiene que pasar por penas espirituales que "aun la hacen tener más alto vuelo" (6M 2, 1). La Santa reitera esta situación en la que el alma se está preparando para el matrimonio espiritual y se purifica por el fuego del amor divino; habla de "esta operación de amor" (6M 2, 3). El alma "se está deshaciendo de deseo y no sabe qué pedir" (Ibid., 2, 4). Y más adelante dice: "Con estas cosas dichas de trabajos y las demás, ¿qué sosiego puede traer la pobre mariposica? Todo es para más desear gozar a el Esposo" (Ibid. 4, 1).

En estas sextas moradas son continuos los arrobamientos y se da lo que se conoce como vuelo del espíritu: el alma "ya no tiene parte en sí, y notablemente, con más impetuoso movimiento es arrebatada" (Ibid., 5, 2).

En fin, no acaba esta mariposica de hallar asiento que dure; antes, como anda el alma tan tierna del amor, cualquiera ocasión que sea para encender más este fuego la hace volar.

(6M 6, 1)

Pero también existen otros aspectos que no permiten al alma gozar como quisiera y que se ubican en la espiritualidad

tradicional que concibe al cuerpo como cárcel del alma y la vida en este mundo como un destierro. Pues, en efecto, la Santa sintió realmente "unas ansias grandísimas de morirse, y así, con lágrimas muy ordinarias, pide a Dios el alma la saque de este destierro" (Ibidem). Por esto afirma un poco después: "¡Oh, pobre mariposilla, atada con tantas cadenas que no te dejan volar lo que querrías!" (Ibid., 6, 4).

Y, ¿qué le va sucediendo al alma?

La palomica u mariposilla [...] siempre gime y anda llorosa [...] Como va conociendo más y más las grandezas de su Dios y se ve estar tan ausente y apartada de gozarle, crece mucho más el deseo; porque también crece el amar, mientras más se le descubre lo que merece ser amado este gran Dios y Señor;

(6M 11, 1)

Según A.R. Fernández, la "mariposica" (V. supra) simboliza la operación mística del matrimonio espiritual. Si éste lo representamos,

como una luz infusa y consumidora que opera en el centro del alma [...] la mariposa es el símbolo del alma y su emblema, como expresión de la atracción inconsciente hacia lo luminoso.

23

En las séptimas moradas:

"La mariposilla, que hemos dicho, muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo" (7M 2, 6). El alma que vive esta experiencia confirma lo que dice san Pablo en la Epístola a los Filipenses, citado por la Santa: "Mihi vivere Christus est, mori lucrum" (Ibidem), esto es: "para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia" (Fil 1, 21).

El alma vive la experiencia de máxima pureza, perfección y

libertad: la imagen del vuelo expresa la alegría de la elevación a un nivel superior sobrenatural. Este nivel se refiere a la nueva vida del alma cuando en el matrimonio espiritual Cristo es quien le da esa vida. La Santa cita nuevamente a san Pablo y dice:

Quizá es esto lo que dice san Pablo: "El que se arrima y allega a Dios, Hácese un espíritu con El", tocando este soberano matrimonio, que presupone haberse llegado Su Majestad a el alma por unión.

(7M 2, 6)

Resulta importante señalar que casi llegado el fin de las séptimas moradas, la Santa parece darse cuenta de que lo escrito en las quintas, sextas y el primer capítulo de las séptimas moradas no es precisamente una exposición didáctica o discursiva, sino una comunicación de experiencias, un mundo en que los símbolos se entremezclaban con notas conceptuales. Veamos como apela constantemente a la experiencia personal como medio de expresión y comprensión:

"De esto tengo grandísima experiencia" (5M 1, 8)

"Porque la experiencia le hace claro ver [...] porque ya la experiencia la tiene enseñada" (6M 1, 5-6)

"Parece que ya no ha menester consideración para entender esto, porque la experiencia de pasar por ello [...] le hacía entender" (6M 1, 11)

"A quien nuestro Señor hiciere esta merced -que, si se la ha hecho, en leyendo esto lo entenderá-, déle muy muchas gracias" (6M 2, 5)

"Mas a quien no tuviere mucha experiencia de las hablas de Dios, no se podrá engañar en esto -a mi parecer- de la imaginación" (6M 3, 10)

"No sé si atino en lo que digo, porque, aunque lo he

oído, no sé si me acuerda bien" (6M 4, 7)

"Mas a quien no tuviere esperiencia de lo uno y de lo otro, no lo entenderá" (6M 6, 6)

cuando es con la vista exterior no sabré decir de ello ninguna cosa, porque esta persona que he dicho, de quien tan particularmente yo puedo hablar, no había pasado por ello, y de lo que no hay espiriencia mal se puede dar razón cierta

(6M 9, 4)

"y viene en estos años creciendo poco a poco este deseo [...] He dicho años, conformándome con lo que ha pasado por la persona que he dicho aquí"

(6M 11, 1)

¡Oh, váleme Dios, cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada día se espanta más esta alma [...] notoriamente ve [...] que están en lo interior de su alma

(7M 1, 8)

Finalmente, ya en el segundo capítulo de las últimas moradas la Santa retoma la exposición donde vuelven a aparecer analogías claras tomadas de la vida no sobrenatural. La forma es nuevamente discursiva y prácticamente no hace mención de la experiencia.

4.2. Los nombres de Cristo

(título inspirado en la obra De los nombres de Cristo de Fray Luis de León, publicada por primera vez en 1583 en Salamanca)

Uno de los capítulos de este trabajo se llama "Cristología teresiana en las Moradas", puesto que en la lectura y análisis de éstas consideré esencial la presencia de Cristo como línea estructuradora de toda la obra. Esta es la razón por la cual he querido dedicar una parte de este capítulo al

estudio de algunos de los nombres que la Santa otorga a Cristo en su obra. Cuando ella lo llama de una forma específica, le concede -por consiguiente- ciertos atributos específicos que hacen que Cristo tome funciones determinadas a lo largo del camino de oración. Recordemos que santa Teresa sitúa a Cristo en el sustrato más profundo del hombre y se muestra encendida en el amor al Señor, sobre todo en su Pasión y Muerte. La Santa nos muestra, en su particular, íntimo y personalísimo camino oracional que la comunión plena, en el proceso de santidad, se da en el encuentro del alma con Cristo.

Jesucristo se va revelando a santa Teresa por medio de la Sagrada Escritura, de otros textos religiosos y -sobre todo- a partir de la propia relación personal entre ambos. No es en forma gratuita como aparecen los numerosos nombres que ella le da en la expresión de la experiencia mística: son necesarios y contundentes para comprender quién es Cristo para ella, cómo es el encuentro desde las primeras etapas hasta el más alto grado de unión, cómo es Cristo quien la conduce a Dios Trino y, finalmente, cómo busca nuestra autora, por medio del lenguaje, de la imagen, expresar y definir a ese ser supremo con múltiples y profundas significaciones y quien en el contexto teresiano es Dios y hombre verdadero.

La Santa llama a Cristo usando veinte nombres diferentes, algunos aparecen pocas veces, otros con significados semejantes y otros con mucha frecuencia y en momentos

importantes del proceso del encuentro. No es mi intención analizar cada uno de los nombres sino únicamente cinco que, a mi juicio, cobran valor no sólo por la constante presencia o por un valor bíblico-religioso que -de hecho- todos comparten, sino porque precisamente determinan la relación mística particular del alma de Teresa de Jesús y Dios, según lo expresado en las Moradas del Castillo Interior.

Hay dos nombres no incluidos en los cinco que tienen igual importancia: Jesús como LuUz y como Agua Viva. Sin embargo, las imágenes de luz-sol y agua ya las analicé en este mismo capítulo y por ello no me extenderé más en ellas. Desde luego, cobran un valor nuevo al ser además nombres que la Santa da a Cristo.

Veamos como lo expresa: "en estas primeras moradas aun no llega casi nada la luz que sale del palacio donde está el Rey" (1M 2, 14); "le ha dado el Señor mayor luz" (6M 1, 5); "dice el Señor que es luz" (6M 7, 6), como puede leerse en Jn 8, 12: "Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida."

Y respecto al Agua dice:

y no sed que puede sufrir, sino ya en tal término que con ninguna se le quitaría, ni quiere que se le quite, si no es con [...] el agua que dijo nuestro Señor a la Samaritana

(6M 11, 5)

¿qué hay de maravillar de deseos que tenga esta alma, pues el verdadero espíritu de ella está hecho uno con el agua celestial que dijimos?

(7M 2, 12)

En algunas de estas citas la Santa no se refiere explícitamente a Cristo con el título de luz o agua, pero sí de forma implícita: sobre todo, como dador de esa luz de vida y esa agua del cielo.

Otros nombres que santa Teresa da a Cristo son los siguientes:

Buen Pastor:

por su gran misericordia quiérellos tornar a El, y como buen pastor, con un silbo tan suave ... hace que conozcan su voz [...] y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores en que estaban enajenados, y métense en el castillo.

(4M 3, 2)

(El subrayado es mío en esta cita y las siguientes)

algunas veces, antes que se comienza a pensar en Dios, ya esta gente está en el castillo, que no sé por dónde ni cómo oyó el silbo de su pastor, que no fue por los oídos [...] más siéntese notablemente un encogimiento suave a lo interior

(4M 3, 3)

**Nuestro Bien
o Bien Nuestro:**

"pongamos los ojos en Cristo nuestro bien y allí depredaremos la verdadera humildad"

(1M 2, 11)

Porque la fe sin ellas las obras y sin ir llegadas al valor de los merecimientos de Jesucristo, Bien nuestro, ¿qué valor pueden tener, ni quién nos despertará a amar a este Señor?

(2M 1, 12)

"¡Oh Señor mío y Bien mío!"

(3M 1, 2)

**Amado, Verdadero Amador,
Mejor Amigo:**

Deshaciendome estoy, hermanas, por daros a entender esta operación de amor, y no sé cómo; porque parece cosa

contraria dar a entender el Amado claramente que está con el alma.

(6M 2, 3)

"en especial se le pone delante cómo nunca se quita de con él este verdadero Amador, acompañándole, dándole vida y ser."

(2M 1, 4)

"Luego el entendimiento acude con darle a entender que no puede cobrar mejor amigo"

(Ibidem)

y conozco algunas personas que me tienen harto lastimada, y he visto lo que digo, por haberse apartado de quien con tanto amor se le quería dar por amigo y mostrárselo por obras.

(4M 3, 10)

Consolador,

Sanador

(el que consuela, el que sana):

por amor de Dios, hermanas, nos aprovechemos de stas faltas para conocer nuestra miseria y ellas nos den mayor vista, como la dio el lodo del ciego que sanó nuestro Esposo;

(6M 4, 11)

encomendaos a la divina Majestad, que no consienta seáis engañadas [..] yo sé que el mesmo Señor, que anda con vos, os consolará y asegurará

(6M 8, 8)

Una gran ganancia saca el alma de esta merced del Señor, que es -cuando piensa en El u en su vida y Pasión- acordarse de su mansísimo y hermoso rostro, que es grandísimo consuelo [..] Yo os digo que hace harto consuelo y provecho tan sabrosa memoria.

(6M 9, 14)

que casi es lo ordinario con un arrobamiento grande u con alguna visión, adonde el verdadero Consolador la consuela y fortalece para que quiera vivir todo lo que fuera su voluntad.

(6M 11, 9)

"sólo el Criador es el que puede consolar y hartar su alma"

(6M 11, 10)

Redentor
(el que redime):

"¡Oh alma redimidas por la sangre de Jesucristo, entendedos y haved lástima de vosotras!"

(1M 2, 4)

Suma Verdad:

Acuérdate de Pilatos, lo mucho que preguntava a nuestro Señor cuando en su Pasión le dijo qué era verdad, y lo poco que entendemos acá de esta suma Verdad.

(6M 10, 6)

Verdadero Juez:

a quien con más mortificación y humildad y limpieza de conciencia sirviere a nuestro Señor, que ésa será la más santa; aunque la certidumbre poco se puede saber hasta que el verdadero Juez dé a cada uno lo que merece.

(6M 8, 10)

"¡Oh Señor, cómo os desconocemos los cristianos! ¿Qué será aquel día cuando nos vengáis a juzgar?"

(6M 9, 5)

Los cinco nombres en los que deseo reflexionar brevemente son:

Jesucristo

=Dios
=Hijo de Dios
=Camino, Guía, Maestro
=Rey
=Esposo

Jesucristo-Dios:

Para santa Teresa, Cristo es Dios, el Verbo, la Palabra; y en cuanto tal, es propia y perfectamente imagen y figura de Dios. Es parte de la Trinidad y en más de una ocasión la Santa lo reconoce en relaciones de identidad con las otras

dos Personas trinitarias. En las quintas moradas dice:

En una parte me parece he leído u oído que nuestra vida está escondida en Cristo u en Dios -que todo es uno- u que nuestra vida es Cristo.

(5M 2, 5)

Y más adelante:

se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres Personas [...] y por una noticia admirable que se da a el alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios ... Aquí se le comunican todas tres Personas y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: que venía El y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos.

(7M 1, 7)

Me parece que uno de los aspectos más importantes es la absoluta certidumbre o seguridad doctrinal manifiesta en unas cuantas líneas. En el contexto de la fe, hablar de Cristo como la tercera Persona de la Santísima Trinidad podría requerir páginas numerosas o extensos libros de teología o religión. Sin embargo, para nuestra autora la experiencia la conduce a afirmar lo que vive, tal y como lo vive, sin mayores consideraciones. En la cita anterior expresa la comprensión del misterio trinitario gracias a "una noticia admirable" (Ibidem), es decir, algo especial que se le revela al alma. En lo que podría considerarse la segunda parte de la cita vemos como no sólo se le muestran las tres Personas, sino que se comunican con ella, hablándole; pero. ¿qué es lo que tiene tanto valor para que Dios, en sus tres Personas, le hable? Nuevamente, en relación con el Evangelio, se le

confirma en palabras lo que experimentaba en hechos sobrenaturales: la presencia de Dios-Padre, Dios-Hijo y Dios-Espiritu Santo en el alma que le ama y guarda sus mandamientos.

Jesucristo-Hijo de Dios:

En relación estrecha con el nombre anterior, encontramos a Cristo presente como Hijo de Dios, como el amor encarnado y accesible de Dios al hombre. Esto significa que para santa Teresa, Cristo no sólo es una de las personas de la Trinidad, a saber, el Hijo, sino que es Hijo de Dios en el tiempo, como enviado por el Padre para dar a conocer y cumplir con el misterio de salvación del ser humano. Veamos como lo expresa la Santa desde su reflexión y su vivencia:

con el contento de ver nuestro remedio con su muerte y demostrar el amor que tenía a su Padre en padecer tanto por El, moderaría los dolores

(SM 2, 14)

¿qué sería a su Majestad viendose en tan gran ocasión para mostrar a su Padre cuán cumplidamente cumplía el obedecerle, y con el amor del Prójimo?

(Ibidem)

Por medio de estas líneas vislumbramos un rasgo que como Hijo de Dios, Cristo posee: la obediencia, la sumisión al plan del Padre; pero debemos advertir que es una obediencia por amor, no sólo a Dios, sino a los seres humanos.

El mismo Cristo hace partícipe a la Santa de ese ofrecimiento al Padre:

Dijole el mesmo Crucificado, consolándola, que El le dava todos los dolores y trabajos que havia pasado en su

Pasión, que los tuviese por propios para ofrecer a su Padre. Quedó aquel alma tan consolada y tan rica [...] que no se le puede olvidar

(6M 5, 6)

Y a ella misma se le hace bueno buscar la imitación del Señor:

por que no piense alguna que es para sólo regalar estas almas -que sería grande yerro-, que no nos puede Su Majestad hacérnosle mayor, que es darnos vida que sea imitando a la que vivió su Hijo tan amado;

(7M 4, 4)

Y cuando habla de la meditación dice, entre otras cosas: "comenzamos a pensar en la merced que nos hizo Dios en darnos a su único Hijo" (6M 7, 10). Cristo, como Hijo de Dios, es un obsequio que Dios hace al hombre: "no ha menester el Señor hacernos grandes regalos, para esto basta lo que nos ha dado en darnos a su Hijo que nos enseñase el camino" (5M 3, 7).

También como Hijo, Cristo es imagen y figura del Padre. A este respecto la Santa afirma: "El mesmo Señor dice: 'Ninguno subirá a mi Padre sino por mí' [...] y 'quien me ve a Mí, ve a mi Padre'." (2M 1, 12) Y en las sextas moradas: "también dice el Señor [...] que no puede ninguno ir a el Padre sino por El, y quien me ve a mí ve a mi Padre" (6M 7, 6). Es interesante ver como dice exactamente lo mismo (misma referencia bíblica) casi al principio de su obra y en una de las partes medulares de la misma. Esto es apropiarse de las palabras evangélicas desde la propia vivencia y con la seguridad y contundencia que ésta le otorga. Además, subraya el valor de Cristo como aquel que señala el camino y su identificación con Dios-Padre. Así como se establece esta

identidad, así el alma vacía de sí misma permite lo que puede llamarse su divinización. Afirma nuestra autora:

en vaciando todo lo que es criatura y deshaciéndonos de ella por amor de Dios, el mismo Señor la ha de henchir de Sí [...] una vez Jesucristo [...] dijo que fuesen una cosa con el Padre y con El como Jesucristo nuestro Señor está en el Padre y el Padre en El.

(7M 2, 9)

Por otro lado, ya he mencionado cuán importante es para Santa Teresa, la humanidad de Jesucristo aun en los grados más elevados de la oración; es evidente, por tanto, que ambos aspectos (divinidad y humanidad) sean valiosos en la reflexión de Cristo en toda su persona. Si bien estos aspectos se consideran de forma indirecta por medio de los diversos nombres y atributos, la Santa menciona dos veces esta característica dual que -por cierto- ha sido objeto de numerosas discusiones en medios ateos, racionalistas y de otras religiones.

En las sextas moradas podemos leer: "es muy continuo no se apartar de andar con Cristo nuestro Señor por una manera admirable, adonde divino y humano junto es siempre su compañía" (6M 7, 9); y un poco después, cuando se refiere a la conveniencia de reflexionar sobre la humanidad del Señor, y habla de la inseguridad primera de los Apóstoles cuando el Señor acababa de morir, afirma:

Creo queda dado a entender lo que conviene -por espirituales que sean- no huir tanto de las cosas corpóreas [...] Alegan lo que el Señor dijo a sus discípulos, que convenía que El se fuese [...] A usadas que no lo dijo a su Madre sacratísima, porque estava firme

en la fe, que sabía que era Dios y hombre [...] No debían estar entonces los Apóstoles tan firmes en la fe como después estuvieron

(6M 7, 14)

Finalmente, así como la Santa expresa su deseo de lograr más alabanzas hacia Dios con la lectura de su obra, así también deseaba alabanza y gloria para Cristo, y que le supieran amar de verdad:

Quizá no sabemos qué es amar [...] está en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios y procurar en cuanto pudiéremos no le ofender y rogarle que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo

(4M 1, 7)

Jesucristo-Camino, Guía, Maestro:

He puesto estos tres nombres agrupados como si fueran uno sólo a causa de la cercanía que tienen entre sí sus significados, aunque habría que precisar a qué se refieren exactamente. Camino es el sitio por donde se transita para ir de un lugar a otro, o el medio para hacer o conseguir alguna cosa; guía es la persona que conduce, orienta y enseña a otra el camino; finalmente, maestro es quien enseña un oficio, arte o ciencia, o tiene título para hacerlo (según la Enciclopedia del Idioma de Martín Alonso).

24

En lo que aquí interesa, Cristo es quien toma los atributos mencionados: en primer lugar, Cristo es el medio por el cual los hombres alcanzan al Padre: el el Camino (Jn 14, 6); es Él quien conduce y orienta según sus mandamientos y enseñanzas (por ejemplo, el mandamiento del amor al prójimo o el Sermón

de la Montaña); y es maestro por ser aquel que enseña toda una forma de vivir y relacionarse con el mundo y los semejantes, llevando la Buena Nueva a los hombres; es maestro de la humanidad. Precisamente, "cuando Teresa nos habla del magisterio de Cristo está pensando en categorías de revelación de Jesús, al revelarnos el misterio de Dios es el único y verdadero maestro"; entonces, ¿en qué consiste principalmente su enseñanza? En esto: "manifestarse a sí mismo, lugar en donde se halla plasmado el plan de Dios sobre nosotros". En este sentido, Cristo es el Maestro, tal y como está manifestado en la Sagrada Escritura. Veamos ahora como expresa la Santa estos atributos:

si pierden la guía -que es el buen Jesús-, no acertarán el camino [...] porque el mismo Señor dice que es camino [...] y que no puede ninguno ir a el Padre sino por El
 (6M 7, 6)

"El mismo Señor dice: 'Ninguno subirá a mi Padre sino por mí'."

(2M 1, 12)

no ha menester el Señor hacernos grandes regalos, para esto basta lo que nos ha dado en darnos a su Hijo que nos enseñase el camino

(5M 3, 7)

(Esta cita también la presenté cuando hablé de Cristo como el Hijo de Dios.)

"yo siempre escogería el camino de padecer, siquiera por imitar a nuestro Señor Jesucristo"

(6M 1, 7)

En las palabras anteriores puede verse lo que corresponde a una de las acciones propias de un discípulo: la imitación de su maestro. Más adelante habla sobre aquello que se le enseña

al alma:

acá en este mundo interior se hace gran movimiento; y en un punto [...] queda todo sosegado, y esta alma tan enseñada de unas tan grandes verdades, que no ha menester otro maestro;

(6M 9, 10)

"Pasa con tanta quietud y tan sin ruido todo lo que el Señor aprovecha aquí a el alma y la enseña"

(7M 3, 11)

Cuando está por terminar las séptimas moradas, la Santa hace una referencia bíblica explícita sobre Marta y María y sobre una mujer "pecadora pública", como dice el Evangelio de san Lucas (7, 36-38): menciona su mortificación de ver como odiaban a su Maestro y luego, el verlo morir y estar ausentes de Él (7M 4, 15). Al llamarlo Maestro, está subrayando el valor de las cualidades que como tal tiene el Señor, en relación con el dinamismo del camino viviente, justo como Él lo enseña.

Jesucristo-Rey:

En primera instancia, este nombre se encuentra ubicado en la alegoría del castillo interior: el alma tiene alguien que la habita. El alma es un castillo y quien vive ahí es el Rey; desde luego, en las moradas principales (1M 2, 12; 3M 1, 6; 4M 1, 2). Pero hablar de Cristo-Rey en la espiritualidad teresiana de las Moradas es también hablar de la dignidad de Jesucristo, de su gloria y soberanía; desde el punto de vista ontológico, es dueño y Señor de todo por la creación. Asimismo, al ser Rey, por su cruz y resurrección, la realeza

se inscribe en el ámbito de la salvación. Por su triunfo sobre la cruz, adquiere la gloria de la resurrección de la que nos hace partícipes al rescatarnos para Dios; por ello podemos hablar de una realeza espiritual. Para la Santa, El es el Rey con quien va a desposarse el alma (6M 4, 2); y en esa majestad es también buen pastor (4M 3, 2); es aquel que merece reverencia (6M 9, 13); es "nuestro Rey y Señor" (7M 2, 10). El uso continuo de la frase "Su Majestad" resalta en la relación alma-Cristo y establece ciertos elementos como el respeto, la humildad, el servicio (atención) mutuo -pero a diferentes niveles- entre el siervo y el Señor. La Santa le llama: el Señor, nuestro Señor, mi Señor y Señor mío; con estas últimas frases establece también cierto carácter de pertenencia, de cercanía y hasta de fidelidad en su sentido personal. Todos éstos son aspectos que caracterizan dicha relación y van más allá de lo simbólico.

Jesucristo-Esposo:

Santa Teresa sigue la línea tradicional de llamar a Cristo Esposo y la Biblia se presenta como la fuente de mayor influencia, sobre todo el Cantar de los Cantares y el Evangelio de san Juan. Para la Santa, el Esposo del Cantar es Cristo y como Esposo es una verdadera realidad con el cual establece una verdadera y auténtica alianza, que implica una comunión de vida igual. Más aún, el término para nuestra autora significa designio de salvación, humanización de Dios (humillación, abajamiento, exaltación y gloria), proximidad y

relación amorosa (fidelidad, entrega, compromiso, intimidad, confianza). Veamos ahora las palabras de la Santa:

abrazaos con la cruz que vuestro Esposo llevó sobre Sí y entended que ésta ha de ser vuestra empresa; la que más pudiere padecer que padezca más por El y será la mejor librada.

(2M 1. 7)

En las quintas y sextas moradas aparece con mucha frecuencia el término Esposo, pero también -claro- encontramos al alma como esposa: "¿No havéis oído [...] de la esposa, que la metió Dios a la bodega del vino y ordenó en ella la caridad?" (5M 2, 12); "porque el alma que ha pretendido ser esposa del mesmo Dios y tratándose ya con su Majestad [...] no se ha de echar a dormir" (5M 4, 10); "roba Dios toda el alma para sí y [...] como cosa suya propia y ya esposa suya, la va mostrando alguna partecita del reino que ha ganado" (6M 4, 9); "¿en qué nos detenemos?, ¿qué es bastante para que un memento dejemos de buscar a este Señor, como lo hacía la esposa por barrios y plazas?" (6M 4, 10); "Estas son las joyas que comienza el Esposo a dar a su esposa" (6M 5, 11); "es menester que la busquemos la preencia de Dios [...] como lo hacía la esposa en los Cantares" (6M 7, 9); "De estas mercedes hace nuestro Señor a el alma, porque como a verdadera esposa, le quiere dar alguna noticia [...] de sus grandezas" (6M 10, 9); "Cuando nuestro Señor es servido haver piedad de lo que padece y ha padecido por: su deseo esta alma, que ya espiritualmente ha tomado por esposa [...] métela en su morada, que es esta séptima" (7M 1, 3). El alma está en

verdad "tan enamorada" y "rendida al Esposo" (SM 4, 4 y 5); por ello busca a su Señor, hace cosas por El, sufre por amor y recibe mercedes de quien finalmente la toma por esposa en matrimonio espiritual. Dice la Santa:

No penséis que no ha de costar algo y que os lo havéis de hallar hecho. Mirad lo que costó a nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte la murió tan penosa como muerte de cruz.

(SM 3, 12)

El alma se va determinando a "hacer en todo la voluntad de su Esposo" (SM 4, 4) y llega a entender "quien es este Esposo que ha de tomar" (Ibidem). No se puede descuidar; debe esforzarse en servir a su Señor; a este respecto afirma poco después: "descanso sería que no se acabase la vida hasta la fin del mundo, por trabajar por tan gran Dios y Señor y Esposo" (SM 4, 12). Nótese esta conjunción de términos donde se habla de Cristo como Dios, como Rey y como Esposo, un una grandeza singular y evidente para quien vive la experiencia.

Como hemos visto, en las sextas moradas el alma "ya queda herida del amor del Esposo" (6M 1, 1); es una vivencia que causa dolor y gozo, y que el "Esposo [...] le hace bien desear" (6M 2, 1). Lo que ocurre después es una "operación de amor" (6M 2, 3) en donde el alma "quédase con palabras de amor [...] a su Esposo" (6M 2, 2). El es "el Amado" (Ibidem) y en verdad se hace sentir (6M 2, 8). Todo lo que ocurre al alma,

es para más desear gozar a el Esposo. Y su Majestad, como quien conoce nuestra flaqueza, vala habilitando [...] para que tenga ánimo de juntarse con tan gran Señor y tomarle por Esposo.

(6M 4, 1)

Como Esposo, Cristo "arrebata el alma" (6M 4, 13) y la consuela cuando estos éxtasis quedan a la vista de otros y causan murmuración. La Santa considera que el Señor desea que todos comprendan que esa alma es ya suya, y El "la amparará de todo el mundo" si ella no se aparta de su Esposo" (6M 4, 16). Como tal, Cristo da también "joyas a su esposa" (6M 5, 11) y le otorga gracia para que nos las pierda. ¿Qué joyas? Conocimiento de la grandeza de Dios, propio conocimiento y humildad, y considerar en muy poco las cosas terrenales, excepto aquellas por las cuales se puede servir a Dios. El alma -como esposa- está preparada para el matrimonio espiritual: habiéndolo explicado en otro capítulo, sabemos que el Señor consuma la unión y se le muestra por visión intelectual (7M 1, 7).

Me parece interesante señalar ahora ciertas palabras que la Santa escribió en noviembre de 1572 -cinco años antes de escribir las Moradas, cuando recibió la merced del matrimonio espiritual- y que en la edición que manejo aparecen en las Cuentas de conciencia (Relaciones, número 29):

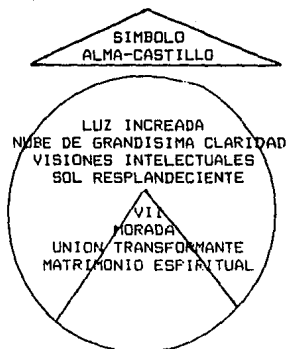
representóseme por visión imaginaria [...] y díjome: "Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy; hasta ahora no lo havías merecido; de aquí en adelante, no solo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra es ya tuya y la tuya mía".

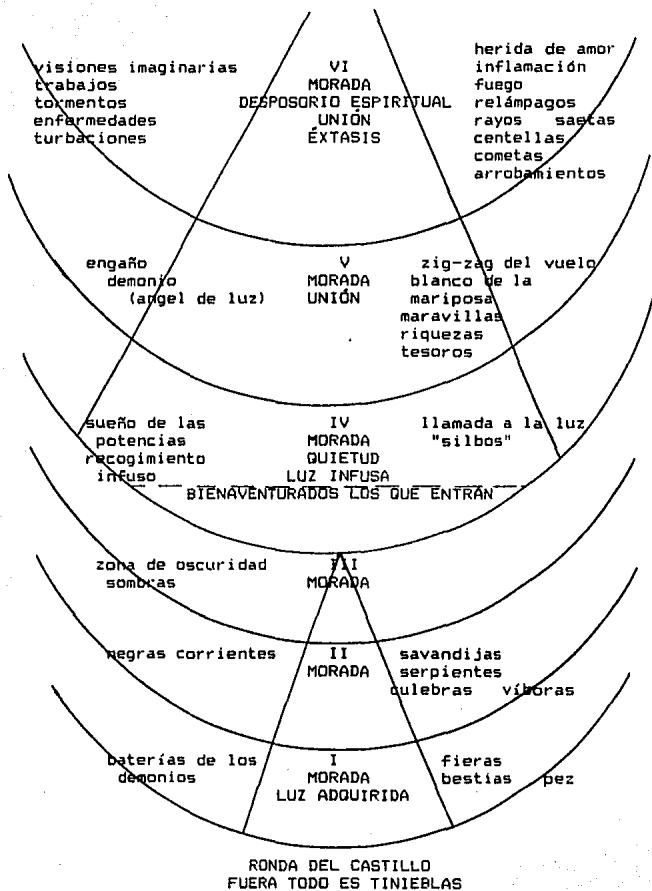
Llamo la atención sobre las palabras: como Criador, como Rey y tu Dios, como verdadera esposa; ellas dejan entrever la multiplicidad de atributos que Cristo posee y lo que realmente era y significaba para la Santa y, por otro lado, me llevan a pensar en la pertinencia de las frases 'Teresa de Jesús' y -en el contexto alma-esposa, Cristo-Esposo- 'Jesús de Teresa', o ¿acaso no le dijo el Señor: "mi honra es ya tuya y la tuya mía" (Ibidem)?

NOTAS AL CAPÍTULO CUARTO

- 1 Mancini, Guido. "Tradición y originalidad en el lenguaje coloquial teresiano" en Actas del Congreso Internacional Teresiano. Salamanca: Universidad de Salamanca. Universidad Pontificia de Salamanca. Ministerio de Cultura. 1983. p. 479
- 2 Fernández, Angel Raimundo. "Génesis y estructura de 'Las Moradas del Castillo Interior'." En Actas del Congreso Internacional Teresiano. Salamanca: Universidad de Salamanca. Universidad Pontificia de Salamanca. Ministerio de Cultura. 1983. p. 611
- 3 Mancini, Guido. "Tradición y originalidad en el lenguaje coloquial teresiano". Op. cit., p. 479
- 4 Ibid., p. 493
- 5 Fernández, Angel Raimundo. "Génesis y estructura de 'Las Moradas del Castillo Interior'." Op. cit., p. 616
- 6 Mancini, Guido. "Tradición y originalidad[...]" Op. cit. p. 488
- 7 Ibidem
- 8 Urbano, Luis. Las analogías predilectas de Santa Teresa de Jesús. pp. 135. 136. Apud El Lenguaje de los Escritores Místicos de Rafael López. Romae: Pontificia Facultad Theologica Institutum Spiritualitatis Teresianum. 1972. p. 32
- 9 Fernández, Angel Raimundo. "Génesis y estructura [...]" Op.

- cit., p. 626
- 10 Ibid., p. 623
- 11 Lewis, C.S. Mimesis. La representación de la réalité dans la litterature occidentale. Apud "Génesis y estructura[.]" de A.R. Fernández. Op. cit., p. 626
- 12 Fernández, Angel Raimundo. "Génesis y estructura[.]" Op. cit., p. 626
- 13 Ibid., p. 627
- 14 Ibid., p. 628
- 15 Middleton, J. John Clare and other Studies. p. 92. Apud "Génesis y estructura[.]" de A.R. Fernández. Op. cit. p. 627
- 16 Fernández, Angel Raimundo. "Génesis y estructura[.]" Ibidem
- 17 Andueza, María. Aqua y Luz en Santa Teresa. México: Universidad Nacional Autónoma de México. 1985. p. 174
- 18 Vale la pena transcribir lo esencial de la gráfica de los siete círculos de luz, presentada por María Andueza en Aqua y Luz en Santa Teresa. Ibid., p. 175





- 19 Ibid., pp. 100-102
- 20 Ibid., p. 102
- 21 Fernández, Angel Raimundo. "Génesis y estructura[.]" Op. cit. p. 630
- 22 Cfr. Ibid., p. 631
- 23 Ibidem
- 24 Alonso, Martín. Enciclopedia del Idioma. México: Editorial Aguilar. 1991. pp. 879, 2203, 2648
- 25 Castro, Secundino. Cristología teresiana. Madrid: Editorial de Espiritualidad. Redes # 5. 1978. p. 339
- 26 Ibidem

CONCLUSIONES.

I

Teresa de Jesús fue una mujer excepcional que respondió de forma singular al llamado de la fe. De carácter extrovertido, firme, perseverante, valeroso y emprendedor, fue mujer de Dios y mujer del mundo; lo primero, por su experiencia mística ubicada en el nivel más alto de la espiritualidad cristiana y, lo segundo, por su inmersión y relación con las circunstancias religiosas, sociales y políticas de su época. Su obra, plasmada en la viva presencia de los conventos de Carmelitas Descalzas y, asimismo, en textos que nos hablan desde hace cuatro siglos, revela una mística contemplativa y activa a la vez. Si bien santa Teresa recibió influencias importantes de franciscanos, jesuitas y dominicos, así como de la llamada religiosidad popular o tradicional, más adelante supo encontrar un camino espiritual propio, sobre todo en su papel como fundadora y reformadora. La famosa segunda conversión de 1554, marcó la diferencia fundamental en su modo de vivir el evangelio y en su relación personal con Dios. Su obra escrita nos da testimonio de ello y nos permiten considerarla protagonista esencial en la historia de la literatura mística en España. Según Pedro Sainz Rodríguez, "su obra representa el mejor inventario y estudio de todos los estados y matices de las almas en este gran camino y lucha de su unión con Dios". Si no fuera por este legado no tendríamos sino testimonios de contemporáneos suyos y desde luego, la presencia conventual. En otras palabras, Teresa de

Jesús, además de alcanzar la gracia del matrimonio espiritual que habla de su vida oracional comprometida y profunda, contemplativa, llevó a cabo una importante reforma en la vida religiosa de la Orden del Carmen, del siglo XVI. Y lo que causa, asimismo, admiración es el talento que mostró para llevar a la palabra escrita vivencias que van más allá del mundo sensible y de la razón; aquello que tiene un referente inusual, por desconocido, impalpable, inefable: justamente, Dios, aunque con Cristo como mediador.

II

Las Moradas del Castillo Interior es el texto más importante escrito por la Santa, en relación con la oración. En las tres primeras moradas, la participación del ser humano es definitiva: el alma entre en sí misma por medio de la oración, se recoge y procura estar en presencia de Dios. Pero su relación con la divinidad se da con la mediación de Jesucristo, como afirmé líneas atrás. Son los momentos de hacer consciente a quién nos estamos dirigiendo y quiénes somos frente a Dios. Esta etapa oracional es difícil puesto que el alma tiene todavía cosas que no le permiten centrar su atención en la morada principal. Y mucho peor es la situación de quienes están en pecado mortal, pues aunque tengan a Dios en su interior, la luz y el calor divinos no tienen ningún efecto en esta persona. Se requiere perseverancia y determinación, humildad y amor. El Señor hace su llamado por

medio de sermones, buenos libros o enfermedades y penas y el alma debe procurar responder evitando cualquier ofensa al Señor. La tercera morada marca el final de lo que podría considerarse la vida ascética en el seguimiento y la imitación de Jesucristo de una manera vital.

Mientras que en las cuartas moradas el alma llega a la oración de quietud y Cristo destaca como Agua viva, como símbolo de la gracia y la vida, en las quintas moradas estamos ante la anulación total de cualquier sentido o potencia, como la imaginación, la voluntad, la memoria y el entendimiento y el alma experimenta la oración de unión. Se da una participación intensa en las perfecciones divinas y Cristo continúa siendo quien atrae al alma principalmente, ahora de manera más específica, pues la Santa lo llama ya Esposo (5M 3, 12).

En las sextas moradas la figura de Cristo como centro estructurador destaca más aún que en las otras: el alma está ya enamorada, pero el Señor desea enamorarla totalmente en la purificación y en el amor para unirla a sí en el desposorio espiritual. El alma padece aquí trabajos, tormentos y enfermedades, pero también tiene visiones, hablas, silbos, éxtasis y arrobam +X'X Santa Teresa insis'

mucho en la necesidad de reflexionar y meditar en la humanidad de Cristo aun en este nivel de oración. Como afirma Secundino Castro. "con este capítulo Teresa dejó perfectamente clarificada la dirección cristológica de toda su doctrina".

Finalmente en las séptimas moradas el alma llega al matrimonio espiritual, donde se deja traslucir un verdadero humanismo cristiano. El ser humano se reviste de Cristo y esto lo introduce al misterio trinitario. Cuando santa Teresa va ascendiendo en su vida oracional, conoce y experimenta vitalmente -en todo su ser- el misterio o la persona de Jesucristo y esto hace del Señor, el centro estructurador de la obra en cuestión.

III

Las Moradas, como obra de madurez, es una muestra de lo que fue toda la espiritualidad de la Santa: una cristología de la existencia; esto es, un modo de vivir la religión -fundamentalmente- en, por y con Cristo. Es Él quien permitió a santa Teresa encontrar la verdadera explicación de su 'yo'. Hay que destacar que en dichas obras, hay más de ochenta referencias bíblicas explícitas, de las cuales el setenta por ciento son alusiones directas a los Evangelios y a la persona de Cristo. Veamos brevemente el pensamiento cristológico de la Santa como está expuesto en el tercer capítulo de este trabajo:

1. En Cristo se encuentra nuestro acceso a Dios: el Señor es la puerta para aquellos que buscan a Dios; es Jesús, Dios y hombre verdadero, y el alma humana está hecha a su imagen y semejanza.
2. Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida. (Triptico de San Juan.) Es Camino desde el momento en que el creyente responde

al llamado evangélico y busca ese seguimiento en la imitación y en la comunión. La vida de oración que la Santa expone en las Moradas es precisamente una forma de respuesta a ese llamado. También es Camino en tanto es Mediador entre Dios y los hombres. Es Verdad en cuanto que es el Verbo de Dios encarnado. Y es Vida puesto que vive en el corazón del creyente; además es Pan de vida eterna y Fuente de Agua viva (Jn 6. 35; 7, 37-38).

3. Cristo es la Luz. Las Moradas son un testimonio del modo como Jesús-Luz iluminó el alma y todo el ser de santa Teresa. También con apoyo evangélico, la Santa explica como esa luz que proviene del centro puede dispararse y proyectarse en todos los sentidos conforme el alma se va aproximando a la morada principal y según el Señor la vaya metiendo a su morada.

4. La Encarnación del Verbo como categoría universal. En el plano intelectual, a la Santa se le revela el misterio de la Encarnación, tal y como lo manifiesta en las Cuentas de conciencia. En relación con sus experiencias y su sentir, Jesucristo está a niveles de igualdad de naturaleza, como puede verse en los modos como la Santa lo llama.

5. La Pasión y Resurrección: fundamento de la espiritualidad teresiana y medio para conocer al Señor. Si bien toda la vida de Jesucristo es paradigma absoluto de vida para la Santa, es sobre todo la pasión del Señor y su resurrección la base de la espiritualidad teresiana. A lo largo de las Moradas podemos constatar las continuas referencias a la

Cruz, al Crucificado, a vencer los obstáculos con las armas de la Cruz, al modo como Jesucristo padeció por nosotros y el amor que nos tenía al aceptar ese padecer; nos invita a imitar ese padecer por amor, no por resignación. En la segunda morada hay una importante aseveración de cómo la pasión y muerte de Cristo son caminos que nos permiten conocerlo. Hay una fuerte invitación a reflexionar y meditar esos aspectos de la vida del Señor que -según la Santa- nos permitirán conocer a Cristo y comprender -aunque nunca totalmente- su presencia en la historia humana, su mesianismo. Aun en los grados más elevados de oración el alma debe considerar los sufrimientos del Señor, su muerte y todo lo que significa para la vida humana. No puede haber contemplación perfecta, afirma la Santa en las sextas moradas, si no se piensa en todo esto, si no se le tiene presente muchas veces. Asimismo, la fuerza de lo que significó la resurrección de Cristo en la vida espiritual de santa Teresa, se vislumbra sobre todo en los momentos en que llega a la cima de su relación con Dios: el matrimonio espiritual. Es en los instantes previos y en dicha unión cuando el Señor se le hace presente en la gloria de la resurrección. Una vida renovada, transformada, y nuestra propia victoria sobre la muerte tienen que ver que esa muerte y resurrección. La Pasión y Resurrección fundamentan toda una manera de orar, de pensar y de ser. La espiritualidad de Teresa de Jesús se trasciende a sí misma al plano de la vida cotidiana, de las relaciones humanas, de su situación

individual e histórica y en todo ello, Cristo siempre aparece como línea rectora, como piedra angular.

IV

La prosa teresiana en las Moradas se caracteriza por su forma coloquial; hay un yo narrativo que lleva toda la carga subjetiva de la Santa y que imprime mayor fuerza a lo que se quiere comunicar.

El marco global que encuadra la exposición de las Moradas es la alegoría del castillo. Es el fundamento para iniciar y es el cauce que estructura la obra; pero si en las primeras moradas aparece la descripción de esta alegoría, más adelante es tan sólo el marco referencial. Esta alegoría, junto con la del desposorio y matrimonio espirituales se encuentra inserta en un proceso simbólico específico en el que sucede lo siguiente: va disminuyendo el valor estructural de la alegoría ante el predominio de la experiencia; hay una presencia importante de símbolos y se revela una seguridad doctrinal surgida de los efectos de tales vivencias. Conforme avanza el proceso simbólico, predomina la expresión sobre la declaración; el sentir y el representar, sobre el entender y el discurrir.

El proceso simbolizador que se refiere a las relaciones entre Dios y el alma, se agrupa en torno de cuatro núcleos: precisamente los apenas mencionados, por un lado, y el amor y lo terreno, por otro lado. La Santa crea un sentido de

unidad por medio del uso de imágenes conectadas unas con otras: existe un conjunto de variables que se unen a la sensibilidad de nuestra autora y a una intimidad expresa en la subjetividad de las moradas, especialmente la sexta y la séptima.

Además, podemos destacar tres imágenes metafóricas clave, en torno a las cuales giran, se relacionan o se organizan otras imágenes: la imagen de Sol (luz y fuego, rayos, cometa; oscuridad, sombra, tinieblas); la de agua (ola, río, mar, tempestad, pozo, manantial, leche, vino, sed, embriaguez; cieno); y, finalmente, la de vuelo (palomica, mariposita, mariposilla, mariposica; gusano de seda)

Por otro lado, santa Teresa busca, por medio de la imagen, expresar y definir a ese ser supremo con múltiples y profundas significaciones y quien en el contexto teresiano es Dios y hombre verdadero. Al nombrarlo de una forma específica, la Santa concede a Cristo ciertos atributos que hacen que el Señor tome funciones determinadas a lo largo del camino de oración. Los nombres analizados en el último capítulo son:

Jesucristo
 = Dios
 = Hijo de Dios
 = Camino, Guía, Maestro
 = Rey
 = Esposo

En la revisión de estos títulos he podido constatar la relación directa que guardan con las imágenes metafóricas clave y el modo como la figura de Cristo estructura las vivencias y relaciones en el camino de oración. Sin duda, la

espiritualidad teresiana es una espiritualidad de experiencia, y toda experiencia postula la presencia de lo que se experimenta; en este caso, es la persona del Señor la que se revela como centro de lo que se vive. En las séptimas moradas santa Teresa se ha revestido de Cristo y por ello participa del misterio trinitario.

NOTAS A LAS CONCLUSIONES

- 1 Sainz Rodríguez, Pedro. Introducción a la Historia de la Literatura Mística en España. Madrid: Editorial Espasa-Calpe. Colección Espasa Universitaria # 18. 1984. p. 244
- 2 Castro, Secundino. Cristología teresiana. Madrid: Editorial de Espiritualidad. Redes # 5. 1978. p. 112

BIBLIOGRAFÍA

Obras de Santa Teresa

Santa Teresa de Jesús. Obras Completas. 8ava. edición. Madrid: Editorial Católica. Biblioteca de Autores Cristianos, no. 212. 1986.

Estudios sobre Santa Teresa

Andueza, María. Aqua y Luz en Santa Teresa. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Cuadernos del Instituto de Investigaciones Filológicas, no. 9. 1985.

Auclair, Marcelle. Vida de Santa Teresa de Ávila. La andariega de Dios. Buenos Aires: Editorial Losada. 1954.

Cámara Menendez, Ana María. Los símbolos de la luz en Las Moradas de Santa Teresa. Tesis de licenciatura. México: Universidad Nacional Autónoma de México. 1986.

Castro, Secundino. Cristología Teresiana. Madrid: Editorial de Espiritualidad. Colección Redes, no. 5. 1978.

Fulop-Miller, René. Teresa de Avila: la santa del éxtasis. Madrid: Editorial Espasa-Calpe. 1964.

Efrén de la Madre de Dios, O.C.D. y Otger Steggink, O.C. Tiempo y Vida de Santa Teresa. 2a. edición. Madrid: Editorial Católica. Biblioteca de Autores Cristianos, no. 283. 1977.

Egido, Teófanos, et.al. Perfil Histórico de Santa Teresa. Salamanca: Editorial de Espiritualidad. Colección Redes, no. 11. 1981.

García de la Concha, Víctor. El arte literario de Santa Teresa. Barcelona: México: Editorial Ariel. 1978.

Herráiz García, Maximiliano. La oración, historia de amistad. 3a. edición. Madrid: Editorial de espiritualidad. 1985.

_____. Sólo Dios Basta. 3a. edición. Madrid: Editorial de Espiritualidad. 1982.

Ildefonso de la Inmaculada, O.C.D. Las Moradas de Santa Teresa, camino de amor. Madrid: Editorial de Espiritualidad. 1982.

Javierre, José María. Teresa de Jesús, aventura humana y sagrada de una mujer. 5a. edición. Salamanca: Ediciones Sígueme. 1978.

Martín del Blanco, Mauricio, O.C.D. Teresa de Jesús. En la realidad de "nuestro barro". Burgos: Editorial Monte Carmelo. Colección Karmel, no. 10. 1982.

Artículos sobre Santa Teresa

Los siguientes artículos fueron tomados de:

Actas del Congreso Internacional Teresiano, del 4-7 de octubre de 1982. Volumen II. Edición dirigida por Teófanos Egidio Martínez, Víctor García de la Concha y Olegario González de Cardedal. Salamanca: Universidad de Salamanca. Universidad Pontificia de Salamanca. Ministerio de Cultura. 1983.

Castro, Secundino. "La experiencia de Cristo, centro estructurador de 'Las Moradas'."

Fernández, Angel Raimundo. "Génesis y estructura de 'Las Moradas del Castillo Interior'."

Fiasche, Hans. "El problema de la certeza en el 'Castillo Interior'."

García de la Concha, Víctor. "Mística, estética y arte literario en Teresa de Jesús."

Jiménez Duque, Baldomero. "La oración, lugar privilegiado para la experiencia."

Mancini, Guido. "Tradición y originalidad en el lenguaje coloquial teresiano."

Márquez Villanueva, Francisco. "El símil del Castillo Interior: sentido y génesis."

Vázquez Fernández, Antonio. "Las 'Moradas del Castillo Interior' como proceso de individuación."

Obras de Consulta General

Biblia de Jerusalén. Editorial Desclee de Brouwer. Bilbao: 1975.

Diez-Echarri, Emiliano y Roca Franquesa, José María. Historia de la literatura Española e Hispanoamericana. 2a. edición. Madrid: Editorial Aguilar. 1972.

Duquoc, Christian. Cristología. Ensayo dogmático sobre Jesús de Nazaret El Mesías. 5a. edición. Trad. Alfonso Ortiz García. Salamanca: Editorial Sígueme. Colección Lux Mundi, no. 34. 1985.

Eco, Umberto. Cómo se hace una tesis. 6a. edición. Versión castellana de Lucía Baranda y Alberto Clavería. México: Editorial Gedisa. Colección Libertad y Cambio. 1986.

Fray Luis de León. De los nombres de Cristo. Barcelona: Editorial Bruquera. 1975.

Grupo p . Retórica General. Trad. Juan Victorio. España: Editorial Paidós. Grupo Paidós Comunicación. 1987.

Küng, Hans. 20 tesis sobre ser cristiano. 2a. edición. Trad. José María Bravo Navalpotro. Madrid: Ediciones Cristiandad. Colección El libro de Bolsillo Cristiandad, no. 45. 1977.

López L., Rafael, M.Sp.S. El Lenguaje de los Escritores Místicos. Romae: Pontificia Facultas Theologica Institutum Spiritualitatis Teresianum. 1972.

Nicol, Eduardo. La vocación humana. México: El Colegio de México. 1953.

Sainz Rodríguez, Pedro. Introducción a la Historia de la Literatura Mística en España. Madrid: Editorial Espasa-Calpe. Colección Espasa Universitaria, no. 18. 1984.

Xirau, Ramón. De mística. México: Editorial Joaquín Mortiz. Cuadernos de Joaquín Mortiz. 1992.

Diccionarios y Enciclopedias

Abbagnano, Nicola. Diccionario de Filosofía. 2a. edición. Trad. Alfredo N. Galletti. México: Fondo de Cultura Económica. 1983.

Alonso, Martín. Enciclopedia del Idioma. México: Editorial Aguilar. 1991.

Bouyer, L. Diccionario de Teología. 6a. edición. Trad. Francisco Martínez. Barcelona: Editorial Herder. 1990.

Brugger, Walter. Diccionario de Filosofía. 2a. edición. Trad. José María Vález Cantarell. Barcelona: Editorial Herder. 1958.

Léon-Dufour, Xavier. Vocabulario de Teología Bíblica. 11a. edición. Versión de Alejandro Esteban Lator Ros. Barcelona: Editorial Herder. Sección de Sagrada Escritura. Volumen no. 66. 1980.

Royston Pike, Edgar. Diccionario de Religiones. Trad. Mateo Hernández Barroso. México: Fondo de Cultura Económica. 1986.

APÉNDICE

GLOSARIO DE TERMINOLOGÍA MÍSTICA TERESIANA

A

ALMA. De modo general, se entiende por alma el principio inmaterial de la vida, de la sensibilidad y de las actividades espirituales, que constituye una sustancia por sí misma. Para santa Teresa, la concepción del alma tiene una herencia platónica en cuanto a la idea dualista del ser humano, formado de cuerpo y alma. En principio, afirma, sabemos que tenemos alma porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe. Compara al alma con un castillo de diamante o de cristal, con muchos aposentos o moradas, en lo alto, en lo bajo, en los lados y en el centro (la principal), y considera al cuerpo como la cerca de dicho castillo. Esto implica que la materia encierra al espíritu y que éste alcanza la plenitud en Dios por la contemplación. Tal idea tiene su origen en la filosofía de Plotino, derivada de la de Platón. El alma es, entonces, el lugar de encuentro entre el hombre y Dios. La morada principal es el sitio donde pasan las cosas secretas entre ambos. Además, la Santa afirma que el alma del hombre justo es un paraíso donde Dios tiene sus deleites (Prov. 8, 31). También dice que el alma es una perla oriental, un árbol de vida; estos nombres remiten a la Sagrada Escritura.

ARREBATAMIENTO. Ver arrobamiento, vuelo del espíritu.

ARROBAMIENTO. El arrobamiento se da durante el desposorio espiritual. Es un estado en el cual el alma queda en suspensión, abrasada en el amor del Señor, y las potencias y los sentidos están nulificados, como inexistentes. En este momento, el Señor le muestra algunos secretos que nunca se olvidan, ya sea en visión imaginaria, ya sea en visión intelectual. Esto sucede cuando el alma se encuentra en las sextas moradas. Cfr. éxtasis, raptó, vuelo del espíritu.

ASCÉTICA. De modo general, la ascética se refiere al conjunto de problemas que plantea el desarrollo de la vida espiritual, en sus primeras etapas. En los padres de la Iglesia, llegó a significar ciencia teológica de un combate espiritual; éste se refiere a los esfuerzos que hace un cristiano en la lucha contra aquello que lo aleje del ideal de perfección cristiana postulado en los evangelios. Para santa Teresa, la ascética constituye dicho esfuerzo humano apoyado enteramente en la gracia, por la fe, que es el don esencial de ésta. El camino ascético de la vida espiritual está resaltado en las tres primeras moradas, donde todavía no ocurre nada sobrenatural. A partir de las cuartas moradas, comienza el ascenso místico donde la gracia divina suscita la propia actividad humana y la marca completamente con su sello.

C

CASTILLO. Imagen usada por la Santa para referirse al alma.

CENTELLA. Se refiere a la luz y el calor que provienen de la morada principal, del "fuego del brasero encendido" (6M 2, 4) que es Dios. La centella crece, da en el alma y la hace sentir un dolor sabroso. En ocasiones, crece tanto hasta abrasar totalmente al alma ("como un ave fenix", 6M 4, 3) y disponerla para el desposorio espiritual.

CONTEMPLACIÓN. La contemplación cristiana debe considerarse como una superior toma de conciencia de la actividad de la gracia en los seres humanos; por ello, no sólo es infusa, sino que se empalma con la actividad de los dones superiores del Espíritu. La contemplación es dada en germen, como gracia, desde el mismo bautizo. En santa Teresa, significa esto mismo. Implica la meditación y las obras santas; además, conlleva grados que van desde el recogimiento, la quietud, la unión, las hablas y las visiones, hasta los arrobamientos, éxtasis, y el desposorio y el matrimonio espirituales.

CONTENTOS. Son estados de ánimo de alegría y paz que provienen de nuestra meditación, de obras buenas, del esfuerzo humano, aunque -como dice la Santa- con la ayuda de Dios. Los compara con una "pila" (4M 2, 2) que se llena con agua que viene de muy lejos, por medios artificiales. Su diferencian de los gustos porque éstos provienen de Dios.

D

DESPOSORIO ESPIRITUAL. Es la unión que se da entre el alma y

Dios en las sextas moradas después de pasar por grandes trabajos, internos y externos. En dicha unión, se experimentan diversos sucesos como las hablas, los raptos, los arrobamientos y las visiones intelectuales e imaginarias. Después de que pasa por todo esto, el alma jamás olvida lo que ha visto y queda además, con una gran paz interior y con grandes deseos de alabar a Dios y de que otros hicieran lo mismo. Este desposorio se realiza con Jesucristo, lo que destaca la marcada espiritualidad cristológica de la Santa.

E

EMBEBECIMIENTO (EMBEVECIMIENTO). Después de la oración de unión, el alma queda enamorada, gozosa y llena del amor divino. La "mariposita se quería deshacer y morir por El mil muertes" (SM 2, 7). Se dice que es un embebecimiento puesto que el alma bebe el vino que Dios le da y que la transforma de "gusano" a "blanca mariposita" (Ibidem).

ESPÍRITU. Puede entenderse por espíritu el alma racional o el soplo de vida: aquello opuesto a la materia, pero que se relaciona con ella íntimamente en la persona humana. Para la Santa, el alma y el espíritu no son lo mismo, aunque su distinción es sumamente sutil. (V. 7M 1, 12) (No indica en qué consiste dicha diferencia.)

ESPÍRITU SANTO. Es el espíritu de Dios, que no puede separarse del Padre y del Hijo. En todas las lenguas (en

hebreo, ruah, en griego, pneuma, y en latín, spritus) es un nombre común tomado de los fenómenos naturales del viento y de la respiración: soplo divino, aliento vital; pero se revela como fuerza divina capaz de transformar personalidades humanas para hacerlas capaces de hazañas extraordinarias. Esta acción y esta revelación se afirman particularmente en tres direcciones: mesiánica de la salvación, profética de la palabra y del testimonio y, por último, sacrificial del servicio y de la consagración. En santa Teresa se evidencian claramente estos aspectos. En las Moradas, por ejemplo, se encomienda y suplica al Espíritu Santo que hable por ella, que mueva la pluma, puesto que sólo de ese modo podrá decir algo provechoso de todo lo que sucede a partir de las cuartas moradas (Cfr. 4M 1, 1; 5M 4, 12). Al estar en su alma, el espíritu divino le permite hablar de cosas sobrenaturales y aun llega a afirmar que es él quien escribe. En las quintas moradas lo menciona otra vez, cuando habla del calor que el Espíritu da al gusano que se convertirá en mariposa -el alma limpia que se une al Señor. Finalmente, en las séptimas moradas, por visión intelectual, a la Santa se le muestra la Santísima Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo) y sabe que las tres personas habitan en ella (Cfr. Jn 14, 23).

EXTASIS. Proviene de la palabra griega éxtasis, que significa salida de sí; es una experiencia y un estado en el cual el alma se encuentra abrasada en el amor de Dios. Hay una suspensión de los sentidos y se pierde la conciencia de la

realidad exterior o de sí mismo. En verdad parece que "el espíritu sale del cuerpo" (6M. 6, 7), afirma la Santa: es el Señor quien vive ya en ella. Sin duda, se refiere a uno de los aspectos más profundos de la vida de un alma en gracia. Cfr. arrobamiento, vuelo del espíritu, raptó.

F

FE. Don esencial de la gracia; virtud sobrenatural que nos hace aceptar las verdades reveladas, por confianza personal en la palabra divina que muestra dichas verdades. Ello implica una respuesta a la palabra en un acto intelectual enlazado con la voluntad, la cual es llamada a obedecer y amar a Dios. Santa Teresa menciona en muchas ocasiones la ganancia y la fuerza que se obtienen de quien sólo en Dios confía, y lo agradecidos que debemos estar por este don. (Por ejemplo, en V 19, 9; V 25, 17; Camino de Perfección 34, 8; 6M 4, 7; Fundaciones 27, 12.) Sin embargo, también dice que hay ocasiones en que la fe está como muerta, sobre todo cuando el alma se encuentra en las primeras moradas; esto se debe -según ella- a la influencia de las vanidades del mundo y de aquellas personas que andan metidas en eso.

G

GUSANO. La Santa usa esta palabra en algunas ocasiones para referirse al ser humano, en especial, cuando lo compara con

la grandeza de Dios. G. DE SEDA. Cuando en las quintas moradas la Santa quiere explicar lo que el Señor obra en las almas que se encuentran ahí y experimentan la oración de unión, describe una imagen del gusano de seda que hila la seda y forma un "capuchillo" (5M 2, 2) apretado del que sale después una hermosa mariposa blanca. El gusano construye la casa donde va a morir, "que es Cristo" (5M 2, 4). Es el alma que hace su tarea, su labor, quitando el orgullo, el amor propio, haciendo obras de penitencia y caridad y haciendo oración. El alma se une entonces a Dios y queda con gran bien; por eso la Santa compara al gusano feo y grande, con el alma, antes de su unión con el Señor.

GUSTOS. Son aquellos que parten de Dios y acaban en el hombre, causándole grandísimo gozo. Ocurren con la oración de quietud, en las cuartas moradas. Santa Teresa los compara con una "pila" (4M 2, 2) que se va llenando silenciosamente de agua que se origina ahí mismo; esto es, el agua procede de su nacimiento, que es Dios. En eso se diferencian de los contentos, que provienen del mismo hombre.

H

HABLAS. Uno de los modos como se manifiesta el Señor a la Santa. La primera vez que tuvo este tipo de manifestación fue entre 1554 y 1556, y a partir de 1558 hasta mayo de 1581. las tuvo ininterrumpidamente. Podemos afirmar que las palabras

que Dios, (en Cristo) dirigía a santa Teresa fueron palabras de alivio o consuelo, de reprensión y de adoctrinamiento. Su fuerza y su efecto eran tales que ello dijo en una ocasión: "Sus palabras son obras" (V 25, 18). Específicamente, en el capítulo tercero de las sextas moradas ella explica lo que son las hablas: una de las formas como Dios despierta al alma. A veces parece que provienen de afuera, otras de muy adentro y otras de arriba. Siempre se presentan mostrando gran poder y dejan el alma en paz y recogimiento devoto; son palabras que nunca se olvidan y se entiende claramente que no provienen de la imaginación.

HERIDA MÍSTICA. En las sextas moradas, santa Teresa habla del alma herida por el amor de Dios. Sucede cuando el Señor la llama y la hiere con su llamada. "Siente ser herida sabrosísima" (6M 2, 2), hecha con una "saeta" (6M 2, 4) que llega a las entrañas. El alma siente pena y algo semejante a un dolor sabroso, aunque no es propiamente un dolor: es un sentimiento de amor profundo y arrebatador, que nunca se podría propiciar por medio humanos. La Santa también dice que es como si saltara una centella del "fuego del brasero encendido" (Ibidem) -que es Dios- y diera en el alma causándole una pena, sin llegar a quemarla. (Ver centella)

1

INFLAMACIÓN MÍSTICA (DELEITOSA). Otro de los modos como Dios

llama al alma. La Santa compara la inflamación con un olor que se dispersa y comunica por los entidos, para que se entienda que el Señor está ahí. En el alma surge el deseo de gozar de su presencia, gozar de Él y así, se dispone para alabarlo y hacer grandes cosas por Él.

J

JESUCRISTO. "Jesús, el Cristo" o "el Mesías" es, según su nombre, aquel que Dios ha ungido espiritualmente para hacer de Él, el realizador y el anunciador de su designio de salvación para el mundo; por ello, para los cristianos, es el Salvador. Al decir Jesucristo, la iglesia Católica asocia en una relación estrecha el título proclamado por los creyentes y la persona histórica que vivió en la tierra, la interpretación y el hecho original. Hay que tener cuidado para no caer en dos importantes errores en la explicación y la comprensión de Jesús: primero, el verlo como un hombre ordinario, lo que hace imposible seguir aceptando su divinidad, y segundo, el no tomar en serio su humanidad como consecuencia de su divinización. Toda presentación que absorba uno de los dos conceptos en el otro, reduce indebidamente el Evangelio.

Jesucristo también recibe los títulos de: Redentor, Cordero de Dios, Siervo de Dios, Hijo de David, Hijo de Dios, Hijo del hombre, Rey, Príncipe de Paz, Esposo, Buen Pastor, Maestro, Señor, Palabra de Dios, Verbo Encarnado, Profeta,

Santo, y otros más, expresados todos en el Antiguo y Nuevo Testamentos.

En cuanto al interés específico del presente trabajo, Jesucristo se presenta como el centro que estructura las Moradas de santa Teresa. Puede revisarse el capítulo correspondiente al lenguaje teresiano donde se hace referencia a los títulos que la Santa da a Cristo, pero cabe señalar ahora que para ella, Jesús fue el Salvador y Redentor; fue su Maestro, su Amigo y su Esposo; fue su Rey y Señor, fue el Jesús del Evangelio como Camino, Verdad y Fuente de Agua Viva; Jesús, Hijo de Dios y Mediador entre Dios y el hombre (Juez); y fue además, el Jesús de la Iglesia (del siglo XVI). Por último, cabe señalar el valor que la Santa otorga a la humanidad de Jesucristo en los estadios más elevados de la contemplación. Se sabe que en su época hubo quienes recomendaban abandonar ese aspecto de Cristo para lograr una contemplación 'más perfecta' y que esto causó algunas inquietudes en santa Teresa. Pero también es cierto que su experiencia la llevó a optar por Jesús-Hombre-Dios; Secundino Castro afirma que para la Santa, "el hombre Jesús es inseparable teológicamente hablando de nuestra santificación". (Secundino Castro. Cristología teresiana. ED. de Espiritualidad. España. 1978. p. 306)

M

MARIPOSA (MARIPOSILLA, PALOMILLA). Uno de los bellos

símbolos usados por la Santa para referirse al alma transformada por Cristo después de la oración de unión. El gusano de seda ha muerto al mundo y por el Señor se convierte en una mariposa blanca, limpia, radiante, capaz de volar.

MATRIMONIO ESPIRITUAL. Se consuma en la séptima y última morada. El alma se une a Dios por su divina gracia, y por visión imaginaria, primero, e intelectual después, se le muestra el Señor. La mariposita ha muerto ya y Cristo vive en ella. Comprende entonces lo que es la gloria celestial y el gran amor que Dios nos tiene. La Santa compara el matrimonio espiritual con el agua de lluvia que cae en un río y al mezclarse ambas aguas, jamás se pueden separar ni distinguir una de la otra; asimismo, lo compara con el río que entra al mar (las aguas se mezclan) y con la luz que entra a un cuarto por dos diferentes ventanas (ya adentro es una sola luz); no puede haber división o separación. Este matrimonio espiritual tiene como fin el que se produzcan obras, que esto es lo que quiere Dios; deben estar de acuerdo las obras, los actos y las palabras.

MEDITACIÓN. Está relacionada con la vida mística en cuanto que constituye uno de los momentos en el ascenso hacia el encuentro con Dios. El alma se recoge en sí misma y tiene por objeto a la imagen misma de Dios. Santa Teresa dice que es "discurrir mucho con el entendimiento" (6M 7. 10) acerca del Señor; por ejemplo, pensar detenidamente en los misterios de su vida, en la oración del Huerto, en el prendimiento, en la

traición de Judas o en la misma crucifixión y muerte de Cristo. Considera que es importante dicha meditación para alcanzar la perfecta contemplación.

MERCEDES SOBRENATURAL. La gracia o el don que Dios concede al alma por su misericordia y amor cuando ésta se encuentra en alguna de las cuatro últimas moradas. Es algo que el ser humano no puede obtener por sus propios medios.

MISERICORDIA DIVINA. El lenguaje corriente identifica la misericordia con la compasión o el perdón de Dios hacia los seres humanos. Esta identificación es válida, aunque deja de lado el aspecto histórico-bíblico de la experiencia del pueblo de Israel, no sólo en relación con la compasión, sino también con su fidelidad a Dios. En este sentido, la misericordia divina oscila entre significaciones que van desde el amor, la ternura, la piedad y la clemencia, hasta la bondad y la gracia. Según la Biblia, Dios manifiesta dicha misericordia a lo largo de toda de toda la historia del pueblo escogido y aun con el resto de los hombres; y éstos, a su vez, deben mostrarse misericordiosos con el prójimo emulando a su Creador. La Santa habla de ambas y considera que sólo por el amor y misericordia divinos el hombre puede alcanzar tales alturas en la oración y le pueden ser reveladas tantas verdades.

MÍSTICA. Se refiere, en un sentido amplio, a toda experiencia de Dios que se une al ser humano directamente. En relación

con la teología católica -que es lo que aquí interesa- significa el darse cuenta, experimentalmente, de la vida divina de la gracia en el hombre; Dios es conocido -por experiencia- en el interior del alma. El padre dominico R. Garrigou-Lagrange ha dicho que la mística es el florecimiento de la gracia del bautismo, preparada por una meditación en la fe viva del Evangelio, alimentada por la práctica de los sacramentos y desarrollada por una vida de entrega a lo que pide la caridad divina, puesta en nuestro interior por obra del Espíritu Santo. Sin duda, esto se acerca a lo que afirmara san Pablo, "No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí" (Gal 2, 20) y a lo que expresa santa Teresa, maestra de la mística por excelencia, en las Moradas: "La mariposilla, que hemos dicho, muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo" (7M 2, 6).

MORADAS. Con esta palabra la Santa se refiere a los aposentos del castillo interior (el alma), que se van recorriendo hacia el encuentro con Dios, situado en la morada principal (en el centro del alma/en el centro del castillo).

O

ORACIÓN. El diálogo del hombre con Dios, su Padre y su Creador, basado en la fe -y por ello, en la confianza- que el primero tiene en la palabra revelada. Para santa Teresa, "no es otra cosa oración mental [...] sino tratar de amistad,

estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama" (V 8, 5). Para ella, Dios puede dar este don de fe: el creer que el ser humano puede comunicarse con Él y amarlo. De hecho, la oración y la espiritualidad teresianas no sólo se sostienen en la fe, sino también se confirman con su experiencia; ella nos habla sobre la oración y, además, comunica, cuenta y narra su oración. Toda palabra verdadera sobre ésta es autobiográfica. Pueden destacarse cuatro grados esenciales en la oración teresiana (revisar conceptos en este glosario):

- Grados: 1. Meditación
 2. Quietud
 3. Unión
 4. Arrobamiento (Éxtasis)

F

PECADO. La oposición de la voluntad del hombre en relación con la voluntad de Dios. Sin embargo, no se ha considerado únicamente como una acción aislada, sino como un estado en el que el hombre está sumido desde los orígenes mismos de la humanidad, y más aún, como algo potencialmente presente y misterioso que nos mantiene en una esclavitud, de la cual nos puede liberar -según el cristianismo- Jesucristo, el Redentor.

En las Moradas, santa Teresa describe el estado del alma que se encuentra en pecado mortal: "No hay tinieblas más tenebrosas ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho

más" (1M 2, 1). En este estado, el hombre no puede dar frutos buenos, pues es como si fuera un árbol cuyas raíces estuvieran apartadas de la fuente de vida, que es Dios.

Q

QUIETUD. Es el estado al que llega el alma en las cuartas moradas, cuando el Señor le da alguna merced sobrenatural. La Santa la llama también "gustos de Dios" (4M 2, 2) y dice que son los que ensanchan el interior y causan gran paz. Todas las potencias están "embevidas" (4M 2, 6), esto es, quietas, absortas, atentas a lo que sucede. El Señor es como un manantial cuyas aguas inundan el alma. Esta oración de quietud ocurre después de la oración de recogimiento (en las mismas moradas).

R

RAPTO. Dios roba el alma para sí en las sextas moradas. Cfr. arrobamiento, éxtasis, vuelo del espíritu.

RECOGIMIENTO. Ocurre en las cuartas moradas. El alma se siente llamada por el "silbo de su pastor" (4M 3, 3), y siente como se encoge interiormente con gran suavidad; se vuelve hacia su interior por voluntad divina, y parece que lo externo pierde algo de la importancia que tenía. Quien esté en estas moradas debe obrar con humildad y recordar en

todo momento que se encuentra delante de Dios.

5

SAETA. Imagen que usa santa Teresa para explicar como el Señor hiere al alma en las sextas moradas. Esta herida mística la causa el amor divino y queda el interior con un dolor sabroso que en realidad no es dolor; el Señor lo hace para despertar al alma y prepararla para el matrimonio espiritual.

SANTÍSIMA TRINIDAD. La doctrina de la iglesia Católica propone la vida trinitaria de Dios; esto es, la existencia de tres personas realmente distintas en una sola naturaleza o esencia. Esta creencia lleva también a reflexionar en el misterio de nuestra adopción por el Padre, en su Hijo, por el don del Espíritu Santo. En relación con la espiritualidad y la oración teresianas, la Santísima Trinidad aparece en las séptimas moradas cuando por visión intelectual se le muestran a la Santa las tres divinas Personas, justo antes de consumarse el matrimonio espiritual. Dice santa Teresa: "Entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios" (7M 1, 7).

SILBOS. Desde las cuartas moradas el alma percibe la voz de su Pastor (Jesucristo) manifiesta en suavísimos silbidos que buscan llamar la atención y atraer al alma a su interior.

SUERO DE POTENCIAS. Es la oración de quietud, pero más intensa. Las potencias están unidas casi totalmente, atentas para entender y obrar, sólo ocupadas en lo que quiere el Señor.

SUSPENSIÓN. En este estado, las potencias están como muertas y el alma queda suspendida, en éxtasis, por su unión con Dios. Esto sucede en las sextas moradas. Además, el Señor le muestra muchas verdades, ya sea por visión imaginaria o por visión intelectual. Son cosas que nunca se olvidan y cuya razón de ser es que se produzcan frutos en el alma, en obras y en oración y en alabanzas a Dios.

T

TRINIDAD. Ver Santísima Trinidad.

U

UNIÓN MÍSTICA. De modo específico se refiere a la unión entre Dios y el alma, en las quintas moradas. La Santa compara al alma con un gusano de seda que edifica y teje el capullo donde va a morir. Cuando muere, surge una bella mariposa blanca: es el alma renovada y limpia después de su unión con Cristo. Estando así, sólo desea alabar al Señor y morir por Él mil muertes; tiene deseos de hacer penitencia y le duele ver que otros ofenden a Dios. Desea que se cumpla la voluntad

divina y que Él haga de ella lo que Él quiera.

V

VISIONES. Son manifestaciones divinas, mayormente de Cristo, en la vida de santa Teresa. Cristo se le representa, aunque no lo ve con los ojos del cuerpo. En ocasiones lo ve "con los ojos del alma" (V 7, 6), pero otras veces sólo lo siente junto a ella (V 27, 2). Habla además, de dos tipos de visión: la imaginaria y la intelectual o espiritual. La primera tiene que ver con imágenes y cosas que se muestran y se dan a entender sin palabras. En otras ocasiones se le mostró la humanidad del Señor, "verdaderamente viva" (6M 9, 4), en un instante muy breve, pero con tal fuerza y claridad que quedó grabada para siempre en su memoria. En esos momentos, todas las potencias y sentidos se revuelven, aunque después quedan con gran paz.

Por su parte, las visiones intelectuales ocurren cuando el alma está en oración y queda suspendida: entonces se le descubre como "en Dios se ven todas las cosas y las tiene todas en sí mismo" (6M 10, 2); el Señor le hace entender grandes secretos. Estas visiones duran mucho tiempo, a veces hasta más de un año.

VUELO DEL ESPÍRITU. Es un arrobamiento en el que se siente un veloz movimiento del alma que es arrebatada por Dios. La Santa lo compara con una gran ola cuyas aguas provienen del

manantial de agua viva (Dios), y que con su fuerza e ímpetu levanta a lo alto la pequeña nave que es nuestra alma. Esto sucede en las sextas moradas.